Putnam (Spanish)



# Abraham Lincoln

## El Jefe del Pueblo Americano en su Contienda para Mantener la Existencia Nacional

Por

George Haven Putnam, Litt.D.

Autor de "Los Libros y sus Editores en la Edad Media," "La Censura de la Iglesia," etc.

Versión Castellana
Por

José F. Godoy

Ex-Decano del Cuerpo Diplomático en Cuba y autor de las versiones castellanas de "Mis Cuatro Años en Alemania," por el ex-Embajador Gerard; "Al Asalto," por A. Guy Empey; "Francia Batalladora," por Stephane Lauzanne; "Leyendas Españolas," por Wáshington Irving; etc.

D. Appleton y Cia

Nueva York y Londres

1921




*Printed in the United States of America*

## ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

En esta época, en que debido a la parte tan importante que el pueblo y el gobierno de los Estados Unidos tomaron en la terrible guerra europea, todo lo que se refiera a este gran país posee interés para el público lector en general. Es por eso que abrigamos la creencia de que la versión castellana que aquí presentamos de una obra, bien escrita en inglés y por reputado y concienzudo autor, sobre la vida y los hechos del gran Presidente Abraham Lincoln, podrá tener buena y benévola acogida en España, y en las repúblicas hispano-americanas.

El señor George Haven Putnam, que escribió el libro que nos ha cabido la honra de traducir, no sólo es jefe de unas de las casas editoriales de más nombradía en este país, sino es también atildado y castizo escritor, cuyas producciones literarias han merecido el aplauso de los innumerables lectores que han sabido admirar tanto sus dotes como literato, como su vasta erudición y empeñoso afán en dar a conocer y poner en

claro todo lo que se relaciona con la historia de su patria.

Aparte de su bien sentada fama como escritor, goza el señor Putnam de merecida reputación como orador, y es debido a sus reconocidas dotes en la oratoria, que fué él designado como una de las notables personas que hicieron uso de la palabra en las fiestas conmemorativas del centenario del natalicio del gran patricio, que supo dirigir los destinos de esta República con tantísimo patriotismo, tino y acierto en época bien difícil y tormentosa.

No sólo es notable la monografía del señor Putnam, sino también posee un verdadero interés el gran discurso de Lincoln, que se inserta en el Apéndice, y las notas explicatorias que sirven para dar mayor luz y poner bien en claro puntos y hechos históricos, que difícilmente se podían encontrar compendiados en un sólo libro.

Para los amantes de la libertad, para los partidarios de la buena administración pública, para los admiradores de los principios de independencia y de recto gobierno, la obra del señor Putnam y el discurso ya aludido, tienen que ser como rico filón, que puede proporcionarles útil y valioso rendimiento, y enseñanza muy necesaria hoy en día, cuando se están discutiendo e implantando

nuevas ideas y doctrinas respecto de la democracia y de la libertad humana.

El autor de la obra ha tenido la bondad de preparar especialmente para esta versión castellana, un cuadro cronológico de la vida del gran Presidente y mártir americano, y así se ha logrado llenar cualquier vacío que pudiera encontrar el lector que no esté muy al tanto de lo ocurrido en esta gran República, durante el periodo en que Lincoln vivió.

Pondremos punto final a estas ligeras observaciones, demostrando nuevamente nuestro agradecimiento al público lector que ya en otras ocasiones ha dado benévola acogida a nuestras distintas versiones castellanas de obras de reconocido mérito en el mundo literario de la patria de Wáshington y Lincoln.

José F. Godoy.

Nueva York, Marzo de 1920.

## INTRODUCCIÓN DEL AUTOR

El doce de febrero de 1909 fué el centésimo aniversario del nacimiento de Abraham Lincoln. En ese día se verificaron fiestas conmemorativas en Nueva York y en otras ciudades y poblaciones por toda la Unión americana. Y aun en el Sur, en ciudades como Atlanta (cuya toma en 1864 había indicado el fracaso de la causa de la Confederación), hombres de representación del Sur hicieron elogios acerca de la vida y carácter del gran americano.

La Comisión que tuvo a su cargo las fiestas conmemorativas en Nueva York arregló que se pronunciara una serie de discursos ante el pueblo de la ciudad, y yo tuve la honra de ser escogido como uno de los oradores. Bien quedó indicado cuan rápidamente está desapareciendo la generación que tuvo que hacer algo con respecto de los acontecimientos de la Guerra, puesto que en la lista de esos oradores que ascendía a cuarenta y seis, sólo había cuatro personas que hubiesen visto al héroe, cuya vida y carácter estaban describiendo.

Al escribir después, en relalidad más bien para informe de mis hijos y nietos, mi propio discurso (que pronuncié sin tener notas a la mano) quedé tan absorto en lo interesante de lo que discutía y en los recuerdos del periodo de la Guerra, que me vi precisado a ampliar mi escrito de tal manera que pudiera presentar un estudio más comprensivo de la carrera y carácter de Lincoln que lo que era posible hacer dentro del espacio de la alocución de una hora, y también debía incluir citas breves en verdad, acerca de la lucha constitucional que había precedido la contienda y a los principales acontecimientos de la misma Guerra, en la cual el gran Presidente guerrero había tenido parte tan prominente. Por lo tanto esta monografía, aunque lleva la forma de un ensayo o bosquejo histórico, tiene en algunas partes el sesgo que se le dió a la alocución que pronuncié en su forma primordial.

Ahora se publica, abrigando la esperanza de que pueda interesar a algunos lectores de la joven generación y que pueda servir como móvil para impulsar la lectura de historias más completas del periodo de la Guerra, y sobre todo de las mejores biografías del gran americano que honrosamente consideramos como jefe de nuestro Pueblo.

He tenido la buena fortuna de conseguir (sólo

después de que ya se estaba imprimiendo esta monografía) copia del folleto que la Unión Republicana de Jóvenes de Nueva York publicó en septiembre de 1860, en que se presenta el texto, según fué revisado por el orador, del discurso que pronunció Lincoln en el Instituto Cooper en febrero, y que fué el discurso que lo hizo Presidente.

Esta edición del discurso, que se preparó para emplearse en la campaña presidencial, contiene una serie de notas históricas escritas por Cephas Brainerd del foro de Nueva York, y por Charles C. Nott que después se distinguió mucho sirviendo a su país como coronel del regimiento 176 de los voluntarios del Estado de Nueva York, y (después de terminada la guerra) como Presidente de la Corte de Reclamaciones.

Estos jóvenes abogados (que entonces no eran prominentes) parece que desde luego comprendieron que el discurso iba a ser la plataforma que debía servir para deslindar los puntos de controversia en la elección presidencial. Como no eran profetas, no podían por supuesto saber que lo que en ese discurso se expresa, era lo que representaba las ideas del Norte que constituyó la base de su contienda en la Guerra Civil.

También me ha sido posible incluir, con las doctas notas de los dos abogados, una interesante

introducción al discurso, que fué escrita (hacia febrero de 1908) por el juez Nott; junto con algunas cartas que se cruzaron en febrero de 1860 entre él (como representante de la Comisión) y el señor Lincoln.

La introducción y las cartas nunca han sido publicadas antes de ahora y (como sucede también con el material de las notas) solamente aparecen ahora impresas en este volumen.

Creo por lo tanto que estoy haciendo algún servicio a los supervientes de la generación de 1860, y también a las generaciones que han surgido después de la Guerra, de aprovechar la oportunidad de la publicación de mi pequeña monografía para volver a imprimir esas notas en una forma que puedan conservarse de manera permanente, y a las que puedan hacer referencia aquellos que estudían la historia de la República.

G. H. P.

Nueva York, Abril 2 de 1909.

## CUADRO CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE ABRAHAM LINCOLN

1809. Febrero 12, nació en Kentucky.
Wáshington, el Fundador de la República, había muerto en 1799, o sea diez años antes del nacimiento del hombre que iba a salvarla después.

1825. Lincoln hace un viaje, prestando sus servicios, en un lanchón, al ir hacia Nueva Orleans. Allí contempla por primera vez un mercado de esclavos, y resuelve que la esclavitud es un mal que debía extirparse.

1831. A la edad de veinte y dos años principia a trabajar en una tienda de Gentry, y un año después se asocia con él.

1834. A los veinte y cinco años de edad, Lincoln inicia su carera política como candidato para la Asamblea, pero sale derrotado. En su propio pueblo recibe él doscientos ocho votos en su favor de los doscientos once que se emitieron.

1846. Lincoln es elegido miembro del Congreso de la Federación por el partido Whig.

1847. Lincoln se opone y vota contra la guerra con México, pero cuando esa guerra se inícia apoya con su voto las leyes para asignar los gastos militares.

1854. Se aprueba la ley llamada de Kansas-Nebraska, que se considera como una notificación por parte del Sur al Norte de que no aceptará ningunas restricciones contra la esclavitud.

Lincoln toma parte activa en la oposición que se formula contra esta ley, la cual deroga el Convenio de Missouri de 1850.

Lincoln al oponerse a la esclavitud hace la siguiente pregunta: "¿Puede una nación existir como medio esclava y como medio libre?"

1856. Se organiza el Partido Republicano.

Lincoln es uno de los jefes de ese partido y aboga por que no se amplíe más la esclavitud, y que no se organicen más Estados esclavos. Él figura en primera línea como uno de los oradores que patrocinan tales principios en los Estados centrales del Oeste.

1856. Lincoln pronuncía su gran discurso en Bloomington, en que discute los principios de la campaña en contra de la esclavitud, según la sostiene el Partido Republicano. Este discurso da gran prominencia a Lincoln por todo el país.

1856. La Suprema Corte bajo la presidencia del juez Taney, resuelve en el caso de Dred Scott que un negro no es una persona pero un bien mueble, y que al llevarse ese bien mueble a un territorio libre no se anulaban ni perjudicaban los derechos de propiedad del amo.

Lincoln demuestra que este fallo implica el reconocimiento de una institución local como si fuera una necesidad nacional.

1856–57. Se consigue al fin que Kansas sea Estado libre. En la contienda que entonces surge Lincoln toma una parte prominente. En sus discursos dice que toda familia que se divide cae por si sola; que este gobierno no puede ser medio libre y medio esclavo, y que espera que Dios permitirá que perdure la República.

1858. Lincoln principía su contienda electoral con Douglas para ser Senador por Illinois.

Con este motivo se inició la contienda en las tribunas electorales entre Lincoln y Douglas. Como resultado de la elección, Douglas consiguió que lo elegieran Senador por unos pocos votos, pero también como resultado de esa contienda, Douglas perdió las probabilidades que tenía de ser postulado para la presidencia. Y como resultado final de la contienda Lincoln se dió a conocer por todo el país, de tal manera que en la Con-

vención de julio de 1860 logró ser postulado para la presidencia.

1860. Febrero, Lincoln pronuncía su discurso histórico en el Instituto Cooper de Nueva York. Fué invitado a pronunciarlo por una comisión presidida por William C. Bryant. Este discurso dió lugar a su postulación. Los delegados de Nueva York y de la Nueva Inglaterra, en donde después él pronunció ese discurso con pocas variaciones, recibieron instrucciones de los jefes de su partido de votar por Lincoln, en caso de que el candidato del Este, Seward, no lograse triunfar en la contienda para la postulación presidencial.

1860. Noviembre, Lincoln es elegido Presidente.

Diciembre. Se separa la Carolina del Sur de la Unión, y ésto constituye el principio de la Guerra Civil.

1861. Febrero 23, Lincoln llega a Wáshington. Contaba entonces 52 años de edad.

Marzo 4. Primera inauguración de Lincoln. Pronuncía su primer discurso inaugural.

Marzo, Lincoln organiza su campaña con representantes de su partido en todos los Estados y ciudades que permanecen leales al gobierno.

1861. Abril 12. Bombardeo del Fuerte Sumter, que fué el principio de la guerra activa que duró unos cuatro años.

Abril. Queda la capital incomunicada con el Norte por unas semanas, y el Presidente en peligro de ser capturado.

1861. Noviembre. El Comodoro Wilkes apresa un buque inglés llamado el *Trent* y extrae de él a dos comisionados Confederados que se dirigían a Europa.

1861. Diciembre. Lincoln y Seward resuelven que la captura no se efectuó de acuerdo con la interpretación americana del derecho internacional y devuelven a los comisionados.

1862. Abril. Lincoln recibe aviso de la captura de Nueva Orleans por el Almirante Farragut, hecho que abre la comunicación fluvial por el Mississippi.

1862. Septiembre. Lincoln expide la Proclama de Emancipación que se pone en vigor el primero de enero de 1863.

1863. Julio. El triunfo en Gettysburg y en Vicksburg inícian el aniquilamiento de la Rebelión.

1864. Junio. Wáshington queda nuevamente incomunicado del Norte por unos días, debido al asedio del General Early, quien probablemente tenía la intención de capturar al Presidente.

1864. Septiembre. El General Sherman al dirigirse hacia las playas del Océano, toma posesión de Atlanta.

1864. Noviembre. Reelección de Lincoln como Presidente.

1865. Febrero. Con la toma de Wilmington se logra el completo bloqueo de la Confederación.

1865. Marzo 4. Lincoln pronuncía su segundo gran discurso inaugural.

1865. Abril 2. Batalla de Five Forks, que da por resultado la entrega de Richmond.

Abril 4. Lincoln hace una visita a Richmond.

Abril 9. Rendición del ejército de Lee en Appomatox.

Abril 11. Lincoln pronuncia su último discurso en público, en que indirectamente hace referencia a la reorganización de los Estados del Sur.

Abril 14. Vuelven a ser ocupados el Fuerte Sumter y el puerto de Charleston.

Abril 14. Lincoln es mortalmente herido por Booth.

Abril 15. Muere Lincoln a los cincuenta y seis años de edad.

## CONTENIDO

# ABRAHAM LINCOLN

## I

### DESARROLLO INDIVIDUAL

TODOS los americanos en distintas partes del país se reunieron el día doce de febrero de 1909, que era el centenario del natalicio de Abraham Lincoln, para honrar la memoria de un gran americano, de uno que ya es considerado como el más grande de todos los americanos. Era sumamente adecuado que se honrara así la memoria de Abraham Lincoln, y que en esa fecha conmemorativa, sus compatriotas también recordaran honrosamente la memoria de los miles otros buenos americanos que, imitando a Lincoln, dieron sus vidas en pro de la patria, y sin cuya fe inquebrantable las ideas y propósitos de Lincoln no hubieran tenido el éxito debido.

Considero que el objeto principal de una fiesta conmemorativa no es solamente el glorificar a

los muertos, sino el aleccionar e inspirar a los vivientes. Si empleamos las frases de su magnífico discurso de Gettysburg (que fué tan elocuente debido a su propia sencillez) podemos decir que ninguna frase que aplicaramos podría aumentar de ninguna manera el renombre de Abraham Lincoln. Él terminó sus tareas y su fama ya es imperecedera. A nosotros, sus compatriotas que somos hombres ya viejos, y que pudimos tomar parte en la gran contienda en que Lincoln fué jefe de esta nación, y también a los jóvenes que han crecido durante la generación que vino después de la guerra y a los niños a quienes se les enseñará durante el nuevo siglo las grandes tradiciones de esta República, a todos nosotros nos toca inspirarnos en la vida y el carácter de nuestro gran jefe, para poder poseer la iniciativa, el vehemente deseo y la posibilidad de ser buenos ciudadanos, a fin de que Lincoln y sus conmártires no hubiesen muerto en vano.

La corta extensión de este opúsculo solamente me permite reseñar a grandes rasgos los principales acontecimientos y hechos de la vida de Lincoln. He tratado de entresacar aquellos que fueron más importantes para formar o dar a conocer sus fases características. No puede decirse que iba formándose su carácter, pues así no se indica bien

claramente el desarrollo de una personalidad como la de Lincoln. Más bien debemos creer que su templado carácter se *forjó* para adquirir su forma definitiva en el ardiente horno de feroz pelea, como si lo hubiesen amartillado bajo los golpes que le daban los obstáculos y los desastres, y como si después de soportar el peso de las desgracias de su patria hubiese al fin surgido la naturaleza tan bien templada del patriota que conocemos, del Lincoln de la historia, de esa bellísima combinación de la dulzura y del temple de su carácter. Tipo parecido es el que describe Schiller en su Canción de la Fundición de la Campana:

> Denn, wo das strenge mit dem zarten,
> Wo mildes sich und starkes paarten,
> Da giebt es einen guten Klang.

Existe la tendencia de designar como "milagrosa" la carrera o vida de todo heroe, y bajo cierto punto de vista tal descripción es verdadera en realidad. La vida de todo hombre, aunque sea muy limitado el trascurso de su carrera, es a veces un milagro; pero el curso de una sola vida, indudablemente, como el de la humanidad, se desarrolla debido a una sucesión de causas que se pueden conocer. Holmes dice que la educación de un

hombre principia dos siglos antes de su nacimiento. Debemos recordar al tratar este punto de que era buena la raza de Lincoln; y que aunque sus padres pertenecieron a una clase humilde de blancos, su familia derivaba su historia desde un condado oriental de Inglaterra (y con el objeto de que hubiera una armonía genealógica es de esperarse que tal condado haya sido Linconshire) hasta Hingham en Massachusetts y pasando por Pennsylvania y Virginia, hasta llegar a Kentucky. El abuelo de nuestro Abraham fué matado, mientras que trabajaba en los campos de su propiedad en Kentucky, por indios forajidos que le tiraban desde la espesura de un bosque cercano. En los momentos que ésto acaeció Tomás, padre de Abraham, era entonces muchacho que trabajaba en los campos en donde fué asesinado su padre. Este incidente acaecido en Kentucky era simplemente la repetición de los que habían sucedido un siglo antes en Massachusetts, en Deerfield, y en otras docenas de pequeñas poblaciones que estaban a orillas de los grandes bosques en que moraban los indios. Durante unos cien años, se había trasladado la frontera de las posesiones del hombre blanco como unas mil millas hacia el suroeste, y como siempre sucedía se notaban serías dificultades en los puntos en que ambas razas se ponían en contacto.

Se ha descrito la mocedad de nuestro Lincoln de distintas maneras y en centenares de publicaciones. Bien conocemos la sencillez y la penuria de la vida de la familia que vivía en un pequeño cuartucho de la choza de madera en que Abraham pasó los primeros diez años de su existencia. Conocemos los nombres del nucleo de libros que él había coleccionado con trabajo y grandes sacrificios. Esa colección consistía, después de años de grandísimos esfuerzos, de la Biblia, las *Fábulas* de Esopo, un ejemplar medio roto de la *Geometría* de Euclido y la *Vida de Wâshington* de Weems. Había conseguido el *Euclido* con gran dificultad del hijo de un hacendado vecino. Abraham le había pedido al muchacho que le dijera el significado de la palabra "demostrar," Su amigo le dijo que él no lo sabía, pero que había visto esa palabra en un libro que tenía en la escuela, y entonces fué a buscar el *Euclido*. Después de algún regateo, Abraham consiguió que le dieran el *Euclido*. De acuerdo con la costumbre suya se aprendió de memoria el contenido de todo el libro. Después de algún tiempo sus opositores en el foro o en las discusiones políticas, bien llegaron a comprender que él conocía a fondo el significado de la palabra "demostrar," y en verdad en algunas de sus primeras arengas en el foro se

hace referencia especial a algunos problemas de Euclido.

Como un año o más después, de eso, cuando la familia de Lincoln cruzó el río y se estableció en Indiana, pudo agregar a su "biblioteca" un ejemplar de las Leyes revisadas del Estado. Lincoln había pedido prestado a un hacendado vecino el libro de Weems sobre *Wáshington*, y lo guardaba de noche bajo su almohada; pero desgraciadamente durante una fuerte tempestad la lluvia penetró por entre los maderos que formaban la pared de la choza, mojó la almohada y la cabeza del muchacho (lo cual poco le importó), y además ensució y casi echó a perder el libro, lo que si fué para él terrible desgracia. Lincoln llevó el volumen maltrecho al dueño y solicitó que le dijera lo que le debía pagar por su pérdida. Quedó convenido que el muchacho trabajaría durante tres días desgranando mazorcas en el campo. "¿Quiero saber si mi trabajo será el precio del libro o sólo el de sus desperfectos?" preguntó el muchacho, quedando convenido que su trabajo de tres días sería considerado como suficiente para la compra del libro.

Débese decir que el voraz lector se aprendió de memoria todo el texto de esta biografía y las frases de cada preciado volumen en su pequeña

"biblioteca"; pues acostumbraba al ir a trabajar en el campo, llevarse párrafos escritos extractados del libro que en esos momentos estaba leyendo y repetir tales párrafos, mientras que cortaba leña, o tiraba troncos de madera, hasta llegar a aprender de memoria todas las páginas del libro. Por entonces era difícil obtener papel, y éste era muy caro, así es que el muchacho tomaba pequeños trozos de madera que alisaba con su navaja y en ellos copiaba lo que deseaba. Tenía ésto la ventaja de que cuando ya había terminado su tarea mental diaria, con un poco de trabajo y alisando la superficie del madero podía emplearlo para su tarea del día siguiente. La lectura de este incidente de aquella época de Lincoln, me recuerda algo que me ocurrió a mi mismo en Luisiana. Sucedía con frecuencia durante la campaña de 1863, que nos quedabamos sin recibir lo que se nos enviaba, debido a que el activo jefe confederado, General Taylor, capturaba nuestros trenes de carros. Así es que con frecuencia no teniamos víveres, y una vez los avíos de escribir y el papel que se enviaba a los ayudantes de la brigada no llegaba a nuestro poder, pero si al del enemigo. Entonces nos vimos obligados a derribar un techo innecessario aunque cómodo y hacer uso de sus tejas, pues éstas bien limpiadas nos

sirvieron para sustituir al papel, de modo que por algunos días los partes diarios oficiales de la brigada se remitían escritos en tejas de madera.

La vida monótona de Lincoln en aquellos campos tuvo la variedad de dos viajes por el río hacia Nueva Orleans. Un vecino, llamado Gentry, que tenía un establecimiento mercantil, le ofreció la oportunidad al joven de hacer el viaje en una balsa que iba a llevar los productos del condado hasta Nueva Orleans, en donde serían vendidos a cambio de azucar o ron. Ya cuando Lincoln hizo estos viajes tenía conocimiento de algunos incidentes de la vida de los esclavos, pero la visita que hizo al mercado de esclavos de Nueva Orleans grabó en su viva imaginación un cuadro muy sombrío e imborrable, dejándole impresos en su mente recuerdos terribles de la iniquidad y horror de la esclavitud. Desde muy joven Lincoln aborreció el tráfico de los esclavos, pero lo que parece casi extraño es notar que su mente aunque odiaba esa institución nociva, siempre pudo comprender y apreciar las tendencias y los prejuicios de los dueños de los esclavos. En toda la large contienda que tuvo con respecto de la esclavitud, que él consideraba como una maldición para la raza blanca y para la negra, y como el gran obstáculo para el desarrollo natural y

sano de la nación, nunca se notan trazas de malevolencia hacia los hombres del Sur que estaban tratando de ampliar y mantener ese sistema.

Fué indispensable para el desarrollo de Lincoln como jefe de un partido político, primero en su Estado, y después en la contienda que asumió un carácter nacional, que hubiera poseido esa visualidad digámoslo así, que no tenían muchos de los jefes del partido opuesto a la esclavitud, sobre el verdadero carácter, índole y propósitos de los hombres a los que él combatía. De suma importancia fué para Lincoln cuando ya en Wáshington tuvo que dirigir la política de la administración nacional que tuviera pleno conocimiento de los problemas de los ciudadanos que vivían en los Estados limítrofes que al iniciarse la Guerra se encontraron en medio de dificultades excepcionales, y que hubiese podido conseguir y mantener la confianza de esos mismos hombres. Parece probable que si el Presidente durante la guerra hubiese sido una persona nacida en el norte, y con prejuicios de esa parte del país, si no hubiese sido uno que lograba conocer los puntos de vista más amplios, adecuados y justos de esos problemas, no se hubieran podido salvar esos estados limítrofes y hacer que permanecieran firmes dentro de la Unión. Es probable que el apoyo que le dieron

a la causa del norte los sesenta mil o setenta mil de leales reclutas, procedentes de Missouri, Kentucky, Tennessee, Maryland y Virginia, hubiera sido el factor decisivo para cambiar el curso de los acontecimientos. Parece como que el jefe nacional para esa contienda hubiese sido escogido por medio de un procedimiento de selección natural como acaeció un siglo antes con respecto a Wáshington. Recordaremos que Wáshington murió solo diez años antes de que Lincoln naciera; y al notar que cada uno de esos jefes estuvo listo en el momento en que se necesitaban sus servicios y que sin esos servicios la nación pudiera haber sido destruida por completo, debemos acariciar la esperanza de que cuando sea necesario siempre este país encontrará el jefe que pueda sobreponerse a todas las dificultades y obtener para ella el éxito debido.

Después de su regreso de Nueva Orleans Lincoln consiguió ser empleado en la tienda de comestibles o mercancías de Gentry, y al cumplir los veinte y dos años de edad se asoció con un individuo que tenía como unos veinte años más que él, y ambos juntos se dedicaron a esa clase de comercio. Había inspirado tal confianza a sus vecinos que, aunque carecía por completo de recursos, no encontró la menor dificultad en obtener dinero

prestado para establecer su giro mercantil. Éste no tuvo éxito, pues Lincoln no poseía dotes de comerciante ni afición especial al negocio, mientras que su socio demostró ser poco honrado. Así es que cuando ese socio se fugó, quedó Lincoln sólo para terminar los asuntos pendientes, y asumir las deudas y responsabilidades de la sociedad. Lincoln no pudo saldar esas deudas sino unos diez y siete años después, haciendo uso de las pocas ganancias que entonces le daba la abogacia. Debe decirse que aunque a los seis años ya, según la ley, no podía hacerse efectiva la deuda ante los tribunales, Lincoln nunca se sirvió de este pretexto para eludirla. A raiz del fracaso de su negocio Lincoln se dedicó a trabajos de agrimensura, siguiendo en este caso el ejemplo de su predecesor Wáshington, cuya carrera como agrimensor el joven Abraham bien conocía, pues sabía de memoria todo el texto de la biografía de Weems. Sus nuevas tareas le obligaron a viajar por todo el condado, y así se relacionó extensamente, más que si hubiera permanecido en el pueblo de New Salem, y en su caso el trato personal era de suma importancia, pues ninguno que llegó a conocer personalmente a Lincoln dejó de comprender y de tener la mayor confianza en la firmeza e integridad de su carácter y de sus propósitos.

## II

### TRABAJOS JURÍDICOS DE INICIACIÓN EN LA VIDA POLÍTICA

EN 1834, cuando Lincoln ya contaba veinte y cinco años de edad, él inició su carrera política, presentándose como candidato para miembro de la Asamblea. Fué derrotado, pero esa derrota le ofreció algún consuelo, pues en su propio pueblo o distrito, New Salem, él recibió doscientos ocho votos en su favor, de los doscientos once que fueron dados. En este caso el estadista fué honrado por aquellos que bien lo conocían y dos años después él volvió a presentar su candidatura y esta vez salió triunfante. Durante sus viajes como agrimensor había logrado captarse la amistad y simpatía de suficiente electores en el condado para poder obtener la mayoría deseada.

Los trabajos jurídicos de Lincoln principiaron en 1834 y terminaron en 1860, o sea durante unos veinte y seis años. En la mayor parte de las causas que él patrocinó obtuvo fallos favorables, y esos triunfos no se debieron enteramente a su

habilidad como abogado. La primera razón a que debemos atribuirlos con respecto a él mismo, ésto es en aquellas causas que él patrocinó y no las que estaban a cargo de su socio, es que él tenía como norma no aceptar ninguna causa que él no tuviera el pleno convencimiento de que era justa. Según fué aumentado su fama de abogado venían a verlo mayor número de clientes que querían adquirir los servicios del joven abogado, por también estar seguros de su honradez y del manejo leal de la causa. A pesar de eso si él no tenía convencimiento de su justicia, desechaba tales ofertas aun en la época en que sus entradas eran bien reducidas, y cuando cada peso ganado era de suma importancia para él.

La carrera de Lincoln en el foro ha quedado opacada por sus grandes servicios en la vida pública, pero cuando se llegue a estudiarla bien, se comprende que fué de importancia y de trascendencia. Pocos eran sus libros de derecho, así como lo fué su primera biblioteca, pero tenía la costumbre de conocer a fondo los pocos volumenes que el poseía y aquellos que él lograba sacar de las bibliotecas de sus amigos. Sus trabajos en el foro dieron pruebas de sus grandes facultades para el debate y ésto ejerció gran influencia en el desarrollo de tales facultades. Los abogados que ejercían su

cometido en favor y contra de él, los jueces antes quienes él presentaba sus argumentos, y los miembros de los jurados que eran ciudadanos trabajadores y a veces testarudos del Estado, parecían todos tener pleno convencimiento de la exactitud excepcional con que el joven abogado presentaba su propio caso, así como el de su opositor. Tenía la grandísima facultad de retener a sus amistades, de convencer a los que no estaban de acuerdo con sus ideas, y de convencer a sus opositores; pero nunca dirigió esfuerzos fútiles en tareas que según su modo de ser no podía conseguir. Nunca, como dice Horace Porter, empleando las mismas frases de Lincoln, "malgastaba su tiempo tratando de sobar la espalda de un puerco-espín político." "Lo mismo sería," dice el mismo Lincoln, "tratar de echar pulgas en un patio haciendo uso de una pala."

Desde joven había adquirido la reputación de saber relatar cuentos dramáticos, y los que oían sus alegatos ante los tribunales siempre esperaban que al dirigirse al jurado intercalaría algunos de esos cuentos que causaban gran efecto e impresionaban al público. A veces los que lo estaban oyendo sufrían decepciones a este respecto, pues ni en el foro ni después en sus tareas como jefe de un partido político, debemos agregarlo, Lincoln

jamás trató de relatar un cuento sólo con el objeto de dar a conocer tal cuento, ni para conseguir que se rieran de él ni obtuviera un placer momentaneo, o una ventaja temporal para hacerle mal a un opositor. Empleaba los cuentos, ya sea en el foro o en la política, sólo cuando le presentaban el modo más corto y eficaz para demostrar un punto discutible o para ilustrar algún aserto. Pasados algunos años, y cuando pesaba sobre él el cúmulo de dificultades de la gran contienda, Lincoln empleaba los cuentos de tiempo en tiempo como desahogo de sus sentimientos. Parecía como que por medio de un esfuerzo de su entendimiento, y para no tener que estar pensando continuamente en los tremendos problemas que tenía que resolver, empleaba alguno de esos recuerdos humorísticos para dirigir sus pensamientos en una dirección lo más lejana que fuera posible de la que le causaban sus cuidados. Empleaba sus cuentos de manera distinta y muy útil, durante la época en que estuvo en Wáshington, pues le daban la oportunidad de contestar indirectamente alguna solicitud insistente que no debía concederse, y para dar al solicitante con el menor riesgo de causarle gran enojo, la negativa que era indispensable. Es seguro también que como ha sucedido a otras personas que tenían el don de decir cuentos ade-

cuados, que se le atribuyen una gran serie de anécdotas e incidentes de distintas clases, aunque algunos de ellos hayan sido enteramente ajenos y aun opuestos a su modo de expresarse y a su manera de argumentar. Y para poner punto final con respecto a este tema de los cuentos de Lincoln, debemos decir que tienen la recomendación geométrica de "ser ni muy largos ni muy cansados."

En 1846 Lincoln salió elegido miembro del Congreso por el partido Whig. Ya había aumentado el círculo de las amistades que tenía en el condado como agrimensor por medio de sus trabajos de abogado; así es que fué postulado por unanimidad y fué elegido sin dificultad alguna en un distrito que comprendía seis condados. Encuentro en los archivos de su campaña electoral el detalle de que Lincoln devolvió a algunos de sus amigos que habían tratado de recoger fondos para sus gastos electorales la suma de $199.90, de los $200 que se habían suscrito.

En 1847 Lincoln constituía uno del grupo de Whigs en el Congreso que se oponían a la guerra contra México. Estas personas eran de la opinión que la guerra era una de agresión y robo. Su modo de ver que entonces contaba con muchos partidarios en la Nueva Inglaterra, fué bien

presentado por Lowell en sus *Bigelow Papers*, Cuando el ejército ya principió sus operaciones, Lincoln sin embargo de eso dió su voto en el Congreso para apoyarla de la manera más amplia y enérgica, y un año después, poco más o menos, él trabajó con actividad por la elección del General Taylor. Opinaba él que la responsabilidad de la guerra no se debía a los soldados que habían combatido en ella hasta obtener un triunfo decisivo, sino a los politicastros que habían ideado el plan desde un principio para apoderarse del territorio codiciado.

Según notamos, el nombre de Lincoln se ve ligado en 1849, con una invención para hacer pasar los buques sobre bancos de arena. Durante su permanencia en el río Sangamon, recordaba que se había tratado de ahondar el río para que pudieran pasar los vapores, y que ese plan había fracasado, aunque al principio parecía haber tenido buen éxito, de modo que ésto le hizo interesarse en el problema de dirigir los buques de río de modo que pasaran por los bancos de arena.

En 1864 cuando yo estuve en la campaña del río Rojo en Luisiana me interesé en examinar un aparato que se había ideado con el fin de levantar vapores de río, y llevarlos a través de los bancos de arena. Esta invención tenía la forma de unos

zancos en que se colocaban los buques pequeños (pues solamente los pequeños podían sujetarse a este sistema) sobre espigones que se situaban en el puente superior y que llegaban hasta el casco del buque, debiéndose hacer la maniobra correspondiente por medio de dos o tres hombres que estaban en cada espigón y que hacían funcionar el aparato. La única dificultad que se presentaba en el río Rojo era que los tiradores de los rebeldes colocados en la orilla del río ocasionaban una gran irregularidad en las maniobras.

En 1854, Douglas logró que el Congreso aprobara la ley llamada de Kansas-Nebraska. Esta ley derogaba el llamado Arreglo de Missouri de 1820, y anulaba también todas las disposiciones de los distintos arreglos de 1850. Tenía por objeto el permitir que cualquiera libremente tomara terrenos, y para que después se organizara como estados esclavos todo el territorio del Noroeste de donde en virtud del Arreglo de Missouri, se había excluido la esclavitud. La ley de Kansas-Nebraska no sólo puso un gran territorio a disposición de la esclavitud, sino dió lugar a que se renovara toda la discusión referente a los esclavos. Precursores inmediatos de la Guerra Civil fueron los puntos que se debatieron en las controversias motivadas por esta ley, y también las más enconadas disputas

que surgieron después de que se aprobó la ley con respecto a que fuera admitido Kansas como un estado esclavo. Más hondas eran las causas y también de más importancia, pero no habria surgido la guerra durante un periodo indefinido, si no hubiese sido porque los sureños se empeñaron en ejercer el derecho de convertir en estados esclavos todo el territorio del país, y porque algunos jefes del partido Democrático del Norte que tenían de jefe a Douglas, estaban listos a aceptar este modo de obrar y, por medio de expedientes parecidos, querían conseguir o guardar el dominio político en favor del partido democrático.

En uno de los extensos debates que se verificaron en el Congreso acerca del derecho de llevar a los esclavos al territorio libre, un hacendado de la Carolina del Sur pintó con vivos colores sus relaciones con su vieja madre adoptiva de la raza de color, la "mamá" de la plantación. "Quiere usted decirme," dijo dirigiéndose a un opositor del partido contrario a la esclavitud, "que a mí, que soy libre ciudadano americano, no se me permitiría si quisiera cruzar el río Mississippi que me acompañara toda mi familia? ¿Quiere usted decirme que yo debo dejar a mi vieja 'mamá' sóla en la Carolina del Sur?" "Oh," contestó el del Oeste, "lo malo no es que usted quiera llevar a su 'mamá'

a este territorio libre, sino que no se le puede permitir que la venda usted cuando llegue con ella."

Lincoln trabajó con el mayor empeño y convicción, y con grandísimos esfuerzos para conseguir que fuera libre el territorio que pertenecía a la nación. Era de la misma opinión que la mayoría del partido Whig, creyendo que si se limitaba la esclavitud a los estados en que ya existía y si no se admitía en la Unión a ningún otro Estado que permitiera la esclavitud, ese baldón tendría que desaparecer durante el curso de una o dos generaciones.

Muy claramente comprendía que la esclavitud era un enorme mal, así para los blancos como para los negros, tanto para los individuos particulares como para toda la nación. En su juventud había tenido que dedicarse al trabajo manual, y por lo tanto no podía considerar que ese trabajo menoscabara el respeto de la sociedad hacia el trabajador o que éste dejase de respetarse a si mismo. Según él opinaba uno de los mayores males de la esclavitud era que influía inevitablemente en degradar al trabajo y al trabajador.

Cuando la ley de Kansas-Nebraska se sancionó bien comprendieron los ciudadanos del Norte que los sureños no permitirían que se pusieran mayores

trabas a la esclavitud. Lo que opinaban los jefes sureños, y en ésto sus comitentes los apoyaban sustancialmente, era que los esclavos constituían una propiedad, y que la Constitución ya que garantizaba la protección de la propiedad en favor de todos los ciudadanos de la República, al privar a un dueño de esclavos de sus derechos constitucionales como ciudadano, le impedía o restringía la manera de usar esta parte de su propiedad. Los argumentos que aducían los extremistas del Sur fueron prohijados con gran elocuencia y vehemencia por John C. Calhoun, durante los años que trascurrieron de 1830 a 1850, y esas ideas de Calhoun se clarificaron pocos años después, y formaron parte de la candidatura presidencial de John C. Breckenridge. Lo que opinaban aquellos que se oponían a los que votaban en favor de la esclavitud, y que eran los extremistas del Norte, capitaneados por William Lloyd Garrison, Wendell Phillips, James G. Birney, Owen Lovejoy y otros, era que la Constitución en lo que se refería al reconocimiento de la esclavitud (lo que se hacía simplemente de una manera indirecta), era una transacción con un mal existente. Consideraban que los que firmaron esa Constitución habían hecho ese arreglo, sin desear hacerlo, y sin comprender bien todas las responsabilidades que asumieron

al perpetuar ese gravísimo mal. No querían admitir que fuera posible que las siguientes generaciones de ciudadanos americanos tuvieran que apoyar por un tiempo indefinido este error por parte de los Padres de la patria. Resolvieron destruir la esclavitud, por considerarla una institución enteramente opuesta a los principios que formaban la base de la República. Hacían referencia a los párrafos de la Declaración de Independencia que expresan que todos los hombres tienen igual derecho a "la vida, la libertad, y al goce de la felicidad," y que este derecho no se restringía y aplicaba sólo a la raza blanca. Caso de que no fuera posible destruir la esclavitud por medio de sus argumentos, estos ciudadanos hubieran preferido que se disolviera la Unión, antes de que Estados como el de Massachusetts tuvieran que soportar parte de la responsabilidad de los males que se causaban a la humanidad y a la justicia en virtud de las leyes de la Carolina del Sur.

El partido Whig, cuyo gran jefe, Henry Clay, acababa de fallecer en 1852, casi al mismo tiempo que Lincoln principiaba a figurar de manera prominente en la política, consideraba que todos los ciudadanos estaban obligados a respetar el pacto que firmaron sus antepasados, primero en virtud de los Artículos de Confederación de 1783,

y después en virtud de la Constitución de 1789. Nuestros antepasados, a fin de lograr que se organizara la Unión, convinieron en respetar la institución de la esclavitud en los Estados en que estaba vigente. Los Whigs de 1850 por lo tanto creían que en los Estados esclavos, que habían formado parte de los trece primeros, debía reconocerse la esclavitud como una institución que tenía que protegerse de conformidad con las leyes de la República. Confesaban además que lo que sus abuelos habían hecho en 1789, había sido confirmado de cierta manera por lo que sus padres aprobaron en 1820. El Arreglo de Missouri de 1820, en que claramente se especificaba que todos los Estados que de allí en adelante se organizaran al norte de la línea treinta y seis treinta, deberían ser Estados libres, demostraba claramente que los Estados al sur de esa línea tenían el privilegio de formar parte de la Unión con la institución de la esclavitud, y que los ciudadanos de esos nuevos Estados esclavos podrían estar seguros de que se les reconocerían los mismos derechos y que gozarían de ellos como se había hecho con respecto a los trece primordiales.

El Arreglo de Missouri también permitió que fuera recibido Missouri en la Unión como Estado esclavo (para contrabalancear al Estado de Maine

que había sido admitido ese año), aunque casi todo el territorio del Estado de Missouri se encontraba al norte de la latitud 36° 30′.

Debemos recordar que los Estados del Sur, apelando a la Constitución, aunque no permitían que votaran los negros, habían conseguido el derecho de incluir a la población negra como base para su representación en la Cámara baja. Al distribuir los representantes según la población, se contaban a cinco negros como equivalentes a tres blancos. La ley de Kansas-Nebraska fué aprobada en 1854 en la Cámara por una mayoría de trece votos, siendo el objeto de esa ley confirmar la existencia de la esclavitud y extenderla como una institución nacional por todo el país. En esa época había en la Cámara cuando menos veinte miembros que representaban a la población negra, así es que en ese caso realmente sin desearlo los negros sirvieron de instrumento para remachar las cadenas de su esclavitud.

Hacia 1854, Lincoln por la primera vez hizo su famosa pregunta de: "¿Puede la Nación existir medio esclava y media libre?" Esta pregunta con pequeñas variantes se convirtió en nota dominante cuatro años después en la polémica de Lincoln en contra de la teoria de Douglas, sobre "soberania de colonos usurpadores." Organizóse

el partido Republicano hacia 1856. Se han emitido diversas opiniones acerca de la fecha, y el lugar exacto en que por primera vez se presentaron en conjunto los principios que constituyeron al fin la plataforma del partido, y con respecto a las personas que fueron responsables de la emisión de tales principios. Ya hacia el mes de julio, de 1854, una convención se había reunido en Jackson, Michigan, con el objeto de formular su oposición a que se extendiera la esclavitud, y efectivamente esta plataforma de Jackson contenía en substancia las resoluciones y algunas de las frases que después se incluyeron en la plataforma republicana. Durante el mes de enero de 1856 Parke Godwin publicó en la revista llamada *Putnam's Monthly*, en la que él figuraba como editor de la sección política, un artículo en que se bosquejaba la constitución indispensable para el nuevo partido. Este artículo explicó más detalladamente que lo que entonces se había hecho, las ideas de los hombres que después fueron designados como jefes del partido Republicano. Lincoln pronunció un discurso en Bloomington, Illinois, en mayo de 1856, en que dió a conocer los principios de la campaña que contra la esclavitud estaba formulando su grupo que formaba parte del partido Whig. En ese discurso, Lincoln habla

de "esa libertad perfecta que están ansiando nuestros compatriotas sureños, esa libertad de hacer esclavos a otros pueblos," y después dijo: "El señor Douglas aboga, al referirse a los derechos de los ciudadanos americanos, que si *A* quiere convertir a *B* en esclavo, ningún otro hombre tiene derecho de oponerse a ello." Hablando de ese discurso en Bloomington, Herndon dice: "Estaba pleno de lógica, de sentimiento, de entusiasmo; tenía frases de justicia, de verdad y de derecho. Parecía que esas frases ardían con el fuego celeste de una mente encolerizada por un grave mal. Las expresiones eran duras, compactas, fuertes y repletas de justo enojo."

Desde esa época Lincoln principió a ser considerado por todo el país como uno de los jefes del nuevo movimiento político, como persona hábil y lista para dedicar su tiempo y servicios a la contienda contra la esclavitud, y a la campaña electoral iniciada por el partido Republicano. Por supuesto que estos trabajos de la política de algún modo coartaron sus tareas forenses, pero él nunca dejó que sus intereses políticos se opusieran en ningún grado a las obligaciones que había asumido con respecto a sus clientes. Se limitó pues a aceptar menos causas, y por esa razón se mermaron de esta manera sus entradas profe-

sionales. En su profesión de abogado jamás demostró capacidad especial para aumentar esas entradas o para vigilar sus propios intereses pecuniarios. Adoptó el principio, y lo siguió en su carrera profesional, de tratar de impedir los litigios, y él aparece durante los veinte y cinco años de su vida profesional como si no hubiera tenido ningunos enemigos entre sus opositores en el foro. Gozaba de una reputación excepcional por la franqueza con que aceptaba los argumentos de valor de sus opositores, o como él mismo expresaba esos argumentos que eran favorables a ellos. El juez David Davis, ante quien Lincoln ejerció su profesión durante esos años, dice que el tribunal siempre estaba listo para aceptar como verdaderamente exacto y completo cualquier relato que Lincoln hiciera respecto de los puntos en controversia. Davis dice que a veces sucedía que Lincoln sugería algún punto importante favorable al caso de su opositor, y que había pasado desapercibido por el otro abogado. Lincoln siempre tenía la idea de valorizar desde luego los argumentos de su contrincante. Como ya dije también, seguía el sistema de no aceptar ningún caso que él no creía abonara la justicia. Era tal su modo de ser que poseía una capacidad extraordinaria para descubrir la falsedad de cualquier argumento que

se presentara; y su costumbre de ejercer la facultad de analisis en sus trabajos forenses mucho le sirvió después, para propagar su influencia como jefe de un partido político. La facultad que él poseía, cuando estaba seguro de la justicia de su causa, para convencer al tribunal y al jurado, contribuyó también a que adquiriera la facultad de convencer y hacer aceptar sus convicciones a la gran multitud de electores. Después cuando cayó sobre sus hombros el peso de la jefatura de la nación, confió sus penas y sus ideas a todo el pueblo, y le presentó sus argumentos como si fuera ante un gran jurado que estaba resolviendo en sesión permanente la política nacional, y así pudo convencerlo de la entera honradez de sus propósitos y de la verdad de los fines que perseguía, —fines que después se convirtieron en la política de toda la nación.

El se llamaba "abogado a la ligera," y en realidad no tuvo muchas oportunidades de estudiar tanto como él hubiera deseado. Davis dice, hablando del trabajo de Lincoln como abogado: "Tenía bien sentada la cabeza y su conciencia y su corazón siempre estaban del lado de la justicia. Era flexible con respecto a lo que no era indispensable, pero con la firmeza del acero sostenía los principios fundamentales de la verdad y de la

justicia." Al examinar los trabajos de Lincoln en la Asamblea, y después en el Congreso, puede notarse que nunca quiso hacer con el carácter de representante lo que no deseaba llevar a efecto como simple ciudadano. Por supuesto que la facultad que tenía de notar el lado humorístico de las cosas, era simplemente como un incidente de su gran facultad de clara percepción. La persona que ve las cosas claramente, que comprende ambos lados de una controversia, que puede comprender todas las fases de un asunto y que no discute a ciegas, es la persona que indudablemente sabe apreciar los chistes, y aun a veces si es necesario sabe reirse de sus propios errores. La facultad que Lincoln tenía de absorver y recordar datos y de tenerlos listos para hacer uso de ellos en un momento dado, era facultad que como ya hemos visto, la tenía desde que era muchacho. Él mismo dice: "Mi mente se parece algo a un pedazo de acero; es muy difícil rayar algo en ella, pero también después de hacer eso es casi imposible borrarlo."

Se ha podido compilar toda la correspondencia de Lincoln, y la colección de cartas es suficientemente completa. Esas cartas que él escribió a sus amigos, conocidos, corresponsales, hombres públicos, y otra clase de individuos de distintas clases, se han coleccionado y se han dado a la luz

pública, no como sucede en lo general bajo el discreto y juicioso manejo de un amigo que escribe una biografía, sino por una gran variedad de personas que más o menos le tenían cariño. Parece que muy pocas de esas cartas de Lincoln se han perdido o han sido destruidas, y al leerlas uno tiene que comprender claramente la entera honradez de sus propósitos y de sus asertos, pues es el rasgo característico de ellas. Pocos hombres hay cuya correspondencia pudiera pasar por ese crisol sobre todo, si su vida política hubiese sido tan activa durante un periodo de contienda electoral y de guerra civil. Jamás Lincoln tuvo que exigir de uno de sus corresponsales que "quemara esa carta."

## III

### LA CONTIENDA CONTRA LA AMPLIACIÓN DE LA ESCLAVITUD

La Corte Suprema en 1856, bajo la presidencia del juez Taney, emitió el fallo, llamado de Dred Scott. El propósito de este fallo era declarar que un negro no podía considerarse como persona, sino como un bien mueble; y que al llevarse a ese negro a territorio libre no se menoscababan ni anulaban los derechos de propiedad por parte de su dueño. A los ciudadanos del Norte les pareció que en virtud de este fallo todo el país, y en eso se incluía además de los territorios nacionales los estados independientes que habían excluido la esclavitud, iban a abrir sus puertas para dar libre entrada a ese sistema. El fallo de Dred Scott, si se toma en consideración junto con la derogación del Convenio de Missouri (y esos dos hechos indudablemente formaban parte de una política ya bien resuelta), daba a conocer cual sería su inevitable y lógica consecuencia, la

cual tendría que dar por resultado que todo el país quedara bajo el dominio de la esclavitud. Los que después formaron el Estado de Kansas llevaron a cabo una lucha tenaz, durante los años de 1856 y 1857, para impedir que se implantara la esclavitud dentro de su territorio. La Constitución, llamada Lecompton, trató de introducir por presión la esclavitud en Kansas. La administración de aquella época (la del Presidente Buchanan) declaró que esa constitución había sido adoptada, pero como los fraudes que se cometieron en la votación eran tan patentes, el Gobernador demócrata Walker, aunque era partidario de la esclavitud, se vió obligado a repudiarla. También esa constitución fué repudiada por Douglas, aunque éste había declarado que debía implantarse la esclavitud en el Estado. Jefferson Davis, que entonces era Secretario de la Guerra, declaró que "Kansas había asumido una actitud rebelde y que debía acabarse con esa rebelión." Se habían visto cruzar el río de Kansas a Missouri grupos armados que iban con el objeto de emitir votos fraudulentos, y con el otro objeto de impedir que los partidarios favorables a la libertad en el territorio se acercaran a las casillas electorales.

Esta contienda en pro de la libertad en Kansas dió oportunidad a Lincoln para que dijera: "Que

una familia en que existe la división no puede subsistir; que este gobierno no puede continuar siendo medio esclavo y medio libre." Sirviéndole este aserto de base para sus argumentos, Lincoln inició su célebre campaña para el cargo de Senador contra Douglas. Éste ya había representado durante dos periodos al Estado de Illinois en el Senado, y por lo tanto tenía la ventaja de estar en su puesto y de poder dirigir de cierta manera la maquinaria electoral de su Estado. Además gozaba entonces de la reputación de ser el orador más hábil en los círculos políticos del país; y era astuto, valiente, enérgico, y falto de principios en lo que refería a su credo político. Muy bien sabía congraciarse con las masas populares por medio de sus prejuicios, y su carrera política hasta entonces había sido una serie no interrumpida de triunfos. La contienda para ganarse nuevamente el puesto de Senador, era según él esperaba y deseaba, un escalón más para elevarlo a la Presidencia. El partido democrático que tenía el dominio absoluto hacia el sur de la línea, llamada de Mason y Dixon, y con un apoyo bastante valioso en los Estados del Norte, se hallaba en una situación tal, que si no se subdividía podría llegar a obtener el éxito en la elección presidencial de 1860. Douglas parecía ser el jefe idoneo de

ese partido, pero era necesario que él mientras que guardaba el apoyo de los Demócratas del Norte, demostrara claramente a los del Sur que su influencia pesaría en favor del mantenimiento y de la ampliación de la esclavitud.

El Sur quedó sumamente complacido con los resultados y propósitos del fallo de Dred Scott, y con la derogación del Convenio de Missouri. Es probable sin embargo que si el fallo de Dred Scott no hubiera satisfecho tanto a los del Sur, ellos no hubiesen aceptado tan fácilmente la jefatura de un Demócrata del Norte como era Douglas. Al llegar a cierta etapa de la contienda comprendieron que necesitaban a Douglas, así mismo como se cercioraron de la importancia del apoyo que él podía dar y que conseguiría en el Norte. Pero cuando se derogó el Convenio de Missouri, y que la Corte Suprema declaró que los esclavos debían ser reconocidos como propiedad por todo el país, las pretensiones de los sureños aumentaron a tal grado, que los partidarios de Douglas no pudieron acceder a ellas. Grande fué el honor que se le hizo al joven abogado de Illinois al darle la responsabilidad de ser el jefe que iba a luchar contra Douglas, capitaneando a los Whigs y a los que los ayudaban y eran partidarios de la libertad en todo el territorio nacional,

y que se oponían a que se ampliara la esclavitud. Contienda fué ésta en realidad de que dependía la continuación del país como nación independiente.

Lincoln parece haber tomado parte en esta contienda con sumo valor, con el valor que le daban sus íntimas convicciones. Consideraba que Douglas era un contemporizador, y creía que la discusión había llegado a tal punto que un estadista de esa clase no podría ser apoyado por los electores en ambos lados de la línea de Mason y Dixon. Desde que se inició el debate él urgió con insistencia durante tres semanas que le contestara la pregunta, que puede decirse estaba concebida en la forma siguiente: "¿Puede el pueblo excluir la esclavitud de un territorio de los Estados Unidos antes de la formación de su constitución como Estado, o contra la protesta formulada por cualquier ciudadano de los Estados Unidos?" Los que dirigían la campaña electoral de Lincoln opinaban que no había hecho bien en formular tal pregunta. Consideraban ellos que Douglas contestaría la pregunta de tal manera, que conseguiria la aprobación de los electores de Illinois y que al conseguirla ganaría su asiento en el Senado. La contestación que Lincoln daba era sustancialmente la siguiente: "Puede ser así, pero sin embargo yo considero que si Douglas

contesta esa pregunta de manera satisfactoria para los Demócratas del Norte, indudablemente perderá el apoyo de cuando menos sus partidarios extremistas de los Demócratas del Sur. Puede ser que yo pierda el asiento como Senador, y que mi candidatura salga derrotada. Sin embargo si Douglas no consigue el apoyo del Sur, no llegará a obtener la presidencia en 1860. Entonces se trazará con fijeza la línea que separa a los que quieren aceptar los argumentos extremistas de los sureños y los que no están de acuerdo con esos argumentos. Es necesario llegar a una determinación justa, pues de ella depende la seguridad nacional." Bastante le molestó a Douglas el tener que contestar esa pregunta. A pesar de eso finalmente dijo que él opinaba que el pueblo de un territorio de los Estados Unidos tenía el derecho de excluir la esclavitud. Cuando Lincoln le exigió que dijera como hacía concordar su respuesta con el fallo de Dred Scott, dijo sustancialmente: "Pues bien no tienen el derecho de adoptar medidas constitucionales para excluir la esclavitud, pero pueden por medio de leyes de su localidad hacer irrealizable la adopción de esa misma esclavitud." Como el fallo de Dred Scott de hecho había por si sólo echado abajo la teoria de Douglas sobre soberanía popular, o de los que

adquirían posesión de los terrenos sin título, Douglas sólo pudo decir que su modo de comprender la soberanía daba lugar a que se pudieran adoptar reglamentos locales, de modo que fuera imposible establecer la esclavitud.

El Sur, que ya se había avalentonado en virtud del fallo favorable de la Suprema Corte, no quería aceptar la posibilidad de que así pudiera cercenarse el derecho de la esclavitud, excluyéndola de cualquier parte del país. Los del Sur repudiaron a Douglas, como Lincoln había profetizado que lo harían. En realidad Douglas había tratado lo que era imposible como es el quedar bien con ambos lados. Ganó en su contienda para Senador por sólo una mayoría de ocho votos en la Legislatura, pero Lincoln aun en esa lucha electoral obtuvo el triunfo popular, pues su mayoría entre los votantes ascendió a cuatro mil.

Los distintos debates que efectuaron estos dos jefes de partido, tuvieron gran resonancia en toda la nación. No implicaban sólamente el saber como sería representado en el Senado el Estado de Illinois, sino que al presentar ellos sus argumentos, no sólo a los electores de Illinois sino a los ciudadanos de todo el país, debatían en favor de que se restringiera la esclavitud por una parte, o que se le diera una amplitud y protección indefinida

por otra. Ese debate servía para educar, no solamente a los electores que los oyeron, sino aun a los miles de otros electores que leyeron las informaciones respectivas. Sería sumamente ventajoso para la educación política de los candidatos, y para la educación de los electores, si se llevaran a efecto constantemente y como cosa rutinaria en las campañas congresionales y presidenciales, pues en las actuales circunstancias, se nos presenta, en lugar de una asamblea de electores que representan los distintos puntos de vista de los dos partidos o de diferentes grupos políticos, una concurrencia homogénea que piensa de la misma manera, y oradores que no tienen a ningún opositor en el público que pueda impedirles el deseo de hacer uso de datos inexactos, de vituperaciones personales, y de conclusiones sin ningún fundamento. El interrumpir al orador es considerado como un quebrantamiento del orden, y la persona que no está enteramente de acuerdo con la manera de pensar de la concurrencia probablemente es arrojada fuera del local, juzgándosela como un entrometido. Si se estableciera el sistema de debates conjuntos, los oradores se varían obligados a dejar de ser impulsivos, y no harían observaciones exageradas o falsas, o si las hacían, no lo harían intencionalmente, porque bien pronto su opositor les daría

su adecuado correctivo. Por lo tanto llegarían a ponerse en mejor acuerdo y a rebatir respetuosamente los argumentos del opositor. También entonces se escogerían jefes o oradores para sostener los principios del partido, que además de poseer dotes oratorias, supieran razonar debidamente. Por lo tanto los electores, en lugar de verse limitados a seleccionar de un círculo de argumentos más o menos válidos, tendrían que tomar en consideración los argumentos de los otros grupos de sus conciudadanos. Yo no puedo concebir un método mejor para colocar al sistema representativo a la debida altura y para obtener el resultado electoral como debía ser, por medio del fallo razonado de electores idóneos, como el establecimiento de estas discusiones entre dos contrincantes de distintos partidos.

Me permito citar algunas de las frases de las contundentes argumentos que se hallan en los siete debates de Lincoln. "Un esclavo," dice el Juez Douglas (obrando de conformidad con lo resuelto por el juez Taney), "es un ser humano, que según la ley no es una persona, sino una cosa." "Yo opino [dice Lincoln] que la esclavitud tiene por base el egoismo natural del hombre. La esclavitud viola un derecho eterno, y mientras que Dios reine en los cielos y los niños de escuela puedan

leer, nunca esa mancha negra llegará a consagrarse como principio divino." "Ninguna persona pierde su derecho a algo que le pertenece y que le ha sido robado. ¿Puede un hombre perder sus derechos en su propia persona, si él mismo ha sido robado?"

Las siguientes frases dan en resumen los argumentos de Lincoln "El juez Douglas mantiene que si cualquier hombre resuelve convertirse en esclavo, ningún otro hombre tiene el derecho de oponerse a ello. Nuestros Padres, al aceptar la esclavitud como institución legal en virtud de la Constitución, también opinaban, según lo demuestran claramente sus palabras que ha consignado la historia, que la esclavitud acabaría en el curso de algunos años. Muy seguros estaban en pensar que el tráfico de esclavos debía abolirse, y que debía prohibirse para siempre, y esta resolución fué dada a indicaciones de hombres como Jefferson, y sin una protesta por parte del Sur. El mismo Jefferson fué el autor de la Ordenanza de 1787, la que prohibía que se introdujera la esclavitud, consagraba a la libertad el gran territorio del Noroeste, y esa medida fué completamente aprobada por Wáshington y por los demás otros grandes jefes del Sur. En donde exista la esclavitud, la libertad no trata de entrar. Sólo por medio de la sabia resolución de los Padres de la

patria se hizo posible que surgieran y existieran, por medio de la colonización, los grandes territorios y Estados del Noroeste. Es esta determinación, y el convenio que después se ajustó en 1820, los que Douglas y sus amigos del Sur están tratando de nulificar. La esclavitud no es como insiste el juez Douglas un punto de disputa local; es en realidad una responsabilidad nacional. La derogación del Convenio de Missouri permite que penetre el baldón de la esclavitud en este nuevo y grande territorio, y además permite la discusión por doquiera de la cuestión de la esclavitud, para poner en pugna toda la actual generación de los americanos. Cuando se llevan a los esclavos a territorio libre se hace algo que es lo mismo que dar nueva vida al tráfico de esclavos; perpetúa y desarrolla ese tráfico de los esclavos entre los Estados. El gobierno deriva sus facultades legales del consentimiento de los que gobierna. Los Padres de la patria no dijeron que "el derecho del pueblo para gobernar a los negros era el mismo que el derecho para gobernarse a si mismo."

Las tendencias políticas del juez Douglas tenían por base la teoría de que al pueblo no le importaba esa cuestión, pero en realidad al pueblo sí le importaba, como lo demostró dos años después, por medio del voto popular para Presidente

por todos los Estados del Norte. Una de las personas que escucharon aquellos debates ha dicho: "Lincoln estimaba la verdad en su justo valor. Su conciencia era profunda, real, y llena de vida, y la honradez era la estrella polar que le guiaba en sus acciones. Nunca trató de representar un papel, y siempre se veía frío, espiritual, reflexivo, dueño de si mismo y confiado en su propio valer. Era su oratoria clara, tersa y compacta . . . tremendos eran sus asertos cuando, al inspirarse en los pensamientos que emanaban del derecho humano y de la justicia divina, se convertía en elocuentísimo y apasionado orador, y cuando ésto sucedía, aun sobrepujaba, según opino, a la elocuencia de Clay o de Mirabeau."

Según continuaban las discusiones, se veía claramente que Douglas estaba perdiendo terreno. Lincoln nunca dejó de ir por el camino recto hacia el punto principal de discusión, sin hacer caso de las diatribas ni de los ataques personales. Diariamente insistía en que Douglas le contestara estas preguntas: "¿Qué es Douglas lo que se propone usted hacer con respecto a la esclavitud en los territorios? ¿Opina usted al fin que ya no quedará ni un palmo de terreno libre en este país? ¿Cree usted que no sería ventajaso para la nación que no se permitiera la mayor amplitud a la

esclavitud?" Douglas trataba de dejar sin contestar estas preguntas directas, y sus respuestas definitivas no podían ser satisfactorias ni para los Demócratas del Norte ni para los del Sur. La diferencia de criterio que formaba la base de la contienda presidencial de 1860, se había presentado con toda claridad, y era el mismo criterio que en 1861 dió por resultado y asumió la forma de una guerra civil. Fué una diferencia de criterio que tuvo que dilucidarse por medio de una contienda de cuatro años, y que al fin quedó resuelta en favor de la existencia no interrumpida de la nación como país libre. En esta contienda Lincoln no sólo fué, al darse forma finalmente a la controversia, su jefe primordial, pero también fué su jefe hasta el fin de la pelea, y a la fecha en que él murió, esa gran controversia ya había quedado decidida para siempre.

Horace White, al dar un compendio de los puntos de controversia que se dilucidaron en las discusiones entre Lincoln y Douglas, dice:

"Ya han transcurrido cuarenta y cuatro años desde que terminó la Guerra Civil, y ahora podemos formarnos una idea exacta sobre los puntos de la controversia. El pueblo del Sur ahora ya en lo general conviene que la esclavitud como institución era una terrible maldición para ambas razas. Nos-

otros los del Norte debemos confesar que tenían bastante razón para que esos Estados quisieran separarse de la Unión. Aunque la Constitución de distintos modos decreta la supremacia del Gobierno Federal, eso al principio no lo comprendían ni el pueblo del Norte ni el del Sur. Al principio por doquiera prevalencia el localismo. El nacionalismo fué creciendo después, y con lento paso en gran parte debido a la costumbre que existía en el pueblo de estimar como su centro de gravedad la ciudad de Wáshington y de considerar que ése era el lugar de donde el nombre y la fama de América brillaba como un fanal. Durante el primer medio siglo de la República, el Sur y el Norte estaban cambiando de opinión con frecuencia, con respecto al derecho que los Estados, y acerca del derecho de la secesión, pero mientras tanto la Constitución por si sóla estaba sigilosamente trabajando en el Norte para echar abajo el localismo de Jefferson y para fortalecer el nacionalismo de Hamilton. Había terminado su tarea en los tempranos años de la decena del treinta, cuando encontró su expresión perfecta en la contestación de Webster a Hayne. Pero el pueblo sureño estaba tan firmemente convencido de que Hayne había salido triunfante en ese debate, como el pueblo del Norte creía que Webster había salido victorioso. Los inmensos intereses materiales que servían de base a la esclavitud contrarrestaban y neutralizaban el proceso de unión en el Sur, mientras que seguían alentando la tarea del

Norte, y de esta manera la diferencia de opiniones dió lugar a que sobreviniera el choque armado. Todos los hombres imparciales ahora ya comprenden que la conducta que observaron los dueños de los esclavos era debido a las circunstancias en que se hallaban, y no a una maldad innata. Lincoln, tanto antes como después de la guerra, estuvo de acuerdo con ésto, y ese hecho da a comprender el afecto con que está entronizada su memoria hoy por día en los corazones de los sureños."

Lincoln se condujo en la vida política de la misma manera y siguiendo el mismo sistema uniforme que había caracterizado sus tareas en el foro. Al escribir a un corresponsal en 1859, y al darle instrucciones más detalladas para la organización del nuevo partido, dijo: "No debe usted rebajar las elevadas miras del partido Republicano, para conseguir nuevos partidarios. El verdadero problema de 1860 es luchar para impedir que la esclavitud se convierta en mal nacional. Sin embargo debemos reconocer su derecho constitucional de existir en los Estados en donde su existencia fué reconocida en virtud de la Constitución original." Este modo de ver no estaba de acuerdo con las ideas de los Whigs de los Estados fronterizos, que abogaban por una división continua entre los Estados esclavos y los

Estados libres del territorio que debía convertirse en estados. Tampoco era satisfactorio para los Whigs con ideas extremistas contra la esclavitud, que formaban parte de la nueva organización, y que insistían en que debía destruirse la esclavitud por completo. Es muy probable que el asalto verificado por John Brown en 1859 en Virginia con el objeto de levantar a los esclavos para que combatieran por su propia libertad, tuvo alguna influencia inmediata para impedir los trabajos activos del grupo extremista adverso a la esclavitud y de aumentar las fuerzas del lado conservádose de la nueva organización. Lincoln estuvo en entero desacuerdo con los propósitos de Brown y sus compañeros, a pesar de que gustoso respetaba el valor idealístico de su personalidad.

Durante el mes de febrero, de 1860, fué invitado Lincoln por algunos de los jefes Republicanos en Nueva York para hacer uso de la palabra en distintos lugares, de acuerdo con un plan ya preparado y con el objeto de demostrar claramente a los electores los fines y las bases del nuevo partido. Ya era conocido su nombre entre los Republicanos del Este, en virtud de sus debates con Douglas, y bien se comprendía que Lincoln tenía concepto muy elevado con respecto a los principios del nuevo partido, y que sus consejos podían dar

resultados prácticos para formar las tendencias de la campaña presidencial. También se creyó que su influencia sería valiosa para conseguir la adhesión de los electores de los Estados del medio del Oeste. La comisión de invitación comprendía, además de un grupo de los antiguos Whigs (uno de los cuales era mi padre), partidarios democráticos del partido llamado de terreno libre, como William C. Bryant y John King. Los métodos empleados por Lincoln como jefe y orador político sólo eran conocidos por uno o dos individuos de la comisión y su nombre todavía no tenía resonancia entre el público del Este. Se aseguraba que el nuevo jefe del Oeste iba a hablar en Nueva York acerca de la contienda de la esclavitud, y es probable que al menos una gran parte de la concurrencia esperaba oir algunas diatribas y exageraciones. Por entonces parecía que el Oeste estaba a gran distancia de Nueva York, y todavía se le comprendía poco en las ciudades del Este. Los neoryorkinos no podían creer que un individuo que podía impresionar a los oyentes del Oeste, pudiera obtener resultados satisfactorios ante los refinados ciudadanos del Este. Los que eran más optimistas en sus ideas entre los que lo escucharon, esperaban que fuese posible que había surgido un nuevo Henry Clay, y estaban creyendo que oirían

frases grandilocuentes, y con adornos retóricos, como las que con frecuencia habían escuchado de los labios de Clay y de otros estadistas del Sur.

La primera impresión que se tuvo de esa personalidad venida del Oeste no militó contra la idea de que verían un ente extraño, fantástico, desaliñado. El hombre alto, desgarbado, mal vestido, pues aunque su ropa parecía nueva se veía que había sido hecha por un mal sastre; sus grandes piés, sus manos poco diestras, y que al principio al menos parecía que causaban cierta molestia al orador, la cabeza larga y delgada, y sobre la que se veían unos mechones que no parecían haber sido alisados debidamente; todo el conjunto del orador presentaba un cuadro que no podía agradar a una concurrencia de Nueva York, ni hacer que lo estimara como buen orador. Cuando principió su discurso, su voz no agradaba al oído, y el tono de ella era áspero y hasta demasiado elevado. A pesar de eso, según fué avanzando en su discurso parecía el orador ya posesionarse de si mismo, su voz adquirió una modulación natural, y que impresionaba, sus gestos eran adecuados y bien ideados, y sus oyentes al fin cayeron bajo la influencia de su mirada penetrante que manaba de ojos muy hondos, y comprendieron a integridad de sus propósitos, y la firmeza de

los principios que escudaban los pensamientos y las palabras del orador. En lugar de diatribas y exageraciones y de una mezcla de anecdotas, más o menos incruentes; en lugar de una exhortación vehemente de principios generales, o de una tremenda protesta contra la arrogancia del Sur, los neoryorkinos escucharon una serie de argumentos reposados, pero contundentes, que les sirviera de base con respecto a su conducta como ciudadanos. Bien se comprendía que ese orador del Oeste había aprendido bien la historia constitucional del país; que sabía a fondo los puntos en controversia que habían surgido con respecto a la cuestión de la esclavitud; que muy bien comprendía, y al mismo tiempo que sabía respetar los derechos de sus opositores políticos; conocía igualmente y con claridad sabía cuales era los derechos de las personas cuyas ideas él estaba ayudando a fomentar, y él insistía en no cejar ni flaquear con respecto al cumplimiento de esos derechos; claramente manifestaba que si debía continuar el país como nación, eso tenía que depender de que se arreglaran equitativamente los puntos de discusión, y consideraba que ese arreglo equitativo de tal discusión implicaba el que se restringiera la esclavitud dentro de sus límites actuales. Decía que tales restricciones eran

adecuadas y necesarias, tanto para el bien de los negros como para la seguridad y ventura de los blancos. Insistió en que los electores de los actuales Estados de la Unión eran en gran parte responsables de que se administraran debidamente todos los distritos de la República y de los Estados en lo futuro, y que esos Estados en donde sus hijos y nietos iban a vivir y convertirse en ciudadanos, debían estar amparados plenamente por la libertad, debían estar protegidos de la invasión de un sistema que representaba la barbarie. Aseguró que este modo de ver las cosas, de ninguna manera contrariaba el debido reconocimiento de los derechos legítimos de propiedad de los actuales dueños de los esclavos. Indicó a los de la Nueva Inglaterra que eran acérrimos opositores de la esclavitud, que su restricción daría por resultado su pronto fin, e insistió en que no podía justificarse la guerra sólo con el objeto de eliminar la esclavitud del territorio esclavo ya existente. Estaba listo, con el fin de impedir que entrara la esclavitud en el territorio nacional que todavía era libre, para arrostrar el peligro de que se iniciara una guerra con que estaba el Sur amenazándolos, porque él consideraba que solamente por medio de esa defensa se podría salvar la existencia nacional; y además creía que era indispensable que se

mantuviera incólume esta gran República, no sólo porque eso interesaba a sus propios ciudadanos, sino porque interesaba también a todos los gobiernos libres del mundo. Habló muy apenado de las dificultades y problemas que pesaban sobre el Sur, e insistió en que los puntos de la controversia no podrían arreglarse sino reconociendo debidamente tales dificultades, y que por lo tanto se debía evitar a todo trance una agresión de cualquiera de los lados de la línea de Mason y Dixon.

Yo era muy muchacho cuando primeramente contemplé ese hombre alto y delgado, que pronto iba a convertirse en jefe de su pueblo, y oí sus argumentos apacibles, pero contundentes, en favor de los principios del partido republicano No es probable que en aquel entonces yo pude apreciar debidamente el peso de los argumentos del orador. Después de aquella época he leído su discurso más de una vez, y por supuesto que difícilmente puedo deslindar mis primeras impresiones de las que me causó su lectura después. Sí recuerdo que desde luego quedé muy impresionado, y comprendí que tenía ante de mí a un jefe de un partido político cuyos métodos eran distintos de los que empleaban otros a quienes había yo escuchado. Sus argumentos no tenían por

base la diatriba ni el insulto del contrario, solamente comprendían considerandos de justicia, de esa justicia que es imperecedera y que representa los más elevados intereses de la nación en su totalidad. Yo dudo que hubiera habido en todo el discurso uno sólo de esos cuentos, que siempre se relacionan con el nombre de Lincoln. Indudablemente que el orador estaba bajo una solemne impresión, y comprendía la notable oportunidad que se le daba y la gran responsibilidad que recaía sobre él. En realidad su discurso fué la nota culminante de la campaña electoral que entonces se iniciaba.

Creo que es innecesario añadir que de ahí surgió el que se le escogiera como jefe del partido, no sólo para la campaña electoral que ya surgía, sino también para la lucha terrible que ya se iniciaba. Si no hubiese sido por la impresión que causó en Nueva York y en el Este el discurso de Lincoln y su propia personalidad, no se hubiera asegurado el voto de Nueva York en la Convención de Mayo en favor del hombre que procedía de Illinois.

Robert Lincoln (al escribirme en junio de 1908) me decía:

"Después del discurso de mi padre en Nueva York en Febrero de 1860, hizo un viaje a la Nueva Inglaterra para visitarme en Exeter, N. H., en donde estaba yo estudiando en la Academia Phillips. No

había tenido la intención de pronunciar un discurso en Nueva Inglaterra, pero como resultado del que pronunció en Nueva York, recibió muchas solicitudes de amigos de Nueva Inglaterra pidiéndole que hiciera uso de la palabra, y he sabido que antes de regresar al Oeste habló en los siguientes lugares: Providence, R. I., Manchester, N. H., Exeter, N. H., Dover, N. H., Concord, N. H., Hartford, Conn., Meriden, Conn., New Haven, Conn., Woonsocket, R. I., Norwalk, Conn., y Bridgeport, Conn. Estoy bien seguro que solamente pasó por Boston, como si fuera un forastero cualquiera."

El señor Lincoln escribió a su mujer de Exeter, N. H., el 4 de marzo de 1860, lo que sigue:

"No he podido libertarme de este trabajo, y si yo hubiera podido preveerlo no hubiera de ninguna manera venido al Este. Como el discurso en Nueva York era cosa en que yo ya había pensado, salió bastante bien, y no me dió mucho trabajo. Lo difícil fué pronunciar los nueve discursos más, sobre todo ante concurrencias de lectores que ya habían visto mis ideas expresadas en letras de molde."[1]

La Unión de Jóvenes Republicanos de Nueva York publicó una edición del discurso del señor

[1] Jamás se había publicado esta carta, y aquí se hace referencia a ella en virtud de la cortesía del señor Robert Lincoln y del señor R. W. Gilder.

Lincoln en septiembre de 1860, con notas por Charles C. Nott (que después fué coronel, y también después de la guerra Juez de la Corte de Reclamaciones en Wáshington), y Cephas Brainerd. El hecho de haberse publicado este folleto tan pronto en septiembre de 1860 demuestra que ya se tenía conocimiento de la importancia histórica y del valor permanente de este discurso por parte de los jefes de la política nacional del día. En el prefacio de la segunda edición los editores dicen:

"Se nota en el discurso un fondo sóbrio, docto y pleno de verdad. . . . Desde la primera línea hasta la última, desde su introducción hasta su peroración, el orador trata el asunto con una rapidez y un raciocinio tan exacto que jamás ha sido superado por ningún conocedor de la lógica. Sus argumentos son completos y los presenta sin hacer alarde de doctrina, y sin esa laboriosidad que generalmente se nota cuando se hace referencia a fechas y detalles. . . . En una sola frase se puede ver un capítulo de la historia que ha implicado para el autor varios días de trabajo, y que además él no ha podido compilar sin varios meses de investigaciones. Al leer el lector este discurso puede considerarlo únicamente como folleto político, pero al terminarlo comprenderá que es un tratado histórico—corto, completo, perfecto, sesudo e imparcial—que fué muy adecuado a la época y al lugar

en que se pronunció, y que de aquí en adelante se estimará en su justo valor, tanto por su modestía sin pretensiones como por su valor intrínseco."[1]

Horace White, que estuvo presente en la Convención de Chicago, escribió en 1909 lo que sigue:

"A cualquiera que dirige sus miradas retrospectivas hacia la Convención Nacional Republicana de 1860, le debe parecer con toda claridad que sólo había dos hombres que tenían las probabilidades de ser postulados para Presidente.

"Estos eran Lincoln y Seward. Yo estuve entre la concurrencia de la Convención, y sé muy bien que ésto era así, pero a mí me pareció al principio que Seward tenía las mayores probabilidades de éxito. La tercera parte de los delegados de Illinois preferían a Seward, y esperaban votar por él, después de unas cuantas votaciones en favor de Lincoln. Indudablemente si Lincoln no hubiese sido uno de los contrincantes, Seward hubiese sido postulado, y entonces la historia se hubiera escrito de distinta manera como ha quedado consignada, pues si Seward hubiese sido postulado y elegido, no se hubiera desarrollado ninguna oposición por la fuerza a la separación de los Estados que desearan retirarse de la Unión. Y como consecuencia de eso el partido Republicano se hubiera

[1] En el ápendice de este volumen se encontrará el texto del discurso, según fué revisado por Lincoln, y con la introducción y notas de Nott y Brainerd.

dividido en dos facciones, y no hubiera podido resistir con suficientes fuerzas las otras exigencias del Sur.

"Seward estaba convencido de que la política de no usar la fuerza hubiera aquietado el movimiento de separación en los Estados limítrofes y que los Estados del Golfo después de un poco habrían vuelto al seno de la Unión, como si fueran hijos pródigos arrepentidos. La proposición que él formuló a Lincoln de que se iniciara una querella con cuatro naciones europeas, que no nos habían hecho ningún mal, para levantar el espíritu de americanismo en los Estados Confederados era parte de ese plan que él había concebido. Era ésta una proposición que no podía defenderse, parecida a la que impulsó a Bismarck a hacer uso de Francia como un martillo para amoldar y forjar el Imperio alemán, pero no puede considerarse como falta de patriotismo, pues tenía por base el deseo de que se conservara la Unión, evitándose la guerra civil."

Jamás obtuvo un jefe político su triunfo por medios más lícitos, levantados y justicieros. Cuando se abrieron las urnas electorales el primer martes de noviembre, se vió que Lincoln había obtenido el voto electoral de todos los Estados del Norte, excepto Nueva Jersey, y que en ese Estado cuatro electores de los siete habían votado por él. Breckenridge, jefe del partido extremista

de los Demócratas del Sur, sólo obtuvo los votos de los Estados sureños sin contar los Estados fronterizos, pues éstos se habían dividido entre Bell y Douglas. Este último y sus teorias ineficaces de "soberanía de los colonos," había sido desechado por el buen sentido de los electores de Norte.

## IV

### LINCOLN COMO PRESIDENTE ORGANIZA AL PUEBLO PARA MANTENER LA EXISTENCIA NACIONAL

DESPUÉS de la elección de Noviembre de 1860, los acontecimientos se desarrollaron con suma rapidez, y el 20 de diciembre se verificó el primer acto de la Guerra Civil, ésto es la separación de la Carolina del Sur. No se separó Georgia por algún tiempo más debido a la influencia de Alexander H. Stephens, quien el 14 de noviembre había presentado un gran argumento en favor de que se sostuviera la Unión. En esa época el principal jefe de la oposición contra él, era Robert Toombs, jefe sureño que había dicho que en época futura él "pasaría lista de sus esclavos en Bunker Hill." Lincoln todavía tenía esperanzas de que quedaran adheridos a la causa unionista los Estados limítrofes y la mayoría de los Estados que como la Carolina del Sur habían apoyado al partido Whig.

Durante el mes de diciembre notamos que hubo un cambio de correspondencia entre Lincoln

y Gilmer de la Carolina del Sur, a quien él había conocido en Wáshington. "La diferencia principal," decía Lincoln, "entre el grupo de usted y el mio es que ustedes consideran que la esclavitud es un sistema muy adecuado y que debía extenderse. Yo considero que es un mal existente, que en virtud de los derechos que están en vigor, debe restringirse y al fin, pero en época cercana, debe exterminarse."

Lincoln llegó a Wáshington el 23 de febrero de 1861. Allí debía esperar dos semanas molestas y ansiosas para asumir el peso de sus nuevas responsabilidades. En esa época contaba cincuenta y dos años de edad. En uno de sus discursos cortos que pronunció en su viaje hacia Wáshington, él decía:

"De poca importancia es para un hombre de mi edad, pero de mucha para treinta millones de los ciudadanos de los Estados Unidos y para la posteridad de todos los tiempos venideros, si se perdieran la Unión de los Estados y la libertad del pueblo. ¿Si la mayoría no debe ser la que rija, quien será el que pueda juzgar la controversia pendiente, y donde encontraremos a ese juez?"

Difícilmente se puede imaginar una situación más difícil que la que existía en Wáshington,

mientras que Lincoln estaba esperando la fecha de su inauguración. El gobierno parecía estaba desmoronándose bajo la dirección desacertada, o bajo la falta de dirección, del Presidente Buchanan y sus consocios. En su último mensaje al Congreso, Buchanan había considerado que la Constitución no contenía ninguna prescripción para el caso de la separación de los Estados o de que se echara abajo la Unión; y también que no tenía ningunas prescripciones para poder adoptar medidas que impidieran la secesión y la destrucción de la nación, que vendría como consecuencia ineludible de ella. El pobre viejo parecía casi enervado por el peso de los acontecimientos, y no comprendía bien cual era su deber. No hay duda de que no pudo comprender que la causa inmediata de la tempestad era el haber echado abajo por medio de la derogación del Arreglo de Missouri, las barreras que se habían colocado en 1820 y en 1850, para impedir que se ampliara la esclavitud. Indudablemente no pudo comprender que eran sus propios actos encaminados a apoyar la infame Constitución Lecompton, y la invasión de Kansas por los dueños de esclavos, que habían dado lugar a que al fin se levantara el espíritu público del Norte, y además que, debido a la influencia de su administración, ésta había hecho

creer al Sur que ya tenía la esclavitud bajo su dominio a todo el territorio de la República.

Ya antes de ahora se ha demostrado, que bajo ciertas circunstancias, el largo periodo de tiempo que existe entre la elección nacional y la inauguración del nuevo presidente, ésto es, del primer martes de noviembre al cuarto día de marzo, ha causado en ciertos casos algunos inconvenientes, desventajas y dificultades, no sólo a la nueva administración sino a toda la nación. Estos meses en que los miembros de un gobierno que en realidad se había dedicado a prohijar la causa de la desintegración, quedaron encargados de los recursos del país, era un ejemplo muy serio y prueba evidente de tales desventajas. Este ejemplo histórico debía haber servido inmediatamente después de la Guerra para dar lugar a que se verificara un cambio de la fecha, en que debe asumir el poder la administración que ha sido elegida en noviembre.

Cuando ya Lincoln y los miembros de su Gabinete habían tomado en sus manos las riendas de la administración, los recursos de que disponía el gobierno se habían esparcido, digámoslo así, o ya no podían ser de utilidad práctica. El Secretario de Marina, que era sureño, había hecho todo lo posible por enviar a las aguas más lejanas

del Pacífico, el mayor número posible de los barcos de la flota americana; el Secretario de Guerra, que también era sureño, había, durante varios meses, trabajado con empeño en trasladar a los arsenales del Sur los cañones y las municiones que se habían almacenado en los arsenales federales del Norte; el Secretario del Tesoro no había encontrado ninguna dificultad en disponer de los fondos del gobierno de una manera y otra, de modo que no tuvo que entregar a sus sucesores más fondos que los muy indispensables para las necesidades inmediatas de la nueva administración.

Una de las frases que se citaban en Wáshington con más frecuencia durante estas semanas, era la contestación dada por el Conde Gurowski a la pregunta: "¿Hay algo que se puede agregar esta mañana?" "No," decía Gurowski, "todo lo que hay es substracción."

Cuando llegó la fecha de la inauguración, ya era un hecho la separación de siete Estados, y el gobierno de la Confederación ya se había organizado en Montgomery. Alexander H. Stephens había modificado sus ideas primordiales a tal grado, que había aceptado el cargo de Vice-Presidente, y en su discurso inaugural había hecho uso de la frase: "La esclavitud es la piedra angular de nuestra nación," frase que contribuyó tanto a perjudicar

en Europa la causa y las esperanzas de la Confederación.

En su primer discurso inaugural, que es una de las grandes alocuciones de una serie notable de ellas, Lincoln llamó la atención de los jefes del Sur hacia ciertos argumentos contundentes contra la sensatez de su modo de proceder. Hablando de la secesión con el objeto de mantener la institución de la esclavitud, dijo:

"Ustedes se quejan de que bajo el gobierno de los Estados Unidos sus esclavos se han evadido de vez en cuando, a través de las fronteras, y no les han sido devueltos. Su valor como propiedad ha disminuido en virtud del hecho de que cercanos a vuestros Estados esclavos hay otros Estados en que vive gente que no cree ni apoya ese sistema. ¿Cómo puede una guerra cambiar esa situación, aun suponiendo que esa guerra tenga éxito y asegure la independencia de ustedes? El territorio esclavo de ustedes siempre estará junto a un territorio habitado por hombres libres que son enemigos de ese sistema; pero esos hombres ya no estarán obligados a respetar las restricciones que están anotadas en la Constitución. Ya no tendrán que respetar los derechos de los dueños de esclavos que son sus conciudadanos. Los esclavos de ustedes se escaparán como antes, y ya ustedes no tendrán el modo de arreglar eso. La indignación de

ustedes puede ser que dé lugar a otras guerras, pero esas guerras darán el mismo resultado, y al fin, después de una pérdida enorme de vidas y recursos, el sistema quedará despedazado y destruido por las condiciones inevitables de la civilización actual."

Lincoln además demuestra en ese mismo discurso la diferencia que existe entre sus responsabilidades y las de los jefes del Sur, que estaban aprestándose para la guerra. "Ustedes," dijo él, "no han prestado su juramento ante el cielo para destruir este gobierno, pero yo he prestado el más solemne juramento para mantener y dirigirlo y defenderlo."

"No era necesario," dice Lincoln, "que la Constitución comprendiera alguna disposición en virtud de la cual se prohibe expresamente la desintegración del Estado; la perpetuidad y el derecho de mantener su propia existencia deben considerarse como la ley fundamental de todo gobierno nacional. Si se acepta la teoría de que los Estados Unidos son una asociación o federación de comunidades, debe servir de base algún contracto para la creación o existencia continuada de tal federación; y antes de que pueda rescindirse ese contrato, es indispensable que se tenga el consentimiento de ambas, o de todas las partes que convinieron en él."

Termina su famosa peroración, dirigiéndose a sus compatriotas americanos del Sur, contra los

cuales en todo su mensaje no se encuentra ni una sola palabra de despecho, ni rencor: "Nosotros no somos enemigos, sino amigos. Nosotros no debemos ser enemigos. Aunque la pasión haya menoscabado nuestras relaciones amistosas, no debe romper nuestros lazos de cariño."

A pesar de eso ya había pasado la hora de la discusión, y ya era muy tarde para invocar los lazos de amistad. El Sur había hecho todo para que se iniciara la lucha, y la guerra para la cual los jefes sureños se habían estado preparando durante no sólo meses, sino años, ya comenzaba por medio de los actos sediciosos de ese mismo Sur. Era necesario demostrar claramente al Norte, en donde el pueblo hasta el último momento rehusaba creer que la guerra civil era posible, que la nación solamente podía salvar su existencia combatiendo por ella. Faltaba organizar a los hombres del Norte y convertirlos en ejércitos que pudieran llevar a feliz término la difícil tarea de mantener la existencia de la nación.

Fué poco después de su gran inauguración, y cuando su mente debe haber estado oprimida por tanto cuidados, y sus manos con tanto trabajo, que Lincoln encontró tiempo para escribir una cartita cariñosa que he encontrado en su correspondencia. Estaba dirigida a un muchacho que

sin duda había dicho con el orgullo natural que él había hablado con el Presidente, y cuyo aserto se había puesto en duda:

"Casa Blanca, Marzo 18 de 1861.

"Es cierto que ví y hablé en el pasado mes de mayo en Springfield, Illinois, con el joven George Edward Patten."

Desde el principio de su trabajo administrativo hubo alguna fricción entre los miembros del Gabinete. Aunque todos los Secretarios cuando menos aparentemente habían sido escogidos por el Presidente, sucedió que como siempre acontece cuando se forma un Gabinete, y sobre todo en este caso indispensablemente cuando era de suma importancia el que trabajaran con armonía todos los grupos políticos del Norte que estaban listos para prestar lealmente sus servicios a la administración, que los individuos que constituyeron el primer Gabinete de Lincoln no representaban personas adictas al Presidente; sino aquellos que la nación y la política exigían. El Secretario de Estado, señor Seward, había sido, como ya sabemos, el principal opositor de Lincoln para su postulación como Presidente, y había expresado con demasiada ingenuidad su despecho de que siendo él, el jefe indicado de su partido, hubiese sido desechado por

un hombre del Oeste, sin experiencia y sin cultura. El señor Seward tenía en su favor tanto la experiencia como la cultura, y además era hombre ilustrado y procedía de una familia de buen linaje. Tenía espíritu público elevado, valor, ambición política, muy legítima, y algunas de las cualidades indispensables para un jefe de partido; pero su carácter no podía elevarlo a una altura en que se olvidara de los fracasos políticos, y no era bastante elástico para desarrollarse con rapidez en casos de tremenda urgencia y cuando surgían nuevas exigencias. Se ha comprobado que más de una vez, al resolver las dificultades complejas y serias que se presentaban en el Departamento de Estado durante la duración de la guerra, Seward perdió la cabeza, y también registra la historia los casos en que el Presidente con su clara visión y equinimidad pudo suplir algunas faltas y deficiencias en la dirección de los trabajos del Departamento, y además que prestó esos servicios sin herir la dignidad y la reputación del Secretario. Seward, digámoslo así, podía considerarse como algo vanidoso, tuvo que pasar algún tiempo antes de que llegara a comprender que él no era la mente directiva o la voluntad más vigorosa, de la nueva administración. Un poco menos de treinta días después de que se organizó el Gabinete, eso es el

primero de abril de 1861, Seward le escribió a Lincoln una carta, en que se quejaba de que "el gobierno todavía no tenía ninguna política; y que sus actos parecían tener ciertos visos de incertidumbre"; que existía una falta de dirección bien clara para impulsar los asuntos públicos dentro del Gabinete, y poderlos presentar ante el pueblo a fin de gobernar debidamente, y para dar una dirección adecuada a las relaciones tan importantes con los países extranjeros. "¿Quién," decía Seward, "debe dirigir la política nacional?" A continuación, la carta sugiere que el señor Seward estaría dispuesto a asumir tal responsabilidad, dejando que si fuera necesario se le diera el debido crédito de ella al jefe nominal. La carta es una muestra extraña de la debilidad, y aun de la vanidad de ese estadista, aunque también debe confesarse que demuestra un espíritu elevado, y el deseo patriótico de que sean bien administrados los asuntos públicos, y que se tratara de salvar a la nación. Comprueba también que en aquella época no tenía fe de la capacidad del Presidente.

La contestación de Lincoln presenta los rasgos característicos de su personalidad. No demuestra ninguna irritación por la vanidad, ni enojo por la falta de confianza que demostraba su compañero. Él se limitó a decir: "Por supuesto que debe haber

dirección y la responsabilidad de esa dirección yo debo asumirla." Además demuestra que la política de su administración está bosquejada en lo general en su discurso inaugural, y que después de eso no se había hecho nada que pugnara con lo que allí se expresaba. Se habían llevado a efecto los preparativos para la defensa del gobierno y, como el Presidente esperaba, se estaban llevando a cabo enérgicamente por los distintos jefes de la administración. "Tengo el derecho," decía Lincoln, "de esperar que todos mis compañeros en mi Gabinete cooperen conmigo. Necesito sus consejos y la nación necesita que se le preste el mayor servicio que le puedan reportar nuestras dotes administrativas." Déjose archivada la carta de Seward, y parece que nunca se hizo referencia a ella entre esos dos estadistas, y sólo se publicó después de la muerte del Presidente. Puede ser que si él hubiera quedado en vida más tiempo, se habría suprimido del todo. Como un mes después de eso, Seward decía a un amigo: "En el Gabinete no hay más que un voto, y ese lo da el Presidente."

El cargo que le seguía en importancia en virtud de la situación bélica del país, era el del Secretario de la Guerra. El primer encargado de ese puesto fué Simón Cameron de Pennsylvania, que de

ninguna manera podía considerarse como amigo de Lincoln. No se conocían personalmente, y lo que Lincoln sabía de él no podía ser de su agrado. Su nombramiento fué hecho debido a la presión ejercida por los Republicanos de Pennsylvania, que era un Estado cuyo apoyo era como debe de suponerse muy importante para la administración. No ha sido ésta la primera ni la última vez que los Republicanos de este gran Estado, cuyo republicanismo parece ser más seguro que su buen tacto, han encomendado la dirección de su política a hombres indignos e inadecuados, que no debían representar los intereses de Pennsylvania y que no querían ni podían prestar ningún servicio a su país. El nombramiento de Cameron parece, según se desprende de datos históricos adquiridos después, había sido prometido a Pennsylvania por el juez Davis a cambio del apoyo de los delegados de ese Estado para la postulación de Lincoln. Éste no tenía ningún conocimiento de esa promesa, y podía decir, y aun probar con toda certeza, que él no había autorizado ningunas promesas, ni había hecho convenio alguno. En realidad había prohibido en absoluto a Davis y a una o dos personas que se suponían con derecho de hablar por él en la Convención, que no aceptaran ningunos tratos o convenios. Davis hizo la pro-

mesa a Pennsylvania bajo su propia responsabilidad, y Lincoln se consideró como obligado a cumplirla debido a los servicios personales de Davis y a su lealtad amistosa cuando se le hizo la indicación correspondiente, y comprendió que no podía desecharla aunque no fuera el candidato merecedor de esa distinción. Se hizo el nombramiento de Cameron, y bien pronto se vió que coartaba la eficacia del Departamento de la Guerra y lastimaba la buena reputación del gobierno; así es que en un corto periodo de tiempo hubo la necesidad de conseguir su renuncia. Además se comprobó que estaba haciendo negocios ilícitos en nombramientos y en contratos. Lo reeplazó Edwin M. Stanton, que después fué conocido bajo el nombre de "El Carnot de la Guerra." La carrera de Stanton como abogado no le había permitido tener ninguna experiencia en asuntos militares. A pesar de eso, demostró una habilidad excepcional, notable facultad directiva, y una grandísima aptitud para el trabajo. Era ambicioso, testarudo, y muy arbitrario en su modo de hablar y obrar. Se tropezaba al tratar con Stanton con la dificultad de que pudiera insultar y molestar a algún defensor leal del Gobierno, con el objeto de aleccionar y, si fuera necesario,, derrotar a los malos especuladores y a los que trataban de hacer tratos ventajosos

para ellos. Fué su modo de juzgar a los hombres muy seguro, y en eso rara vez se equivocaba. Muy pronto tuvo un choque innecesario con su jefe, y desde luego comprendió que se encontraba frente a frente con una voluntad más vigorosa que la suya; pero después los dos llegaron a tenerse el debido respeto y una verdadera cordialidad, pues comprendieron que ambos obraban con lealtad y que sus actos era patrióticos y levantados. Lincoln pudo de alguna manera dulcificar y modificar los actos indebidamente arbitrarios del gran Secretario de la Guerra, y a pesar de alguna fricción que dió lugar a dificultades, los ejércitos se organizaron y las tropas fueron enviadas a la guerra.

Púsose la dirección del Departamento del Tesoro en manos del Senador Chase. Esta era una cartera cuya responsabilidad casi era de no menos importancia durante el estado de la guerra, que la de la organización de los ejércitos. Recibió de su antecesor las cajas vacías, y eso cuando llovían sobre el gobierno exigencias inmediatas e inverción de fondos que semanalmente aumentaban con rapidez. Tuvo primero la tarea de establecer un crédito nacional, y después de utilizar ese crédito para obtener préstamos tan cuantiosos como todavía no se habían conocido en el mundo

civilizado. Los gastos aumentaron a grandes saltos desde mediados de 1864 hasta que llegaron a ascender a la suma de $2,000,000 diarios. Se cometieron muchos errores en cosas de más o menos importancia, pero esos errores eran inevitables en las circunstancias en que ocurrieron, y de todos modos se prosiguió con empeño el plan general, estableciéndose un crédito suficiente primero entre los cuidadanos en el propio país, y después con los que invertían fondos en el extranjero, para crear un mercado en que se vendían los bonos de las dos grandes emisiones, que entonces se designaron como las del siete-treinta y del cinco-veinte. La venta de estos bonos, junto con un sistema de contribuciones muy extenso y en realidad indebidamente complejo, dió por resultado el que se obtuvieran los fondos suficientes para sostener al ejército y la marina. Al terminar la Guerra, el gobierno después de hacer estos gastos, tenía una deuda nacional de guerra que ascendía a más de unos cuatro mil millones de pesos; pero la deuda total que resultó con motivo de la Guerra fué mucho más elevada, porque cada Estado incurrió en gastos para la guerra y los condados lo mismo que los Estados habían expedido bonos para el pago de enganches, etc. Se criticó por parte de los opositores del sistema que entonces

fué aprobado por la Comisión de Medios y Recursos, en cooperación con el Secretario, y esa crítica se ha repetido con frecuencia, de que los gastos de la guerra hubieran sido menores si las sumas que se necesitaron, además de lo que podía asegurarse por la imposición actual de contribuciones, se hubiera suplido enteramente por medio del producto de los bonos. Sin embargo, además de la emisión de bonos, el gobierno emitió billetes por una suma muy fuerte, y éstos tenían curso forzoso y no tenían como requisito el que pudieran ser sujetos a la amortización.

Además de los billetes que se emitían en denominaciones de un peso a mil pesos, el Gobierno estableció la distribución de lo que se llamaba "moneda postal." Recuerdo que cuando desembarqué en Nueva York, en agosto de 1862, pues había regresado de una Universidad en Alemania, con el objeto de ingresar en el ejército, me causó risa el ver a mi padre pagar en el restaurant mi primer lunch con timbres postales. Escogió el número de ellos que necesitaba, o que creía que eran necesarios, entresacándolos de una bola de timbres que se había formado, debido a la influencia del calor del verano, y que estaba en forma tan compacta que era difícil entresacar los timbres. Así es que muchos de ellos quedaron casi inutiliza-

dos y sin ningún valor. Se suscitó una discusión entre el dueño del restaurant y mi padre con respecto al valor o la validez de uno o dos de los timbres que él había entregado. Mi padre me explicó que poco después de que principiara la Guerra, toda la moneda corriente, incluso la de niquel y cobre, había desaparecido de la circulación, y la gente había estado utilizando en su lugar para los gastos corrientes en moneda fraccionaria los timbres postales, costumbre que debido al tanto por ciento que de ellos quedaba destruido era provechosa para el Gobierno, pero una extravagancia por parte de la sociedad en general. Poco después el Departamento de Correos tuvo la buena idea de hacer imprimir una serie de timbres postales que no tenían goma por detrás. Estos, por supuesto, podían manejarse más fácilmente, pero siempre se destruían con frecuencia. Hacia el fin del año el Departamento del Tesoro imprimió por medio de planchas grabadas artisticamente unas pequeñas notas fraccionarias, que tenían como dos y media pulgadas de largo por una y media pulgada de ancho, y que tenían el valor de diez centavos, quince centavos, veinte y cinco centavos, cincuenta centavos y setenta y cinco centavos. Como no se usaban mucho los de a quince centavos y los de a setenta y cinco centavos,

creo que sólo se imprimieron una vez, y en realidad ya son tan raros que se guardan como curiosidades. La moneda postal corriente estaba bien impresa en papel resistente, pero en cuanto a la moneda corriente de billetes, como tenía que usarse con tantísima frecuencia, diré que esos billetes fraccionarios pequeños se ensuciaban muy pronto y se echaban a perder. Debe haber tenido el gobierno una buena ganancia, debido al tanto por ciento de esos billetes que se inutilizaban. El efecto indispensable de esta distribución de los vales del gobierno, que no estaban basados sobre un fondo de redención de oro, sino sólo en el crédito general del gobierno, dió lugar a que subiera el valor del oro. En junio de 1863, poco antes de la batalla de Gettysburg, había depreciado tanto este papel moneda, y así mismo había subido tanto el valor de oro, que era en proporción de cien a doscientos noventa. Sucedió que el número doscientos noventa que marcó el precio más elevado a que subió el oro durante la guerra, fué el número que se había dado en el astillero de Laird (en el río Mercy) al crucero confederado *Alabama*.

Chase era no sólo un Secretario del Tesoro que trabajaba mucho, sino también un hombre político, ambicioso, activo e intrigante, y representaba en la administración el elemento extremista adverso

a la esclavitud. Era uno de aquellos que desde luego abogó por que se obrara enérgicamente por parte del Gobierno con respecto de los esclavos, en el territorio que estaba todavía bajo el dominio del Gobierno. Indudablemente que él abogaba por estas ideas adversas a la esclavitud por estar plenamente convencido de su justicia, pero también se desprende de su correspondencia que él consideraba que esa actitud suya adunaba con sus esperanzas y deseos de ocupar la Presidencia. Sus planes para conseguir la postulación en 1864 fueron llevados a efecto con los elementos con que contaba como Secretario del Tesoro. Las disensiones entre Chase y Seward y entre Chase y Stanton fueron muy frecuentes y agrias. Los Republicanos conservadores trataron de hacer todo lo posible por que saliera Chase del Gabinete, pero Lincoln que creía que sus servicios era valiosos, se negó a obrar así impulsado por un sentimiento de antagonismo personal o de rivalidad. Retúvolo en el cargo al Secretario hasta el último año de la guerra, cuando considerando que el Gabinete ya podía trabajar más fácilmente sin la ayuda de ese estadista, aceptó su renuncia. Aun entonces aunque había recibido en sus manos un escrito en que se indicaba el proceder de Chase que demostraba su poca lealtad personal, Lincoln

no quizo que se inutilizaran sus servicios por completo al país y lo nombró Presidente de la Suprema Corte.

Se hizo ingresar a Montgomery Blair como Administrador General de Correos, especialmente como representante de los electores leales de los Estados fronterizos. Su padre había sido jefe de un partido político en Missouri, y allí su familia había sido prominente por mucho tiempo, y su hermano Frank P. Blair peleó con denuedo hasta llegar a obtener el grado de General de División. La familia Blair estaba muy de acuerdo en pelear en favor de la Unión, pero tenía pocas ganas de combatir en favor de los negros, y lo que quería era que se restableciera la Unión, como había sido anteriormente, con el Convenio de Missouri, y con otras medidas parecidas. Fué Blair quien de tiempo en tiempo indicó, y con entera verdad, que si por medio de la influencia de Chase y de los hombres que sostenían a Chase en Massachusetts y en el norte de Ohio, se hubieran desde luego tomado las medidas para abolir la esclavitud en los Estados fronterizos, como cincuenta mil hombres que habían salido de esos Estados para sostener la causa de la Unión probablemente hubieran podido haber sido retirados. "Con sólo una plumada," dijo Blair, "Missouri, el este de Ten-

nessee, el oeste de Maryland, y todo Kentucky que ahora apoyan lealmente la causa de la nación se echarán en brazos de la Confederación." Durante los dos primeros años de la Guerra y en realidad hasta el mes de septiembre de 1873, las ideas de Blair y sus partidarios fueron apoyadas, y ahora que conocemos la historia de aquel tiempo con todos sus detalles, debemos decir que fué mucho mejor que hubiesen sido adoptadas. Al menos ésta fué la determinación de Lincoln, que era hombre que no tenía prejuicios locales, que tenía a la vista todos los informes y todos los argumentos y sobre quien ejercían presión todos los distintos partidos. En vista de esas circunstancias era bien difícil poder conciliar las ideas de Blair y Chase, y probablemente Lincoln era el único hombre que podía realizar ese milagro.

El Seccretario de Marina, Gideon Welles de Connecticut, aunque no era un hombre de reconocido talento ni de gran inciativa, se sabe que se dedicó a sus tareas con empeño y tranquilamente, logrando realizar el gran trabajo de construir y organizar una nueva marina. Por su parte no puede atribuirsele fricción alguna con los otros miembros del Gabinete, y desde el principio fué defensor acérrimo del Presidente. Todo lo que ahora sabemos respecto de las disensiones que

hubo entre los distintos miembros del Gabinete, lo hemos obtenido en gran parte del diario de Welles, en que ha descrito con aparente imparcialidad las idiosincracias de cada uno de los Secretarios, y cuyas observaciones acerca del tacto, paciencia, y bien dirigida iniciativa del Presidente están enteramente de acuerdo con las apreciaciones más justas que se han hecho del carácter de Lincoln.

Una de las tareas primordiales y más difíciles que tuvieron que vencer el Presidente y sus Secretarios, al organizar el ejército y la marina, se contrae al nombramiento de altos funcionarios. En el ejército se había favorecido generalmente a los hombres procedentes del Sur. Los representantes de familias sureñas eran como regla general muy opuestos al comercio, y en realidad en virtud de las condiciones estrechas del tráfico en los Estados del Sur, había pocas oportunidades para comerciar en grande escala mercantil. Como resultado de esta preferencia, los nombramientos de cadetes en West Point y de oficiales en el ejército se habían dado en mayores proporciones (si se toma en cuenta la población respectiva) a los hombres que habían nacido en el Sur. Esto era menos notable en la marina, porque los intereses marítimos de la Nueva Inglaterra y de los Estados del Centro habían

dado por resultado que un mayor número de hombres del Norte se dedicaran a la marina; así es que cuando la guerra principió un gran número de los oficiales de más importancia del ejército, y de los más disciplinados, renunciaron para tomar parte del lado de sus respectivos Estados. El ejército se vió privado de los servicios de hombres como Lee, Johnston, Beauregard y muchos otros. Unos pocos buenos sureños, tales como Thomas de Virginia, y Anderson de Kentucky consideraron que sus deberes con respecto a la Unión y a su bandera eran mayores que sus obligaciones con respecto a sus Estados. En la marina, Maury, Semms, Buchanan, y otros hombres hábiles renunciaron sus cargos y se dedicaron a la tarea (no muy fácil por cierto) de construir una marina para el Sur; pero Farragut de Tennessee permaneció sirviendo en la marina para llegar a tremolar el pabellón de su país en Nueva Orleans y Mobila.

Era muy fácil y natural durante el calor de la contienda en 1861, considerar como traidores a los hombres que tomaron el lado de sus Estados para combatir contra el pabellón de su patria. Pero ahora después de pasados cuarenta y siete años, y tomando este punto en consideración, nosotros podemos estimar mejor la razón y la probidad de los motivos que los impulsó para

obrar como lo hicieron. Es innecesario en la actualidad aplicar el epíteto de traidores a hombres como Lee y Johnston. No era extraño que, habiendo comprendido a su modo el sistema de gobierno de los Estados, en que habían nacido, y teniendo la creencia que abrigaban de que esos Estados tenían el derecho de obrar por si solos según les conviniera, hubieran resuelto que su deber estaba del lado del Estado, y no de lo que ellos consideraban no era una nación sino simplemente una confederación. Más bien debemos creer que Lee tenía miras tan altas como las de Thomas y Farragut, pero también debemos creer que los Estados Unidos es una nación que se ha conservado debido a los servicios leales de los hombres que tuvieron las mismas ideas que Thomas y Farragut.

## V

### PRINCIPIO DE LA GUERRA CIVIL

Con el bombardeo del fuerte Sumter, el doce de abril de 1861, sobrevino el principio de la Guerra. Lincoln con su habilidad previsora no había querido aceptar las indicaciones que se le hicieron para que obrara desde luego el Gobierno, de modo que recayera la responsabilidad del principio de las hostilidades sobre el Norte. Poco después de la caída de Sumter, Seward preparó una nota para que sirviera de guía a los ministros americanos en el extranjero. Según los primeros informes que se habían recibido con respecto a la actitud probable de los gobiernos europeos, se creía que tales gobiernos en gran parte simpatizaban con la causa sureña. En Francia e Inglaterra algunos funcionarios de importancia se habían expresado de modo que se podía traslucir que llegarían esos países a reconocer muy pronto a la Confederación. La nota de Seward, según su primer borrador contenía frases injuriosas y alta-

neras. Si se hubiese publicado, indudablemente habría aumentado el antagonismo de los estadiatas que dirigían los destinos de Inglaterra, y en realidad parecía indicar la probabilidad de una guerra con ese país europeo. Seward asumía que Inglaterra iba a tomar medidas activas para ayudar al Sur, y desde luego le arrojaba el guante como desafiándola. Fué Lincoln que insistió que por entonces, aunque hubiese gran provocación, no debían los Estados Unidos amenazar con el puño a Europa. Fué redactada la nota nuevamente, y se eliminaron las frases injuriosas y altaneras. Se expresó con fraseologia vigorosa el derecho que tenían los Estados Unidos, de acuerdo con todas las demás naciones, de mantener su propia existencia, y también se puso muy en claro el hecho de que el país estaba suficientemente fuerte para sostener sus derechos contra todos sus enemigos, ya fuese en su propio territorio o fuera de él. Es bien extraño recordar con respecto a las relaciones entre estos dos hombres, que fué el estadista educado y adiestrado del Este, que tuvo que ser reprimido por su altanería indebida, y que ese acto de represión se hizo bajo la dirección de un representante del Oeste, que tenía relativamente poca experiencia, por el hombre que los Republicanos conservadores

de Nueva York habían temido que probablemente habría introducido algunas ideas extravagantes y exageradas en la política nacional.

En su primer mensaje Lincoln hace la siguiente pregunta: "¿Debe un gobierno ser necesariamente demasiado fuerte para sostener la libertad de su propio pueblo, o demasiado débil para mantener su propia existencia? ¿Existe en todas las repúblicas esta debilidad innata?" El pueblo de los Estados Unidos pudo, bajo la hábil jefatura de Lincoln, contestar esta pregunta con una rotunda negativa. Lincoln entonces principió a dirigir sus alocuciones públicas durante el primer año de la Guerra, y a dar a conocer sus intenciones íntimas al pueblo de los Estados Unidos, y le dice que es su representante, su servidor. Presenta sus argumentos ante ese pueblo como si él constituyera un gran jurado y analizaba ante él su situación, sus responsabilidades, y la razón en virtud de la cual él había tomado esta o aquella resolución. Schurz dice: "Lincoln ejerció los poderes de la administración cuando una determinación rígida y una fuerza inquebrantable debían regir los destinos del país, y se concilió y ganó la voluntad y el corazón popular por la simpatía innata de su carácter."

El ataque verificado contra el fuerte Sumter

obligó desde luego al gobierno a organizar las fuerzas nacionales para tomar parte en la contienda que ya era inevitable. Estos trabajos de organización se iniciaron bien tarde es verdad, porque los que estaban tratando de echar abajo a la nación habían hecho sus preparativos y éstos estaban bien adelantados. El primer llamamiento de tropas pedía a los gobernadores de los Estados leales que alistaran setenta y cinco mil hombres para restablecer la autoridad del Gobierno. Massachusetts fué el primer Estado que acudió al llamamiento, y envió al frente su sexto Regimiento de Milicia, a las veinte y cuatro horas después de que se publicó tal llamamiento; el Séptimo de Nueva York principió su marcha unas veinte y cuatro horas después. Ya repetidas veces se ha relatado el incidente del paso del Sexto por Baltimore, de como fueron atacados sus columnas, y como murieron varios soldados y ciudadanos en el encuentro que motivó tal ataque. Cuando llegó a Wáshington la noticia de que Baltimore se estaba oponiendo a que pasaran las tropas que iban al Sur, se llamaron más tropas para defender a la capital, y entonces se dió a conocer el notable y deplorable aislamiento del Gobierno. Durante unos diez días de ansiedad y tristeza, Lincoln y sus compañeros estaban temiendo que se apro-

ximaran por el largo puente las tropas de Virginia, las fogatas de cuyos campamentos se podían ver desde las ventanas del Sur de la Casa Blanca, y con ansiedad dirigían sus miradas hacia el Norte para ver si llegaban los que, al acudir prontamente, podrían conseguir la seguridad de la capital. Yo mismo estuve en el antiguo despacho de Lincoln, cuyas ventanas ven hacia el Potomac, y pude bosquejear en mi imaginación los terribles momentos de ansiedad que deben haber oprimido al Presidente durante esos largos días, cuando dirigiendo sus miradas hacia el otro lado del río, podía vislumbrar por entre el humo las avanzadas de las tropas de Virginia. Debe haber pensado que él pudiera haber sido el último Presidente de los Estados Unidos, que la antorcha que le había entregado con manos temblorosas su antecesor iba a apagarse, en los momentos en que él era responsable de que permaneciera encendida. Al fin tuvo término esta tirante situación, cuando se notó la llegada de las compañías cansadas y maltrechas de las tropas de Massachusetts, y dos horas después las de Nueva York que llegaron por la vía de Annapolis, junto con un batallón procedente de Boston.

En verdad no fué sólo en abril de 1861 que la capital estuvo en peligro. Debía repetirse la

ansiedad del Presidente (que no era por su seguridad personal, sino por la responsabilidad que pesaba sobre él), en julio de 1863, cuando estuvo Lee en Maryland, y en julio de 1864 cuando se verificó el ataque de Early.

Debe uno recordar el peso especial que recae sobre el general en jefe cuando él se encuentra a retaguardia de los ejércitos que están bajo su mando. La retaguardia de una batalla es un lugar de influencia desmoralizadora, aun cuando se logre la victoria. Un hombre tiene que tener mucha entereza para no perder la esperanza, cuando todos los que están a su inmediato alrededor son personas que debido a su falta de entereza, o por estar desmoralizados, se van retirando hacia la retaguardia. Los que suplen los víveres, los carroceros, los heridos y aquellos en que ha cundido el pánico (y aun entre los mejores soldados hay algunos que a veces pierden la moral de vez en cuando, aunque se hubiesen iniciado el combate de manera adecuada y hubieran tomado parte valientemente en él)—éstos son los grupos de gente que siempre están yendo hacia la retaguardia después de una batalla. Es imposible que no le afecte a uno esta pérdida de moral y de esperanza, y si la batalla está perdiéndose, si además de los que en lo general acostumbran ir hacia la

retaguardia, también van cuerpos de ejército que han tenido que cambiar de posición y que han perdido su confianza y el valor por dudar de sus jefes, se vuelve casi irresistible ese empuje hacia la desmoralización.

Debemos recordar que durante todos los cuatro años de la Guerra, Lincoln como general en jefe siempre estuvo a retaguardia. Bien difícil era la tarea de los que capitaneaban las columnas que iban a combatir, de los generales en el campo de batalla que tenían la responsabilidad inmediata del mando de las columnas y de las maniobras en la batalla, pero todo eso no puede compararse con la tristeza y la responsabilidad del jefe que quedaba a retaguardia de todas las líneas, y ante quien se presentaban todas las quejas, todas las reconvenciones, todas las críticas, todos los pedidos o exigencias de recursos que no podían darse, los informes de las derrotas que a veces eran exagerados y a veces indebidamente aminorados, las indicaciones fútiles, los diversos consejos, las protestas enojosas, los planes absurdos y las solicitudes egoistas que en tropel llegaban hasta la Casa Blanca de todos los campos de batalla y de todos los confines de los Estados fronterizos y del Norte. El hombre que durante cuatro años pudo soportar todo ese peso y todas esas molestias, y

que en lugar de perder por completo la esperanza, y aun de desanimarse o demostrar que no tenía completa comprensión de sus responsabilitades o la facultad para dirigir la administración, fué desarrollando su paciencia, sus esfuerzos, su elevación de miras, y guiado por la experiencia adquirida, pudo no solamente mantener su corazón pleno de vigor y su entendimiento bien claro, pero también supo transmitir a los soldados en el frente de la batalla y a la nación que detrás de ellos lo sostenían, la influencia de su gran ánimo, de su claro entendimiento y de sus firmes propósitos; y ese hombre indudablemente tenía todos los atributos de un héroe. Fué escogido cuando era necesario que soportara el peso de la nación, y pudo vencer las responsabilidades y de esa manera llegar a ocupar en la historia mundial su lugar adecuado como jefe nato de una nación.

Uno de los problemas especiales que tuvieron que resolverse, quedó resuelto en el mes de julio, de 1861, y éste fué la actitud de los Estados fronterizos, Missouri, Kentucky, Tennessee, y la Viriginia Occidental, que al principio no querían tomar parte en favor del Sur, pero que al mismo tiempo no querían dar su ayuda activa y decisiva a las autoridades del Gobierno nacional. El Gobernador y la Legislatura de Kentucky emitie-

ron una proclama de neutralidad; en que exigían que se respetara el territorio del Estado y que no se permitiera que pasaran por él las tropas armadas de uno y otro lado. Aunque el Gobernador de Missouri no pudo obligar a su Estado a que se separara de la Unión, sí estaba apoyado por una mayoría de sus conciudadanos en formular una política para tratar de impedir que las tropas federales entraran en el Estado. Maryland, o al menos la parte este de Maryland, se demostraba hostil y mal intencionada. En realidad miles de los ciudadanos de Maryland ya se habían ido a Virginia para prestar sus servicios a la Confederación. En cambio había miles de ciudadanos leales en esos Estados, que estaban listos bajo una dirección adecuada e indicaciones conservadoras, a prestar auxilio real y positivo a la causa nacional. Durante los dos años siguientes, los Estados fronterizos enviaron a los campos de batalla para combatir en favor de la Unión unos cincuenta mil hombres. En algunos lugares de la contienda, decidió el triunfo de las armas federales el apoyo de esos soldados federales procedentes de Kentucky, Tennessee, Maryland, y Missouri. Aunque todos estos hombres estaban de acuerdo en combatir por la Unión, muchos se oponían a que los emplearan para destruir la escla-

vitud y para dar libertad a los negros. Así es que al aceptarse la política que indicaba con insistencia el grupo extremista adverso a la esclavitud, de que se tomara una resolución inmediata para libertar a los esclavos, eso hubiese dado lugar a que un gran número de esos hombres leales, que eran suficientemente numerosos y sobre todo de importancia, a causa de la posición geográfica de su procedencia, se hubieran mostrado poco satisfechos. Lincoln pudo, no sin alguna dificultad, impedir que el sentimiento del Norte en favor de una actitud hostil hacia la esclavitud se resolviera desde luego, dejando que durante el curso de la Guerra los hombres leales de los Estados fronterizos al fin se resolvieran definitivamente a apoyar la Unión. Para poder llevar a efecto esta política fué necesario impedir que algunos de los jefes militares que estaban en los campos de batalla mezclaran asuntos de carácter civil y constitucional con sus responsabilidades militares. Las proclamas que expidió Frémont en Missouri, y después Hunter en la Carolina del Sur, en virtud de las cuales se concedía la libertad de los esclavos dentro del territorio de sus departamentos, fueron repudiadas debidamente y con prontitud. Lincoln dijo: "A un general no se le puede permitir que emita leyes para el dis-

trito en donde por casualidad se encuentre con su ejército."

Las dificultades que surgieron con referencia a la esclavitud durante la guerra, dieron lugar a que Lincoln tuviera una correspondencia activa con Beecher y Greeley, jefes del movimiento adverso a la esclavitud, que gozaban en gran parte de la confianza y del cariño populares. En noviembre de 1861 Lincoln dice hablando de Greeley: "Su ayuda me sirve tanto como la de un ejército de cien mil hombres." No puede ponerse en duda la lealtad decidida de Horace Greeley, y bajo su dirección el *Tribune* de Nueva York se convirtió en una gran fuerza para dirigir la opinión pública, y este periódico llegó a representar más que ningún otro en el país los fines y propósitos del nuevo partido Republicano. Desgraciadamente el punto de vista y el tacto de Greeley no siguieron desarrollándose según transcurrían los años, y según aumentaba la influencia de su diario. Se hizo demasiado egoista; quiso no solamente dictar la política que debía seguir el gobierno con respecto a sus responsabilidades nacionales, sino también dictar los planes militares para la campaña. Los artículos del *Tribune* encabezados "Hacia Richmond," que causaban la ira de los jefes en los campos de batalla y que ocasionaban

cierta confusión en las mentes de los ciudadanos que quedaban en sus hogares, fueron al fin considerados como escritos que merecían más bien leerse con la risa en los labios. En los últimos años de la guerra la influencia del *Tribune* decayó de manera notable, y Henry J. Raymond, con su *Times* recientemente establecido, pudo conseguir ganarse en parte la reputación que había tenido Greley como periodista.

Durante el mes de noviembre de 1861 surgió un incidente, que por entonces pareció iba a dar lugar a una complicación internacional de suma gravedad, complicación que si no se hubiese resuelto hábilmente habría dado al traste con la República. A principios del año el Gobierno Confederado había enviado varios representantes a través del Atlántico, para conciliar las simpatías de los gobiernos europeos, o de los individuos que formaban parte de tales gobiernos, en cuanto fuera posible, y para conseguir un mercado para los bonos algodoneros de los Confederados, para arreglar la compra de lo que necesitaba el ejército y la marina, y para lograr que circularan algunos documentos en que se daban a conocer los principios que abogaba el Sur de manera favorable para su gobierno. El señor Yancey de Mississippi, era el más conocido de este grupo de emisarios,

y estaba asociado con él, el juez Mann de Virginia, que había sido quien en noviembre de 1861, tenía a su cargo el despacho de la Confederación que se había establecido en Londres. Durante ese mes el señor Davis nombró como sucesor de Mann al señor Mason de Virginia, a quien se le dió más plenos poderes para obrar que los que el otro tenía, y al mismo tiempo fué nombrado el juez Slidell como representante confederado en Francia. Mason y Slidell llegaron de Jamaica, y allí se embacaron para Liverpool en el vapor correo inglés, llamado *Trent.* El capitán, Charles Wilkes, de la fragata de los Estados Unidos *San Jacinto,* había estado vigilando las aguas de las Islas del mar Caribe, para averiguar si existían algunos buques que violaban el bloqueo, y él recibió aviso anunciándole el viaje de los dos emisarios. Wilkes asumió la responsabilidad de obligar al *Trent* a que pararse cuando estaba a unas cien millas o más de Kingston, y de reducir a prisión a los dos comisionados. Estos fueron llevados a Boston y allí los metieron en la cárcel, donde permanecieron esperando la resolución respectiva de los autoridades en Wáshington. El haber detenido en alta mar a un buque inglés causó gran indignación en la Gran Bretaña, y ofreció la oportunidad que deseaban Palmerston y Russell, que estaban

dirigiendo los destinos de la nación, para poner al lado de la Confederación el peso y la influencia de la Gran Bretaña. Esto también animó mucho a Luís Napoleón para llevar a efecto una combinación con la Gran Bretaña, que constaba de un plan que había ideado para conseguir que Francia estableciera un imperio occidental en México, dejando que Inglaterra arreglara sus asuntos como le conviniera con los llamados Estados Unidos.

Según la primera opinión dada por los abogados de la Corona, la captura era legal, de conformidad con los principios de derecho internacional y según la práctica que la misma Gran Bretaña había establecido. A pesar de eso, fué desechado ese informe, y Palmerston preparó uno nuevo en que se exigía que inmediatamente fueran devueltos los comisionados. La demanda hecha estaba concebida en tales términos, que un gobierno que se respetaba a si mismo hubiera difícilmente cumplido con ella, sin temer perder el apoyo de sus propios ciudadanos. En realidad estaba preparada de modo que diera lugar a una guerra, pero bajo la sabia influencia del Príncipe Alberto, la Reina Victoria no quiso aprobar ese documento, y fué redactado nuevamente por Alberto, de modo que le diera al gobierno de los Estados Unidos la oportunidad de arreglar el asunto sin que se

menoscabara su dignidad. El Prîncipe Alberto claramente comprendía que la Gran Bretaña no debía mezclarse en una guerra con el propósito de destruir la gran República del Oeste, y para establecer un Estado cuya piedra angular era la esclavitud. Afortunamente la Reina Victoria estaba de acuerdo en aceptar la opinión del Príncipe Alberto sobre el particular, y aunque Palmerston protestó y aun amenazó de que presentaría su renuncia, al fin tuvo que ceder.

Cuando se recibió en Wáshington la noticia de la captura de los comisionados, Seward por esa vez opinó porque se debía obrar con mesura y no con precipitación y altanería. Indicó que desde luego debían ser devueltos los comisionados, para que no se le dejara a la Gran Bretaña la oportunidad de presentar una demanda exigente. Lincoln estuvo de acuerdo en que debía temerse se formulara tal demanda y que no sería decoroso hacer la entrega en virtud de una presión, pero él opinó que si los Estados Unidos esperaban que Inglaterra presentara su demanda, se conseguiría alguna ventaja por la vía diplomática. Cuando tal demanda fué presentada, Lincoln pudo después de redactar nuevamente la nota de Seward, (lo cual no era la primera vez que él hacía), alegar que el Gobierno de los Estados Unidos estaba

"sumamente complacido" al notar que el Gobierno de Su Majestad hubiera al fin aceptado la antigua opinión de los Estados Unidos de que los buques mercantes no deben ser examinados en alta mar por los buques de guerra." Debe uno recordar que el empleo de ese derecho de visita y exámen había sido una de las más importantes quejas que habían dado lugar a la guerra de 1812–1814. Durante la discusión para formular el tratado de Gante en 1814, los comisionados ingleses y americanos, aunque habían convenido que debía abandonarse este derecho de visita y examen, no habían podido llegar a un acuerdo que fuera satisfactorio para ambas partes, respecto de la fraseología que se debía emplear para su revocación. Todos los miembros de ambas comisiones estaban muy deseosos de terminar su trabajo. Los americanos por supuesto no podían calcular que si se hubiesen esperado unas cuantas semanas para recibir la noticia de la batalla de Nueva Orleans que se verificó en enero de 1815, sus argumentos hubieran adquirido mayor peso. Al fin quedó convenido "como entre caballeros" que la Gran Bretaña no volvería a ejercer el derecho de visita y examen, pero este derecho en realidad no fué totalmente derogado hasta el mes de diciembre de 1861, o sea medio siglo después. Este pequeño triunfo diplo-

mático aquietó entre el público del Norte la molestia que le había causado el que se aceptara la demanda formulada por Inglaterra, y sirvió para darle mayor popularidad a la administración, la cual en el primer año de la guerra no parecía sostenerse en bases muy sólidas. También contribuyó a levantar la opinión pública en lo general con respecto al tacto y habilidad administrativa del Presidente.

Algunas de las dificultades más serias con que tropezó Lincoln durante los dos años de la guerra, se debieron a la combinación especial de cualidades y defectos de la personalidad del General McClellan. Este jefe habíase dedicado a su profesión de ingeniero antes de la guerra, y había adquirido alto grado en West Point, y después cuando renunció su cargo militar, había prestado distinguidos servicios como ingeniero civil. Durante la época en que se verificaron los debates públicos entre Lincoln y Douglas, McClellan era presidente del Ferrocarril Central de Illinois. Era íntimo amigo y partidario de Douglas, y había preparado y llevado a efecto todo lo que la compañia ferroviaria podía hacer para la comodidad del candidato en sus viajes, y para asegurar su éxito electoral. Al ingresar nuevamente en el ejército, cuando se inició la Guerra, había tenido éxito en una corta

campaña que llevó a efecto en Virginia, y en que tuvo de contrincante a un jefe que tenía en realidad poca experiencia y que mandaba una fuerza inferior a la suya. Cuando lo pusieron al frente del ejército del Potomac, poco después de la batalla de Bull Run, demostró suma habilidad para organizar su cuerpo de ejército de manera adecuada, y puede decirse que era la persona más idonea en los Estados Unidos para alistar un ejército y ponerlo en pié de guerra. Pocos eran los jefes de ingenieros en el ejército que pudieran haber prestado mejores servicios para el establecimiento de fortificaciones o para la construcción de fortines y trincheras. Después demostró que no era mal jefe para dirigir la retirada de un ejército que había sido derrotado, pero debemos confesar que no tenía suficiente talento como jefe para una campaña agresiva, pues su carácter le hacía temer el resultado de lo que su opositor estaba haciendo, y en realidad a veces se imaginaba indebidamente los peligros que le asediaban, veía obstáculos donde no existía ninguno, multiplicaba dos y tres veces el número de las tropas del enemigo, e insistía en que era necesario no solamente preveer lo que pudiera suceder, sino aun lo que era imposible que aconteciera. Nunca estaba dispuesto a ir al encuentro del enemigo, y siempre

se envanecía como si fuera después de un triunfo, si al ponerse en contacto con ese enemigo lograba que se salvara todo su ejército.

Lo único de que no abrigaba dudas ni temores era respecto de sus dotes como jefe, ya sea militar o político. Aunque siempre tropezaba con dificultades para hacer que un enemigo respetase su voluntad, siempre con sumo vigor esgrimía la pluma tratando de imponer su modo de ver las cosas al General en Jefe (el Presidente) y de anotar con sumo énfasis la importancia de sus planes, no sólo con respecto a los asuntos militares, sino también con referencia a toda la política de la administración. Lo extraño de esos ensueños y malos cálculos de McClellan era que persistía en ellos, después de que podía obtener los datos e informes para corregir sus errores. En un libro que se publicó varios años después de la Guerra, cuando ya fácilmente se podían examinar los archivos confederados en Wáshington, McClellan no tuvo el menor reparo de presentar los mismos asertos acerca de las tropas confederadas con que tuvo que luchar, y a que se refirió en una larga serie de cartas a Lincoln en que insistentemente pedía que le mandara refuerzos que no existían.

Los archivos existentes demuestran que en la época en que el ejército de McClellan hizo su

avance lento por la península de Williamsburgo, el General Magruger, con unos cuantos miles de hombres y unos supuestos cañones hechos de madera había podido hacer creer al enemigo que un gran ejército estaba interceptando el camino hacia Richmond. Por lo tanto el avance de McClellan, que él había hecho muy reposadamente, permitió al General Johnston que reuniera a retaguardia de Magruger el ejército que al fin iba a obligar a McClellan a que regresara hacia su base de operaciones. Además los archivos de época más reciente comprueban que unas pocas semanas después, el General Johnston concentró su ejército en Gaines Mill y lo envió contra Porter, que estaba separado de McClellan por el río Chickahominy, y que sólo había una fuerza de poca consideración entre Richmond y McClellan.

Al terminar la retirada de los siete días, McClellan que había diseminado su magnífico ejército por medio de una serie de evoluciones, le escribió a Lincoln que él (Lincoln) "había sacrificado el ejército." En otra carta McClellan anota cual debe ser la política nacional de una manera tan terminante y dictatorial que apenas hubiese sido permitido en caso de que su propio genio militar hubiese llevado a término la guerra, pero que al emanar de un general derrotado era verdade-

ramente risible. La correspondencia de Lincoln con McClellan demuestra la paciencia del Presidente con respecto a él, y su deseo de que antes de retirar a un general por ser incompetente y vanaglorioso, se le debía dar toda la oportunidad posible para probar lo contrario. Lincoln ni siquiera hace referencia, y aparentemente deja desapercibidas, todas las impertinencias personales de McClellan. En toda esta correspondencia, como en toda su demás correspondencia, este gran jefe demostró que se había dedicado exclusivamente a la causa que él defendía. Hacia principios del año, y meses antes de la campaña peninsular, cuando McClellan había tenido el ejército acampado por varios meses sin haber expresado el menor deseo de obrar agresivamente, Lincoln en una conversación que tuvo con el Secretario de Guerra empleó la frase siguiente: "Si el General McClellan no necesita el ejército por ahora, yo quisiera pedirselo prestado por un poco de tiempo." Esto es lo más que el General en Jefe dijo para criticar la conducta del jefe de operaciones.

Mientras que se llevaba a efecto la campaña en Virginia por este jefe, que vacilaba y al mismo tiempo se alababa, levantando así poco el espíritu público, algo se estaba verificando en el Oeste en pro de la causa de la Unión. En 1862, un joven

llamado Grant, que había ingresado nuevamente en el ejército y a quien se le había dado el mando de unas cuantas brigadas, tomó el fuerte Donelson, y de esa manera facilitó el que pudiera avanzar el ejército hacia el Sur por el río Tennessee. La captura del fuerte Donelson se verificó en parte haciendo uso de morteros y esa fué la primera vez en que durante la guerra se emplearon los morteros.

Yo tuve la oportunidad de tener datos fehacientes acerca de la preparación de los morteros que le facilitaron al ejército de Grant en Cairo. En uno de los años de la decena del noventa estaba yo visitando al finado Abram Hewitt en su casa en Greenwood, Nueva Jersey. Noté al mirar desde el corredor que había un mortero muy bien colocado y rodeado por algunas yardas de cadena pesada y que estaba sobre la colina que dominaba el pequeño valle debajo de la casa, y que parecía como si se había colocado para protegerla. Le pregunté a mi amigo cual era el origen de ese mortero. "Pues bien," dijo él, "creo que la cadena tiene algún interés histórico. Es parte de la cadena que el tío Israel de usted colocó a través del río en West Point con el objeto de impedir o a lo menos de hacer difícil el que pasaran los barcos británicos. Esta cadena fué

hecha en la fundición de Ringwood y la guardo como un recuerdo. El Presidente Lincoln me dió el mortero y también el soporte de tal mortero." Este relato por supuesto, y como era natural, dió lugar a que le hiciera otra pregunta acerca de tal regalo. "Yo construí este soporte del mortero," dijo Hewitt, "además de otros, y Lincoln tuvo la bondad de decir que al ejecutar ese trabajo yo había prestado un servicio al Estado. Sucedió en el mes de diciembre, 1861, cuando se estaba organizando la expedición contra el fuerte Donelson y el fuerte Henry en el fuerte Cairo bajo el mando del General Grant. Este jefe había informado que los cañones que tenía su división no podrían causar ningún gran daño a las fortificaciones contra las que tirarían, y pidió que se le enviaran algunos morteros." Debo explicar a mis lectores que no sean peritos en asuntos militares, que el mortero es un corto cañón de gran calibre y cuyos tiros llegan a una distancia comparativamente corta; cuando tiene una carga pesada envía su proyectil a un ángulo elevado, de modo que en lugar de que sus balas vayan directamente a penetrar la fortificación, caen dentro de los fuertes. Recula el mortero con mucha fuerza, y por eso se necesita construir una base que se llama soporte del mortero, que no solamente debe

ser bien sólida, sino que debe tener cierta elasticidad para que absorba el golpe del rebufo. Únicamente si se emplea ese soporte para un mortero, puede éste dar resultado desde el puente de un buque, pues sin que esté así protegido el golpe que causaría su explosión rompería el puente y aun podría echar a pique el barco.

El Departamento de Artillería informó al Secretario de Guerra, y el Secretario a Lincoln, que había una existencia de morteros, pero que no se podían conseguir soportes o bases para ellos. Éste era uno de los muchos casos en que la falta de preparativos del gobierno constituía un vacío en el armamento militar. Según nuevos informes que se dieron a Lincoln se necesitarían unos dos o tres meses para poder fabricar los soportes de los morteros que eran indispensables, y por supuesto con esa pérdida de tiempo ya no tendría resultado satisfactorio la expedición de Grant. No sabiendo que hacer, Lincoln se acordó que en su famosa visita a Nueva York unos dos años antes le habían presentado al señor Hewitt, "traficante en materiales de hierro," e "individuo emprendedor." Lincoln telegrafió a Hewitt preguntándole si podría fabricar treinta soportes o bases para morteros e indicarle cuanto tiempo le tomaría para terminarlos. Hewitt me dijo que el telegrama

le llegó el sábado por la noche en la casa de un amigo y que había contestando desde luego acusando recibo del mensaje, y diciendo que informaría a la mañana siguiente. Por la mañana del domingo se entrevistó con un oficial de artillería de Nueva York para saber donde se guardaban los diseños para los soportes de morteros. "Era muy importante," me dijo Hewitt, "que yo tuviera la oportunidad de examinar esta muestra, pues jamás había visto un soporte de mortero en mi vida, aunque por supuesto eso no se lo dije al oficial de artillería." Parece que la muestra estaba en un cuartel de Springfield, y Hewitt telegrafió a Lincoln pidiéndole que se le enviara por un barco en la noche la muestra a Nueva York. Hewitt y sus ayudantes fueron al barco, consiguieron la muestra, y empezaron a hacer sus cálculos, y preparativos para la construcción deseada. Hacia medio día del lunes, Hewitt telegrafió a Lincoln que él podía construir los treinta soportes de morteros en treinta días. A la hora después de enviado su mensaje él recibió otro telegrama de Lincoln, en que le daba las órdenes para cumplir el contrato, y a los veinte y ocho días ya tenía listos los treinta soportes para los morteros. Como Tom Scott en esa época, afortunadamente para el país, se encontraba al frente de la sección

de transportes militares, alistó con prontitud treinta carros para llevar los soportes de los morteros a Cairo. El tren iba dirigido a "U. S. Grant, Cairo," y en cada carro había pintado en blanco y fondo negro un aviso que decía "No debe desviarse el tren bajo pena de muerte." Ese tren llegó, y como otras partes del equipo militar había sufrido demora, no llegaron los morteros demasiado tarde. Entonces se alistaron seis goletas con un mortero cada una, las cuales se enviaron rápidamente a ayudar en el ataque verificado por el ejército contra el fuerte Donelson. El primer ataque había tenido lugar pero había fracasado, pues como Grant lo había previsto, sus cañones de campaña no pudieron causar ningún desperfecto en las fortificaciones, mientras que el fuego de la infantería de los Confederados, la cual estaba protegida por sus fuertes, había ocasionado graves perjuicios. Sin embargo luego que desde un lugar situado en la parte baja del río las goletas empezaron a dirigir sus certeros tiros y caían sus balas dentro de las fortificaciones, el jefe de las fuerzas Confederadas llamado Floyd comprendió que ya no podía sostenerse en el puerto, asi es que se fué sigilosamente esa misma noche, dejando a su segundo en el mando, el General Buckner, para que efectuara la rendición con

Grant, siendo los términos de ella una "rendición incondicional," frase que después se vió ligada con tanta frecuencia a las iniciales U. S. G.

El nombre de Buckner después figura en la historia de manera interesante. Algunos años después de la Guerra, cuando el General Grant, debido al mal manejo de un especulador de baja ralea de la calle Wall, perdió todas sus economías, Buckner que no estaba en buenas circunstancias escribió a Grant, pidiéndole que aceptara como préstamo, "para ser pagado cuando le fuera conveniente" un cheque que le incluía por la suma de mil pesos. Otros amigos prestaron también su ayuda al General Grant, y por medio de lo que pudo ganar con su pluma, él logró antes de su muerte pagar todas sus deudas y dejar una suma suficiente para su viuda. No se utilizó el cheque que dió Buckner, pero su acto amistoso hecho con tal oportunidad era algo que nunca podia olvidarse.

Los soportes de morteros que hizo Hewitt fueron empleados unas semanas después para la toma de la Isla Número Diez, y también fueron sumamente útiles, empleándose de la misma manera sobre los puentes de goletas para la toma de los fuertes Jackson y St. Philip, que impedían el paso del río hacia abajo de Nueva Orleans. Era sólo por medio del fuego dirigido por estas goletas que

se encontraban ancladas en un punto del río más allá de los fuertes, que fué posible que llegaran sus tiros dentro de las fortificaciones.

Pregunté a Hewitt que si después había tratado con Lincoln sobre este asunto de los soportes de morteros, "Si," dijo Hewitt, "lo vi un año después, y Lincoln obró de una manera que le era característica." Estaba yo en Wáshington y me pareció conveniente hacerle una visita de cortesía. Cuando llegué a la Casa Blanca ya era tarde, y los salones de espera estaban llenos, y me dijeron que probablemente no me llegaría mi turno para verle. "Pues bien," dije yo, "en ese caso solamente sirvase darle mi tarjeta." Apenas había sido entregada la tarjeta, que se abrió la puerta del despacho y Lincoln apareció y dándome las dos manos dijo: "Donde está el señor Hewitt, quiero verlo, quiero dar las gracias a ese hombre emprendedor." Me senté junto á él por algún tiempo, y me puse algo nervioso, porque había varias personas esperando afuera y Lincoln no me dejaba ir. Al fin me preguntó "¿A qué ha venido usted a Wáshington?" "Pues le diré, señor Presidente," le dije, "tengo aqui algunos negocios y además queria ver si me pagaban por aquellos soportes de morteros." "¿Como es eso," dijo Lincoln, "todavia no han pagado a usted lo que le debe el

gobierno? Eso es vergonzoso." Violentamente tocó la campanilla y envió a buscar al Secretario Stanton con un ayudante, y cuando el Secretario se presentó, le preguntó con alguna molestia: "¿Qué sucede con la cuenta que ha presentado el señor Hewitt contra el Departamento de Guerra? ¿Porqué tiene que esperar tanto tiempo para recibir su dinero?" "Le diré, señor Presidente," dijo Stanton, "que el pedido para la compra de esos soportes de mortero se hizo de manera algo irregular; nunca tuvo ingerencia en ese asunto el Departamento de la Guerra, y por lo tanto cuando la cuenta fué presentada no podía recibir la aprobación de ningún empleado de artillería, y hasta que así fuera aprobada, no podía ser pagada por la Tesorería." "Pues bien," dijo Lincoln, "si yo anotara sobre esa cuenta una orden para su pago, ¿cree usted que el Secretario del Tesoro la pagaría?" "Yo supongo que sí," dijo Stanton, Pidió Lincoln que le mandaran la cuenta y después al pié de ella escribió "Páguese esta cuenta inmediatamente. A. Lincoln." "Ahora bien señor Stanton," dijo Lincoln, "le informaré que no han tratado bien al señor Hewitt con respecto a este asunto, y yo deseo que usted se empeñe para que consiga su dinero. Le voy a suplicar que vaya a la Tesorería con el señor Hewitt para conseguir las firmas necesarias en

esta cuenta, para que pueda el señor Hewitt llevar su libranza cuando regrese a Nueva York." Aunque muy contra su voluntad Stanton cumplió las instrucciones, y dijo Hewitt, "se fué conmigo por todos los distintos departamentos del Tesoro, hasta que se consiguió la última firma que era indispensable, y al fin logré que en cambio de mi cuenta se me diera un libramiento sobre la Tesorería." "Muy gustoso," dice el señor Hewitt, "hubiera deseado guardar esa cuenta con la firma de Lincoln al pié de la cual estaban las palabras 'Páguese esta cuenta inmediatamente.' "

"Hacia al fin de la guerra," continuó él, "cuando ya no se necesitaban otros morteros, le escribí al señor Lincoln una carta en que le pedía que me permitiera comprar un mortero con su soporte. Lincoln contestó inmediatamente que ya daba ordenes al Departamento de Artillería para que me enviara un mortero y su soporte como 'obsequio del Gobierno.' Dificilmente comprendo," dice Hewitt, "como se pudo arreglar la cuenta respectiva en el Departamento de Artillería, pero muy satisfecho estoy de guardar este recuerdo de la Guerra y del Presidente."

Ya hemos hecho referencia a las relaciones existentes entre Lincoln y McClellan. No tenemos espacio en este opúsculo para referir detalla-

damente todo lo que ocurrió, y lo que hizo Lincoln con respecto a los demás jefes de los ejércitos del Oriente y del Occidente. El problema que tenía que resolver el General en Jefe de escoger a los que debían tener el mando para llevar a cabo tal o cual empresa, y para ascender a los que habían dado muestras de mayores dotes en los grandes ejércitos que tuvieron que organizarse y enviarse a los campos de batalla, presentaba dificultades de no poca monta. Los que leen la historia y que hoy en dia la examinan, teniendo a la vista ventajosamente toda la carrera de los distintos generales, puede ser que se inclinen a criticar al Presidente por algunos de los errores que cometió. ¿Porqué el Presidente toleró por tanto tiempo los malos servicios y mucha vanagloria de McClellan? ¿Porque aceptó él, aunque fuera para una campaña breve y desgraciada los servicios de un individuo tan poco competente como Pope? ¿Porqué se permitió que una persona como Halleck, que, sólo tenía conocimientos de mero lector y no sabía resolver las dificultades con la debida prontitud, malgastara en sus operaciones tan largas contra Corinth las ventajas de posición y de fuerzas que se habían conseguido por el ejército del Occidente? ¿Porqué se permitió que un politicastro como Butler, que no tenía ninguna experiencia militar,

o un estadista con buenas intenciones como Banks, pero que era menos capaz aun para dirigir las operaciones militares, siguieran asumiendo responsabilidades en la campaña y cometiendo errores que causaban pérdidas de vidas y de recursos y las derrotas de los ejércitos? ¿Porqué los militares verdaderos, como Sherman, Grant, Thomas, McPherson, Sheridan y otros no tuvieron mandos de importancia asignados a ellos, con más prontitud? ¿Porqué se permitió que el ejército del Sur durante los dos primeros años de la guerra tuviera tantas ventajas al ser mandado por jefes emprendedores y hábiles? Si sólo se reflexiona un poco, se comprenderá cuan injusta es la crítica que implica tales preguntas. Nosotros comprendemos la falta de capacidad de los generales que fracasaron, y el mérito práctico de los que tuveron éxito, sólo debido al resultado de las campañas en que tomaron parte. Lincoln solamente podía conocer a esos jefes según se iban presentando, y tenía que hacer experimentos con éste y aquél, tratando mientras tanto de conseguir el más adecuado y que se lograra obtener al fin el que diera mejores resultados. Siguió empeñosamente haciendo experimentos con suma paciencia, y al fin pudo aumentar le acopio de sus conocimientos tanto de las exigen-

cias del caso como de los jefes que pudieran llenar tales requisitos.

Debemos recordar también que como General en Jefe de los ejércitos, Lincoln con ese carácter no podía ejercer libremente su cargo, sin cortapisas de ninguna especie, dejándole plena libertad con la experiencia que él adquiría para el nombramiento de los generales. Era indispensable tomar en cuenta la opinión nacional, esto es la opinión individual de los ciudadanos cuya cooperación era enteramente necesaria para el sostenimiento de la causa nacional. Estas ideas y opiniones se traslucian a veces por medio de las indicaciones vigorosas de gobernadores leales como Andrew de Massachusetts o Curtin de Pennsylvania, y algunas veces por medio de los artículos de escritores de fibra como Greeley, cuya influencia y apoyo eran por supuesto de suma importancia. Aunque Greeley carecía por completo de conocimientos militares, esto no le impedía dar su opinión con énfasis al Presidente y al público y hacer sus apreciaciones muy decididas acerca de quienes debian ser los generales, y como debían llevarse a efecto las operaciones de la campaña. Al resolver éste muy difícil problema de arreglar los preparativos militares, Lincoln tenía que tomar en consideración las responsabilidades de un gobier-

no representativo. Por supuesto que su tarea hubiese sido más fácil si hubiera tenido las facultades de un autócrata, para obrar como se le antojara. Los nombramientos de Butler y Banks fueron considerados necesarios para complacer las indicaciones de los ciudadanos leales de un Estado tan importante como lo era el de Massachusetts, y otros nombramientos cuyos resultados tuvieron más o menos éxito adverso, pueden también considerarse como debidos a causas o influencias distintas a una política militar o del ejército.

El General Frank V. Greene, en un opúsculo que escribió tratando de Lincoln como General en Jefe, dice hablando de sus dotes como tal jefe, lo que sigue:

"Según va pasando el tiempo, aumenta más y más la fama de Lincoln. Ya tiene la reputación de haber sido un gran estadista, un astuto hombre político, un claro pensador, un escritor correcto, un jefe nato de sus compatriotas, un hombre bondadoso y simpático; a esos títulos se le debe agregar otro y éste es el de jefe militar. Si hubiese fracasado a ese respecto, sus demás títulos se hubieran olvidado. Si la paz se hubiera verificado bajo condiciones distintas de la rendición de las fuerzas insurgentes y del restablecimiento de la Unión, hubiera sido la carrera de Lincoln

un tremendo fracaso, y la proclama de la emancipación hubiera sido enteramente ridícula. Era indispensable que se consiguiera un éxito militar, y Lincoln lo obtuvo. Si examinamos los acontecimientos ya después de pasado medio siglo, y teniendo ante nuestra vista todo lo que se ha escrito e impreso, y todôs los acontecimientos de aquel periodo, arreglado bajo prismas adecuados y de conformidad con críticas, discusiones y argumentos de los años que han pasado, se pone bien en claro que desde el principio y hasta el fin, y en todo tiempo, durante su presidencia, él era no sólo la mano que guiaba sino la que dirigia todos los asuntos militares."

Es de sumo interés notar el desenvolvimiento del tacto militar de Lincoln durante el transcurso de la Guerra. Siempre demostraba modestia con respecto a las cosas en que él tenía poca experiencia, y durante los primeros doce meses de su estancia en Wáshington tuvo comparativamente poco que decir respecto de los planes o la dirección de la campaña. A pesar de eso su correspondencia con McClellan y después la que dirigió a Burnside y Hooker y otros jefes, demuestran que iba aumentando su acopio de conocimientos con respecto a las grandes maniobras militares. La historia ha demostrado que la opinión de Lincoln respecto a los propósitos indispensables de una campaña y

acerca de los mejores métodos para llevar a cabo tales propósitos, era en muchos casos más juiciosos que los del general que estaba en el campo de batalla. Cuando con gran énfasis le decía Lincoln a McClellan que el punto objetivo verdadero era el ejército Confederado que estaba en campaña, y no la ciudad de Richmond, asentaba un principio que ahora nos parece elemental, pero que McClellan desatendió con suma persistencia. Lincoln escribía a Hooker: "Hemos recibido informes de que la vanguardia del ejército de Lee está cerca de Martinsburg en el valle del Shenandoah, mientras que usted nos dice que todavía hay una gran fuerza que está enfrentándose con usted en el Rappahannock. Y por lo tanto parece que la línea debe tener una extensión de cuarenta millas. La bestia por lo tanto se ha adelgazado en algún punto y asi es que parece que sería posible cortarla en ese punto." Hooker había recibido los mismos informes, pero no logró hacer la misma deducción.

Además de la tarea de Lincoln de escoger, y como regla general de dirigir, a los jefes, tenia también una relación importante con todo el conjunto del ejército. Bien conocemos la frase "el hombre que está detrás del cañón." Es axiomático decir que el cañón no sirve ni para el ataque

ni para defensa, a menos que el artillero que esté detrás de él posea el valor y conocimientos suficientes para que anime su propósito, y él pueda dar la dirección al cañón. Durante los largos años de la Guerra, el General en Jefe era el hombre que estaba de tras de todos los cañones en los campos de batalla. Los soldados que estaban al frente, llegaron a comprender la infinita paciencia, la insistente esperanza, el espíritu tranquilo y la vigilancia cariñosa del gran capitán en Wáshington. Fué el gran espíritu animoso de Lincoln que hizo cundir entre las tropas ese mismo espíritu que no decayó en los largos meses de desengaño y durante las muchas derrotas y retiradas. El avance que al fin verificó Grant, y que terminó en Appomattox, y la marcha triunfal de Sherman que dió por resultado la entrega en Goldsborough del último de los ejércitos de la Confederación, fueron los resultados de la inspiración, comunicada tanto al simple soldado como al general por la mente tranquila y cariñosa del Ejecutivo de la nación.

Durante el mes de marzo de 1862, Lincoln recibió la notica de la victoria que Curtis y Sigel ganaron en Pea Ridge en Arkansas, batalla que duró unos tres dias. El primer dia fué un descalabro para nuestras tropas que tuvieron que retirarse; el combate del segundo dia resultó

digamos como si fuera un juego de tablas; pero el tercero nuestro ejército logró penetrar por entre las líneas del enemigo, cuasándole graves pérdidas a los Confederados y conquistando nuevamente su base de operaciones. Esta batalla fué en cierto grado típica de muchas de las que ocurrieron durante la guerra. Hubo una serie larga de combates que continuaron por más de un día. La historia de la Guerra presenta muchos casos de batallas que duraron dos días, tres días, cuatro días y en un caso hasta siete días. Difícilmente se podía convencer al soldado americano ya sea de un lado u otro de la línea, que había sido derrotado. El general podía perder la cabeza, pero los soldados en el mayor número de los casos, seguían combatiendo, con un nuevo jefe o con maniobras mejor ideadas por parte del primer jefe, y asi se recobraba lo perdido en el primer descalabro. No existe ningún ejemplo en la historia moderna de combates tan reñidos, o más bien debemos decir en justicia, que no hubo ningún ejemplo hasta la guerra Ruso-Japonesa en Manchuria. Consigna la historia que los ejércitos europeos cuando sus generales hacian malas maniobras o no podian truinfar, tenían la costumbre de abandonar el campo, ya sea en buen orden, pero con mas frecuencia en estado de desmoralización.

El soldado americano pensaba que debía pelear y seguía peleando, porque ese era su deber. La paciencia y la presistencia del soldado en el campo de batalla eran rasgos característicos suyos que pueden atribuirse en verdad, y es acreedor de ellos, el gran jefe en Wáshington con su gran paciencia y persistencia.

## VI

### LOS DIAS ACIAGOS DE 1862

Los dias aciagos de 1862 tuvieron un momento brillante en el mes de abril, cuando se recibió la gran noticia de que el Almirante Farragut había logrado pasar con la flota federal, o al menos con los principales barcos de esa flota, por en frente de las baterías de los fuertes St. Philip y Jackson en el río Mississippi, y había obligado a que Nueva Orleans se rindiera. Se había considerado que la navegación libre del río Mississippi era indudablemente una de las cosas indispensables para que tuviera éxito la campaña iniciada a fin de restablecer la autoridad nacional. Era de suma importancia que los Estados del Noroeste y su grandísima extensión de territorio contiguo a ellos, que dependia del río Mississippi para comunicarse por agua con el resto del mundo, no quedaran incomunicados con el Golfo. Más de una vez se había vaticinado que en caso de que los Estados del Sur llegaran a establecer su indepen-

dencia, surgirían no sólo dos confederaciones en este continente, sino cuatro probablemente. Los distritos de la costa del Pácifico habrían llevado a cabo el proyecto muy natural de constituirse en nación soberana, e igual cosa también era natural que hicieran los grandes Estados del Noroeste, cuyos intereses estaban tan íntimamente ligados con las vías fluviales que corrían hacia el Sur. Era por lo tanto indispensable que se hicieran los mayores esfuerzos para que los Estados leales del Oeste estuvieran ligados con los demás por el río Mississippi. Todavía fué necesario que pasaran doce meses después de la toma de Nueva Orleans, que se verificó el primero de mayo de 1862, para que se rindiera Vicksburg a Grant, y el puerto Hudson a Banks, y de esa manera se quitaran los ultimos obstáculos para que la Federación dominara por completo ese gran río. Bajo dos conceptos era de importancia la ocupación de ese río por los Federales. Los Estados hacia el Oeste de él—Arkansas, Missouri, y Tejas—habían sido durante los dos primeros años de la Guerra almacenes importantes para suplir víveres al ejército Confederado. Se llevaban el maíz en mazorcas o en sacos a través del río por medio de botes, mientras que el ganado vivo iba cruzando a nado por los ríos, y aun con mayor frecuencia se le

véia atravezando por tierra hasta llegar a los almacenes de los diferentes ejércitos. Luego que cayó el puerto Hudson, esa translación de víveres ya puede decirse que terminó; aunque recuerdo que aun ya entrado el año de 1864 pudo el cuerpo de ejército en que yo militaba impedir que cruzara a nado por el Mississippi una manada de ganado que se dirigía para llegar al lugar en donde se encontraba el ejército del General Joe Johnston.

Durante el mes de abril de 1862, cuando Lincoln acababa de recibir la infausta noticia del primer rechazo de las fuerzas en Vicksburg, pudo disponer de tiempo para escribir una cartita autógrafa a un muchacho llamado "Crocker," dándole las gracias por el regalo de un conejo blanco, que el niño había enviado al Presidente, bajo la suposición de que el Presidente pudiera tener un hijo, a quien le seria grato recibirlo.

En los primeros meses de 1862, Lincoln estaba pensando seriamente en el gran problema de la emancipación. Poco a poco se fué convenciendo más y más de que el éxito de la guerra exigía que se tomara una resolución definitiva por parte del Gobierno con respecto a la esclavitud. Como ya dijimos antes, él estaba sumamente deseoso, no sólo como un acto de justicia a los ciudadanos leales, sino bajo el punto de vista de retener al

lado de la causa nacional el apoyo de los Estados fronterizos, de obrar de tal modo que los ciudadanos leales de esos Estados se vieran expuestos a las menores pérdidas posibles, y con el menor riesgo de que abandonaran la causa de la Unión. En julio de 1862, Lincoln formuló un plan para la emancipación con compensación para los dueños de los esclavos. Tuvo la idea de que la nación podría pagar una suma igual al valor estimativo de libertar a los esclavos, que fueran propiedad de los ciudadanos que habian permanecido fieles al Gobierno. Abrigaba la creencia de que los fondos que se necesitaban para llevar a efecto ese plan serían más que equiparados con el resultado favorable al éxito de la causa nacional en la guerra. Los gastos diarios del Gobierno ascendían a un promedio de un millón y medio de pesos, y en 1864 llegaron a importar hasta dos millones por día. Si se pudiera acortar por algunos meses la guerra, se ahorraría una suma suficiente de dinero para compensar el pago bien crecido que se hiciera a los ciudadanos leales por los derechos de propiedad de sus esclavos.

Los ciudadanos de los Estados fronterizos todavía eran tan adictos al sistema de la esclavitud que no podían conformarse con dar su asentimiento a un plan de ese especie. Era natural

que el Congreso no deseara apoyar esa política, a menos de que se le demostrara que era satisfactoria para los que más les interesaba directamente. El resultado de esta oposición indebida al plan indicado por parte de los ciudadanos leales de Missouri, Kentucky, Tennessee y Maryland fué tal que al fin se vieron obligados a entregar su derecho de propiedad en los esclavos, sin ninguna compensación. Cuando hubo fracasado el plan de emacipación con compensación, Lincoln resolvió que había llegado la época propicia en que se debía verificar la emancipación incondicionalmente; así es que en julio de 1862 él preparó el primer borrador de la Proclama de Emancipación. Según él opinaba, y en esto estaba de acuerdo la mayoría de los miembros de su Gabinete, no se debía expedir la proclama, sino hasta que se consiguiera que los ejércitos del Norte obtuviesen algún triunfo de resonancia. No podía desearse que se considerase esa determinación como el resultado de la desesperación o aun del desfallecimiento. Sin embargo bien claro se vió que la guerra había llevado al país a un punto, en que se tenía que eliminar la esclavitud, pues ella era el motivo de división entre los Estados. Al poner fin a la responsabilidad nacional con respecto a la esclavitud, se consolidaba la opinión

del país en todos los Estados del Norte, y también se fortalecían las simpatías de los amigos de la Unión en Inglaterra, en donde se había formulado la acusación de que el Norte estaba combatiendo, no contra la esclavitud ni en pro de la libertad de cualquier clase, sino para dominar al Sur. Así es que se difirió el lanzar la proclama hasta después de la batalla de Antietam en el mes de septiembre de 1862, y se emitió expresándose que se pondría en vigor el primero de enero de 1863. Produjo los resultados que se habían esperado, quedando fortalecida la causa del Norte y colocada sobre sólidas bases. Se dió bien claramente a comprender que cuando se obtuviera el éxito deseado en la contienda que se libraba en pro de la existencia de la nación, ya ésta no tendría la responsabilidad del gran crimen contra la civilización. Se simplificó el sistema de contrabando de esclavos, pues estos semana tras semana iban pasando y llegando a las líneas de los ejércitos del Norte, y ya no se discutió nuevamente lo que tenía que resolverse acerca del derecho del dueño de un esclavo que hubiese sido apresado. Se trabajó con empeño en llevar a cabo la organización de las tropas de soldados negros que se había iniciado en Massachusetts a los pocos meses después de estallar la guerra, y esos trabajos dieron bastante buenos

resultados. Boston envió al frente los regimientos 54 y 55 de Massachusetts, compuestos de soldados negros, que iban capitaneados por jefes como Shaw y Hallowell. Se organizó el primer regimiento negro procedente de la Carolina del Sur, y se puso a las órdenes del Coronel Higginson.

Yo mismo tuve alguna experiencia en Luisiana, con respecto a la tarea de convertir a los trabajadores en las plantaciones en soldados disciplinados, y mucho me sorprendió notar cuan pronto se verificaba esa transformación. Un esclavo que se había fugado y llegaba al campamento procedente de su antigua hacienda creyendo vagamente que iba a conseguir su libertad, tenía una apariencia tal que no infundía la esperanza de que pudiera hacerse un buen soldado de él. No sabía estar derecho de pié o mirar a otra persona directamente con la vista, caminaba paso a paso y poco comprendía las órdenes que le daban; y aun a veces se le dificultaba oir o comprender las voces de mando. Sin embargo, después que le quitaban las hilachas que llevaba encima y (después probablemente de un baño en el Mississippi) al ponerse el esclavo el uniforme azul y al portar al hombro un fusil, se convertía inmediatamente lo que era una cosa en un hombre verdadero. Es verdad que por algún tiempo todavía caminaba vacilando y des-

pacio, que no muy luego comprendía las voces de mando, y que si se quedaba sólo y no se le guiaba, como regla general obraba con poco acierto y perspicacia, y no se podía depender tanto de él como de un hombre blanco. Pero se paraba derecho como todo hombre lo hace, lo miraba a uno de frente, y demostraba en su semblante que deseaba vivamente poder combatir en pro de la libertad y de la ciudadanía, y en Luisiana, y por todo el territorio en donde hubo combates, todos los regimientos negros que tomaron parte en la contienda demostraron que sabían combatir como buenos soldados. Antes de terminar la guerra ya habían entrado en los rangos del ejército, como doscientos mil negros y los servicios que prestaron constituyeron un valioso factor en el éxito final de la campaña. En una batalla como la de Milliken's Bend en Mississippi, en que tomaron parte fuerzas no muy considerables en número, se notó como rasgo especial que el hombre negro podía combatir y sabía hacerlo aun en su primer encuentro con el enemigo. Un regimiento negro que se componía de soldados que apenas unas pocas semanas antes habían estado labrando la tierra, quedó esperando en un lugar a la orilla del río a un buque transporte en que pudiera embarcarse. Ese regimiento fué atacado

por una fuerza de Confederados de doble o triple número, y los sureños creyeron que no sería difícil echar al río a este grupo de prófugos esclavos. A la primera descarga, casi todos los oficiales (que eran blancos) fueron heridos o muertos, y las pérdidas entre los soldados fueron de consideración. Los negros, que apenas se habían iniciado en su carrera militar, parece sin embargo que no comprendían que debían rendirse, y así es que simplemente continuaron combatiendo hasta que ni uno de ellos quedó en pié. El tanto por ciento de las pérdidas sufridas en este encuentro, tomando en consideración al número de los combatientes, fué mayor que en ninguna batalla de la guerra. Los sureños creyendo que no era posible que los negros combatieran en realidad, cargaron contra ellos, exponiéndose a sus tiros, y así es que sufrieron fuertes pérdidas. Cuando en el mes de abril de 1861, después de haber obligado a Lee que se retirara, llegó la hora por tanto tiempo deseada, y para la cual se había peleado tan encarnizadamente, de que Richmond cayera en nuestro poder, fué un acto de justicia bajo cierto punto de vista, que se permitiera a la división negra, mandada por el General Weitzel, que encabezara la columna que primeramente entró en la ciudad.

Durante el año 1862, y aun después, hubo mucha

correspondencia con Lincoln con motivo del castigo impuesto a los desertores. El castigo decretado al desertor del ejército cuando estaba al frente del enemigo, era la pena de muerte; pero a Lincoln se le dificultaba aprobar un fallo de muerte impuesto a un soldado. Con frecuencia él escribía dando instrucciones al general que estaba en servicio activo, para que no llevara a efecto ninguna ejecución, hasta que él, Lincoln, tuviera la oportunidad de resolver el caso. Y en muchos de esos casos, ya sea a veces a solicitud de la madre, pero más frecuentemente por la impresión personal que él mismo obtenía acerca del carácter del culpable, Lincoln resolvía perdonar a muchachos que, según su opinión, simplemente no habían comprendido su entera responsabilidad como soldados. Muchos de estos individuos, a quienes les permitió ingresar nuevamente en el ejército, lograron distinguirse después debido a sus servicios leales.

Durante el mes de diciembre de 1862 Jefferson Davis expidió una orden que, como era de suponerse llamó la atención, pues era con el objeto de que en caso que el General Benjamin F. Butler fuese apresado, "se le reservara para ser ejecutado." Butler nunca cayó en manos de los Confederados, y es probable que si hubiese caido en

su poder la orden hubiere quedado insubsistente. Como represalia indispensable, Lincoln dictó órdenes para que se guaradara como rehenes a un jefe Confederado de igual rango, para lograr la seguridad de cualquier general del Norte que como prisionero, no fuese protegido de acuerdo con el reglamento de la guerra.

La correspondencia de Lincoln durante el año de 1862, que bajo muchos conceptos fué el año más triste y más lastimoso de la Guerra, demuestra cuanto tuvo que soportar con respecto a los consejos que él no pedía y de las indicaciones que le hacían innumerables consejeros gratuitos y ciudadanos muy activos, todos los cuales creían que sus consejos eran de suma importancia, y aun indispensables, para poder salvar a la nación. Durante el mes de septiembre de 1862 Lincoln escribió a un amigo:

"He recibido consejos muy distintos y que expresan algunas personas religiosas, cada una de las cuales está muy segura de que ella representa la divina voluntad."

Al contestar a una de esa delegaciones de clérigos, Lincoln habló con fraseología muy familiar, pero que pintaba un cuadro bien delineado, sobre el peso que tenía que sobrellevar el Jefe del Estado.

"Señores," les dijo, "supongamos que todos los bienes que ustedes poseyeran estuviesen convertidos en oro, y que ustedes los hubieran colocado en las manos de Blondin para que los llevara sobre una cuerda a través del río Niagara. Él va despacio, cuidadosamente y con pasos seguros caminando sobre la cuerda y llevando el tesoro de todos ustedes. ¿Que es probable que ustedes movieran la cuerda y le siguieran gritando? '¡Blondin trata de caminar más derecho! ¡Blondin párate un poco, ve más aprisa; ahora inclínate hacia el sur y ahora inclínate hacia el norte!' Creen ustedes que así obrarían en tal emergencia. ¿No contendrían su aliento y todos ustedes dejarían de hacer uso de sus lenguas y dejarían de tocar la cuerda hasta que él hubiese llegado al otro lado?"

Otra comisión, que durante varios meses antes de que Lincoln hubiese creido que había llegado la época en que se debía lanzar la proclama de la emancipación, lo visitó, y le pidió que ya no se dilatara más tal resolución. Uno de los clérigos al despedirse, se volteó y dijo a Lincoln: "Lo que nos ha dicho usted, señor Presidente, me obliga a indicarle en contestación que traigo un mensaje de Nuestro Divino Señor en que ordena que abra usted las puertas de la cárcel y que dé libertad al esclavo." Lincoln contestó: "Puede ser que así

sea, aunque yo he estudiado este punto día y noche muchas semanas, y si como dice usted me trae un mensaje del Ser Supremo, me parece extraño que él lo envíe por via tan indirecta como es pasando por la ciudad pecaminosa de Chicago."

Hay otra versión de este cuento, en que no se hace mención de la ciudad de Chicago, y en que Lincoln expresa lo siguiente:

"Espero que no se considere que yo digo esto irreverentemente, pero no parece probable que Dios diera a conocer su voluntad a otros con respecto a un punto que se relaciona con mis deberes, pues era de suponerse que él me lo hubiera indicado directamente. . . . Todo lo que parezca ser la voluntad de Dios, yo lo haré."

Durante el mes de septiembre de 1862 el General Lee llegó con su ejército a Maryland, amenazando a Baltimore y Wáshington. Probablemente el objeto de esta invasión era más de carácter político que estratégico. Demuestra la correspondencia de los Confederados que Davis en esa época tenía la esperanza de conseguir la intervención de la Gran Bretaña y Francia, y es natural de suponerse que la probabilidad de esa intervención aumentaria si se demostrara que el ejército sureño, en lugar de estar ocupado en defender su propia capital, en realidad estaba amenazando a Wáshington y

aun tenía suficientes fuerzas para hacer un avance hacia el norte.

El General Pope, debido a la derrota que sufrió en la segunda batalla de Bull Run en julio de 1862, perdió la confianza del Presidente y de todo el país. Esa derrota no fué lo único que pudo echar abajo su reputación puesto que era considerado como soldado activo y valiente, pero él tenia la mala costumbre, que tienen con alguna frecuencia muchos americanos activos, de hablar demasiado, ya sea de palabra o de escribir y prometer por escrito cosas que no se realizan, y además vanagloriarse de sus propios méritos. En vista del nuevo peligro que indicaba la presencia de las tropas de Lee, que ya se hallaban a unas pocas millas de la capital, Lincoln desechó sus propias dudas con respecto a la actividad y tacto de McClellan, y le dió una nueva oportunidad para probar su capacidad como militar. Las críticas mordaces y personales de que el General en Jefe había sido objeto por parte de McClellan, no hicieron ninguna mella en el ánimo de Lincoln; pues lo único que pensaba el Presidente entonces, como siempre, era como se podría salvar a la nación con los mejores elementos de que podía disponer. A McClellan se le ofreció (y a pocos hombres le depara la suerte más de una buena

oportunidad) y nuevamente no logró hacer uso de ella. Su ejército era más numeroso que el de Lee, y tenía la ventaja de posición y (por la primera vez contra este enemigo especial) de estar más cerca de su base de operaciones. Lee se había visto obligado a dividir su ejército para poder lograr situarlo al lado norte del Potomac, y la tardanza de McClellan dió por resultado la pérdida de Harper's Ferry (lugar que ya el 15 de septiembre estaba verdaderamente circunvalado por las avanzadas de Lee) con la pérdida de doce mil prisioneros. Debido a un buen golpe de fortuna, llegó a manos de McClellan un despacho, en que se daba a conocer la verdadera situación de las distintas divisiones del ejército de Lee, y en que se avisaba que las dos alas estaban tan separadas que no podrían juntarse nuevamente antes de pasados unas veinte y cuatro horas. La historia ahora nos pone en claro que durante veinte y cuatro horas McClellan pudo haber ganado la delantera al ejército de Lee y triunfar, pero esas horas preciosas las desperdició McClellan en "alistarse," esto es decir, en vacilaciones.

Al fin ocurrió el insignificante éxito de South Mountain, y la batalla indecisa de Antietam. Entonces se le dejó a Lee que cruzara el Potomac con su ejército, con todos sus trenes de guerra y

aun con los prisioneros que había hecho, y McClellan permaneció esperando que sucediera lo que no podia acaecer.

En una carta escrita por Lincoln el 13 de octubre se demuestra con que exacitud él comprendía la situación militar, y da a conocer bien el carácter y la manera de obrar de estos dos hombres.

"¿No le parece a usted que obra con demasiada cautela, cuando supone que no puede hacer lo que el enemigo constantemente está haciendo? ¿No cree usted que debía considerar que tenía al menos fuerzas iguales a las de él, y que debía obrar de conformidad? Según entiendo usted telegrafió al General Halleck, que no podría permanecer con su ejército en Winchester, a menos que el ferrocarril que va de Harper's Ferry a ese lugar estuviera funcionando. Y a pèsar de eso el enemigo permanece con su ejército en Winchester a una distancia más que doble que a la que usted estaba, y sin poder disponer del ferrocarril ya mencionado. En la actualidad él emplea carretones desde la casa Municipal de Culpeper, que está a una distancia que es casi doble de la que está usted de Harper's Ferry. Y debe decirse que no tiene en su poder ni la mitad de los carros que usted tiene. . . . Además, una de las máximas más conocidas con respecto a la guerra, es como usted bien sabe que 'debe uno dirigir las operaciones contra el enemigo sin exponer sus medios de comunicación.' Parece que

usted aplica esta máxima en contra de usted mismo, pero no la puede aplicar en su favor. ¿Si usted cambiara de posición con el enemigo, no cree que él cortaría la vía de comunicación con Richmond en veinte y cuatro horas? . . . Ahora no está usted más cerca de Richmond que el enemigo por el mismo camino que él y usted tienen que tomar. ¿Porqué no puede usted llegar a esa ciudad antes que él, a menos que él supere a usted en sus esfuerzos para hacer marchas forzadas. Su camino es en realidad el arco de un círculo, mientras que el de usted es la cuerda de ese mismo arco. Los caminos son tan buenos por donde está usted como por donde él está . . . Si él marchara hacia el norte, yo lo seguiría y cortaría sus vías de comunicación. Si él nos impidiese que cortaramos su vía de comunicación y nuestra marcha sobre Richmond, yo trataría de acercarme a él lo más posible, librarle batalla, si se presentara el momento oportuno para ello, y al menos trataría de ganarle la adelantera al marchar hacia Richmond. Yo le digo 'trate de hacerlo,' pues si nunca tratamos de hacer una cosa, nunca la podremos hacer. . . . Si no podemos triunfar contra él cuando tiene la desventaja de verse obligado a venir hacia nosotros, nosotros no podemos nunca ganar cuando esa desventaja esté en nuestra contra. . . . Como tenemos que derrotarlo alguna vez o fracasar al fin, nosotros podemos verificar eso si es que lo llegamos a efectuar, mucho más fácilmente al estar cerca de él que al estar a una gran

distancia. . . . Es tan fácil para nuestras tropas que verifiquen una marcha, como para las del enemigo, y no demuestra entereza el decir que eso no se puede llevar a efecto."

Al fin la paciencia de Lincoln y la de todo el país que sostenía a Lincoln se agotaron, y se le dieron órdenes a McClellan para que se presentara en su casa en Nueva Jersey, y el general que había ido al frente de sus tropas precedido de tanta reputación y que habia tratado de dictar la política nacional que debía seguirse en una época en que él mismo no podía mantener su ejército en posición adecuada, desaparece de entre los personajes de la historia de la Guerra.

Nuevamente el General en Jefe ya cansado, tuvo que buscar un jefe que pudiera ponerse al frente de las tropas, y que las animara así como a todo el país, y que pudiera cumplir con sus deberes sencillos de general en el campo de batalla, sin mezclar su responsabilidad militar con sus planes políticos. Se escogió primeramente a Burnside, que no tenía ambición y que tampoco tenía confianza en si mismo. Era buen general de división, pero no tenía entera seguridad de su propia capacidad como General en Jefe. Burnside como soldado leal aceptó el nombramiento, e hizo todo lo

más que le fué posible, y enfrentado con un jefe que era muy superior a él en conocimientos generales y también en estratégia militar, tuvo que fracasar. Nuevamente recayó sobre el Presidente el difícil problema de resolver quien sería el jefe adecuado, y esta vez se extendió el nombramiento en favor del general Joseph Hooker. Ahora que podemos examinar todas las constancias y archivos, nos es fácil decir que se cometió un error al hacer ese nombramiento. Habián muchos mejores jefes de entre el grupo de generales de división: Reynolds, Meade o Hancock, que indudablemente hubieran dado resultados más satisfactorios con el ejército del Potomac; pero en enero de 1863 no se podía dar una opinión bien fundada sobre el mérito y las dotes de estos generales. La carta que Lincoln dirigió a Hooker es notable, no sólo porque en ella se nos indica la clase de jefe que Hooker era, pero porque es un ejemplo de la manera como el Presidente daba su opinión, y su modo de obrar para estar en buenas relaciones con sus subalternos. Él escribe:

"Usted confia en si mismo, lo que es una calidad valiosa si no indispensable. . . . Creo sin embargo que durante el tiempo en que el General Burnside tuvo el mando del ejército, usted se dejó guiar por su deseo de distinguirse, y así le puso todos los obstá-

culos en su camino, con lo cual le hizo usted un gran mal al país y a un compañero de mérito y honorable. He oído decir que usted recientemente indicó que el ejército y el gobierno necesitaban un dictador. Por supuesto que no es por eso, pero a pesar de eso, que lo he nombrado a usted como general en jefe. Solamente los generales que tienen éxito pueden llegar a ser dictadores. Lo que le pido a usted es que consiga triunfos en la guerra, y entonces ya no me preocupará la dictadura. El gobierno apoyará a usted en cuanto le sea posible, y eso es ni más ni menos lo que ha hecho y hará con respecto a otros que han estado al frente del ejército. . . . Cuídese de obrar con precipitación pero actúe con energía y con incansable vigilancia y obtenga usted algunas victorias."

Hooker indudablemente, como Burnside, hizo todo lo que pudo. Era buen patriota y había demostrado ser buen general de división, pero es muy probable que su capacidad no se extendía más allá como jefe en el campo de batalla, que a saber dirigir a un cuerpo de ejército, y parece que se confundió al tratar de dirigir los movimientos de cuerpos más numerosos. En Chancellorsville le fué ganada la partida a todas luces por sus contrincantes Lee y Jackson. Los soldados del ejército del Potomac pelearon con denuedo como siempre, pero abrigando la creencia bien fundada,

que los desanimaba, de que los soldados opuestos a ellos tenían la ventaja de ser dirigidos por jefes de más habilidad y acierto. Causa pena leer en la vida de Jackson la contestación que él dió a Lee, cuando éste le interpeló acerca de si tendria seguridad de efectuar la famosa marcha que Jackson había ideado por el mero frente de la línea Federal. Dijo Lee: "Hay varios puntos a lo largo de la línea de marcha que usted propone hacer, en que su columna podía ser atacada por el flanco con resultado desastrozo para nuestras tropas." "Pero mi General Lee," contestaba Jackson, "como usted sabe, al iniciar cualquier movimiento militar, debe uno tomar en consideración la clase de jefes de las tropas del enemigo con quien tiene uno que combatir."

## VII

### EL TERCER Y DECISIVO AÑO DE LA GUERRA

Se había librado la batalla de Chancellorsville, y se había perdido, y nuevamente en virtud de una presión política de Richmond más bien que con la esperanza de obtener un éxito militar, Lee dirigió su ejército para invadir al Norte. Parecía que en aquella época existían algunas ventajas aparentes para que ésto se debiera realizar, puesto que había sido derrotado el ejército del Potomac dos veces, y aunque no estaba desmoralizado del todo, sí estaba desanimado, y ya no tenia confianza en el general que lo mandaba. Había mucho descontento en el Norte pues no se había adelantado mucho para tratar de restablecer la autoridad del gobierno, y las tropas nacionales sólo obraban en defensa propia y estaban a unas pocas millas de la capital nacional. La correspondencia de los Confederados que estaban en Londres y Paris daba nueva esperanza de que al fin surgiese la intervención tan deseada.

Con suma habilidad Lee había retirado su ejército de sus posiciones frente a Hooker, y lo había llevado cruzando la parte de Maryland hasta llegar a Pennsylvania, por el antiguo camino del valle del Shenandoah, y al fin cruzó el Potomac en Falling Waters. Hooker informó a Lincoln, con fecha 4 de junio, que el ejército o un ejército todavía se hallaba en frente de la línea del Rappahannock. Lincoln escribió a Hooker, con fecha de 5 de junio: "Nos informan que el ejército de Lee se está moviendo hacia el oeste y que gran parte de él ya se ha situado al oeste de la Sierra Azul (Blue Ridge). El 'toro' (el ejército de Lee) ha travesado el cerco e indudablemente sería posible causarle alguna molestia." Lincoln nuevamente escribió en junio 14, diciéndole a Hooker, que Lee con el grueso de sus tropas se estaba acercando al Potomac en un lugar que se hallaba a cuarenta millas de la línea de las trincheras en el Rappahannock. "La fiera (el ejército de Lee) se ha extendido a lo largo de una línea de cuarenta millas, y debe estar muy delgada en algún punto. ¿Que nó podría usted cortarla?" Las frases que hemos consignado no tienen el giro militar, pero dan pruebas de una hábil estrategia. Hooker no pudo aprovecharse de la oportunidad, y cuando comprendió esto pidió que lo relevaran del mando. Entonces

recayó el honor de difícil y oneroso cumplimiento de tener el mando del ejército sobre el General Meade. Asumió la responsabilidad de las operaciones, en el momento en que el ejército de Lee ya había cruzado con toda seguridad el Potomac y había avanzado por el norte en una dirección que parecia ser la de Filadelfia. Sus tropas estaban más o menos diseminadas, y parecía que no se había formulado ningún plan de campaña. Los acontecimientos que se verificaron durante las siguientes tres semanas, probablemente constituyen los incidentes mejor conocidos de la guerra. Meade demostró gran energía al levantar su campamento a lo largo del Rappahannock, y dirigir sus columnas por el camino hacia el norte. Afortunadamente el ejército del Potomac tuvo la ventaja esta vez de dirigirse por la línea del interior, de modo que Meade pudo colocar a su ejército en una posición que le permitía proteger a Wáshington por el suroeste, a Baltimore por el este y a Filadelfia por el noreste. Podemos muy bien imaginarnos cual seria la ansiedad del General en Jefe en Wáshington durante las semanas de esa campaña, y durante los tres dias de la gran batalla que se verificó en el territorio del norte y a pocas millas de la capital de ese mismo Norte. Si en ese crítico día, 3 de julio, hubiesen cortado las

líneas federales y se hubiera desorganizado el ejército, nada habría podido impedir que la capital nacional cayera en poder del ejército de Lee. La entrega de Wáshington implicaba la intervención de Francia e Inglaterra; implicaba el fracaso de los esfuerzos que se hacian por salvar la existencia nacional, e implicaba que Lincoln quedaría en la historia como el último Presidente de los Estados Unidos, el presidente bajo cuya administración la historia nacional había terminado.

Pero no consiguieron cortar las lineas Federales. El tercer día de la batalla de Gettysburg demostró claramente que en iguales posiciones y con casi una igualdad de número de combatientes no eran mejores los soldados que peleaban bajo el uniforme gris que los que combatían bajo el uniforme azul. La carga hecha por la división de Pickett hacia la cima del Cemetery Ridge fué el punto culminante o cúspide a que llegó la Confederación. Los soldados de Longstreet no pudieron sobreponerse y ganar la partida a los soldados del segundo cuerpo de Hancock, y cuando el 4 de julio el ejército de Lee formó su línea de retirada hacia el Potomac, dejando detras de ellos miles de muertos y heridos, el sobrio jucio de Lee y así como él sus compañeros le demostró claramente que la causa de la Confederación se había perdido.

El ejército de la Virginia del Norte se había estrellado contra los puntos defendidos por el Norte, y ya Lee no tenía ningunas reservas de que disponer. Durante los muchos meses siguientes Lee que era un excelente jefe de ingenieros, y cuya persistencia vigorosa no se dejaba vencer por ningún descalabro, pudo mantener sus líneas de defensa en Wilderness, en Cold Harbor y en frente de Petersburg, pero según sus brigadas iban desmoronándose bajo los incesantes y persistentes ataques del ejército del Potomac, él debe haber comprendido mucho antes del día de Appomattox que su tarea era irrealizable. Lo que quedó resuelto en Gettysburg por el este se confirmó con mayor énfasis con la rendición de Vicksburg en el oeste. El mismo día, 4 de julio de 1863, en que Lee, derrotado y descorazonado iba llevando su ejército fuera del territorio de Pennsylvania, el General Grant tremolaba el pabellón de las Barras y las Estrellas sobre las fortificaciones de Vicksburg. El río Mississippi ya estaba dominado por los Federales desde sus manantiales hasta su boca, y como esa parte de la Confederación que estaba al oeste del rio ya no podía comunicarse con ese territorio, no podía realizarse ninguna cooperación de importancia entre los ejércitos de Johnston y de Lee.

Lincoln al escribir a Grant después de la caída de Vicksburg, además de felicitarlo, confiesa que él (Lincoln) había puesto en duda la posibilidad o la probabilidad de que tuvieran éxito las operaciones de Grant hacia el sur de Vicksburg, y por el interior hacia Jackson. "Usted tuvo razón," dijo Lincoln, "y yo me equivoqué."

El 19 de noviembre de 1863, Lincoln pronunció su discurso en Gettysburg, que es tan elocuente debido a su propia sencillez. Es probable que ningún orador que consigna la historia haya logrado decir en tan pocas palabras frases tan sentidas, pensamientos tan sugestivos e ideas tan elevadas. Ese discurso es uno que puede ser comprendido por los niños, y tiene que ser admirado por la gente más culta.

Causó desengaño el notar que Meade no hubiere demostrado mayor energia después de Gettysburg, para tratar de perseguir al ejército de Lee, y que al menos no hubiera hecho todo lo posible por impedir que se retirara a través del Potomac. Los críticos militares en realidad han indicado que Meade había cometido algunos errores en la manera en que dirigió las operaciones de esa batalla. Cuando fué rechazada la carga hecha por Pickett, Meade tenía a su disposición a la izquierda y a retaguardia de su centro al sexto cuerpo, que

apenas había tomado parte en la contienda durante los dos dias anteriores, y que contaba para combatir con algún material de guerra de la mejor clase. Se ha dicho más de una vez que si ese cuerpo se hubiese dirigido desde luego para atacar por la retaguardia a las divisiones de Longstreet que se iban retirando, la derecha de Lee hubiera quedado envuelta y al fin hubiese sido derrotada. Si hubiese sucedido ésto el ejército de Lee habría quedado tan maltrecho que sus servicios en lo futuro no hubieran sido de gran importancia. Meade fué considerado como general hábil en la pelea, pero en aquel momento dado se necesitaba un jefe mas enérgico, y así es que a principios de 1864 Lincoln llamó al militar que con su éxito en el oeste se había conquistado la confianza y las esperanzas del Presidente y del pueblo.

Antes de que se hubiera hecho el nombramiento de General en Jefe en favor del General Grant, y que él hubiese venido al este para tomar a su mando los ejércitos en Virginia, había terminado brillantemente una campaña muy dramática, cuyo centro de operaciones fué Chattanooga. En septiembre de 1863, el General Rosecrans, que había ocupado esa ciudad, fué derrotado a unas veinte millas hacia el sur en el campo de Chickamauga, derrota que fué debida a que el jefe federal

tuvo demasiada confianza en sus propias fuerzas, pues al avanzar con rapidez había tenido la mala idea de dividir las grandes divisiones de su ejército, y también debida a la gran habilidad y espíritu emprendedor por parte del jefe confederado, General Bragg. Si las tropas de Rosecrans no hubiesen sido veteranas, y si su ala derecha no hubiese estado bajo el mando directo de un jefe tan pertinaz y valiente y de experiencia como el General Thomas, la derrota hubiese sido completa. De todo modos el ejército se retiró algo desconcertado, pero con sus fuerzas todavía bien organizadas hasta la línea de Chattanooga. Por medio de una hábil operación con sus fuerzas a través de las líneas de comunicación entre Chattanooga y su base de operaciones, el General Bragg casi hizo que estuvieran los Federales a punto de perecer de hambre, y era muy de temerse que debido a que el ejército tenía que retirarse para conseguir víveres, se hubiesen desperdiciado las ventajas que se habían obtenido durante la campaña del dia anterior. Se le dió el mando de las fuerzas en Chattanooga a Grant, quien por medio de su hábil dirección consiguió todos los recursos que estaban a su alcance, y logró dejar libre la navegación del río, de modo que en noviembre en las batallas dramáticas de Lookout

Mountain, que fué dada bajo las órdenes del General Hooker, y de Missionary Ridge, en que las tropas estuvieron bajo el mando directo del General Sherman, arrolló por completo las líneas de Bragg, y obligó a que sus fuerzas se retiraran en más o menos desorden. Fué importante factor en la derrota de Bragg, el haberse retirado de su ejército el cuerpo bajo las órdenes de Longstreet que fué enviado a Knoxville para tratar de conseguir inútilmente la derrota de Burnside y volver a conquistar la parte oriental de Tennessee para la Confederación. Este plan que tenía más bien un fin político, se asegura fué ideado por el Presidente Davis. En aquella época los ejércitos de Occidente se pusieron bajo el mando del General Sherman, y a principios de 1864 se hizo venir a Grant a Virginia, para resolver el enojoso problema de obtener un triunfo decisivo contra los valerosos veteranos del General Lee.

El primer acto militar de Grant como comandante de todos los ejércitos Federales, fué concentrar todas las tropas que tenía a su disposición para atacar a los dos ejércitos principales de la Confederación. Se abandonó el antiguo plan de ocupar territorio cercano, para hacer como que se ejercía una jurisdicción sobre tal parte del país. Si lograba derrotar por completo a Johnston en el

Occidente y a Lee en el Oriente se llegaría a restablecer la autoridad nacional a su debido tiempo, y esa era la única manera en que se podría restablecer. Se reunieron tropas procedentes de Missouri, Arkansas y Luisiana, y fueron puestas bajo el mando de Sherman, con el objeto de lograr al fin dividir las líneas de la Confederación en su mero centro, mientras que en el Este no se descuidó nada por parte de la nueva administración para conseguir que el nuevo jefe de operaciones pudiera contar con todos los recursos en soldados y víveres de que podía disponerse.

Grant entonces se encontró en frente del primer soldado del continente, del jefe que la historia considerará probablemente como el militar más notable, que América haya jamás producido. La carrera militar de Lee es un maravilloso ejemplo de un conjunto de brillantes dotes militares, hábil preparación de planes, prontitud en su manera de obrar, y persistencia continua bajo toda clase de dificultades, y no fué sólo debido a todas esas cualidades que él pudo permanecer durante tres años de fuertes combates, en el territorio de Virginia, que llegó a ser el punto objetivo de la defensa de la Confederación. Su elevado carácter, la suavidad de su trato y su honradez a toda prueba, así como la habilidad de Lee, causaron profunda

impresión no solamente en el gobierno Confederado, sino que le dieron igual influencia sobre todos los soldados de su ejército. Para el ejército de la Virginia del Norte, Lee era el hombre que estaba detrás del cañon, lo mismo que Lincoln lo era con respecto a los soldados del uniforme azul. Jamás ha habido un ejército tan adicto, y probablemente jamás ha habido uno mejor dirigido que el que Lee tuvo a su mando, y con que sostuvo durante tres años las líneas de defensa a través de la Virginia del Norte, y cuyos restos al fin se rindieron en Appomattox.

Grant bien tuvo que preocuparse de tener a un adversario tan temible ante él. Tenía por desgracia (como casi siempre había sucedido con respecto del ejército del Potomac) la desventaja de su posición. Debía hacer su avance desde las líneas exteriores, y casi cada ataque que verificaba tenía que hacerlo contra puntos atrincherados que se habian escogído desde hacia años, y que se habian fortificado más y más cada temporada. Pero por otra parte Grant podía depender de la ayuda leal y decidida de su gobierno, y así podia contar con la gran ventaja de poder disponer de los inmensos recursos del Norte. Luego que sufría pérdidas de soldados, le eran repuestos; sus trenes de víveres nunca quedaban por mucho

tiempo sin estar repletos de ellos, y sus trenes de municiones siempre estaban bien provistos. Lee por otra parte durante el tiempo subsecuente a la batalla de Gettysburg tenía que resolver el siguiente problema, el mismo y el que siempre se repetía: ¿Como podré alimentar a la tropa y de donde podré obtener nuevo acopio de municiones?

Grant y Lincoln llegaron a tener un acuerdo perfecto, tanto en su modo de pensar como en el de obrar. Estos dos hombres tenían un carácter algo parecido (aunque no en sus dotes mentales). Grant llevó a su ejército durante la primavera de 1864 a través de un territorio en que se había combatido con frecuencia, y seguía peleando diariamente, y yendo en dirección hacia el suroeste. Era su propósito siempre atacar por el flanco a la derecha de Lee y de esa manera colocarse entre él y su base de operaciones en Richmond, pero después de cada encuentro el ejército de Lee siempre le cerraba al paso. Al salir de Wilderness, después de un combate que duró siete dias, Grant siempre encontró la línea de uniformes grises que le impedían llegar a Richmond. El ejército del Potomac había estado marchando y peleando sin interrupción durante varias semanas; apenas habían podido dormir los soldados, y a veces los víveres que iban en los trenes estaban a

tan gran distancia que no podían llegar a poder de los combatientes. Los oficiales lo mismo que los soldados estaban agotados. Es verdad que se habían obtenido algunas ventajas en distintos puntos de la línea, y también es verdad que el ejército enemigo estaba sufriendo graves penalidades, pero no había habido ningún resultado brillante que pudiera inspirar a las tropas con la certeza de que iban a obtener el truinfo definitivo de la campaña.

Al salir de Wilderness, la cabeza de la columna llegó al crucero de dos caminos, y de allí hacia la izquierda se podía regresar hacia el Potomac y por la derecha se iba a Richmond o Petersburg. En las campañas anteriores, el ejército dèl Potomac, después de haber peleado con gran tenacidad y de haber sufrido bastantes desengaños, se había visto obligado a retirarse para descansar y recuperar sus fuerzas. Era casi natural suponer que el mismo plan se adoptaría en esta nueva campaña. El camino hacia la derecha implicaba nuevas fatigas y nuevos combates constantes para los soldados que estaban bien agotados. En la brigada que iba al frente estaba el único jefe de brigada, quien con su ayudante tenía conocimiento de las instrucciones de la línea de marcha. Cuando con un movimiento de la mano del ayudante, el que

llevaba el guindón de la brigada se fué hacia la derecha y la cabeza de la columna se dirigió hacia Richmond, prorrumpieron los soldados que marchaban detrás del guindón con estrepitosos gritos. No eran gritos de desesperación sino de entusiasmo, pues aunque habían estado en una campaña que casi había agotado sus fuerzas, los soldados comprendían que era preferible acabar por una vez y terminar la contienda. Como viejos veteranos bien podian comprender el verdadero plan de campaña y también comprendían que sus valerosos enemigos estaban tan agotados como ellos, y aun puede ser más. Era únicamente amartillando al ejército de Lee, que poco a poco él iría perdiendo las fuerzas, y acabando con él la guerra podría terminarse. Los gritos entusiastas de satisfacción que se oyeron a lo largo de las columnas que se extendían por unas veinte millas, cuando circuló la noticia de brigada en brigada de que el ejército no se iba a retirar, pero que como Grant en su parte oficial dirigido a Lincoln dijo: "Vamos a pelear a lo largo de esta línea, aunque sea durante todo el verano." Cuando Lincoln recibió este parte oficial comprendió que estaba justificado su nombramiento de Grant como Teniente General y dijo: "Necesitamos a este hombre, pues él pelea."

En julio de 1864 la ciudad de Wáshington estuvo otra vez casi a merced, si no de un invasor, al menos de un asaltante. Las fuerzas Federales se habían concentrado a lo largo de las líneas de Grant en el rio James, y el General Jubal Early, uno de los jefes más enérgicos del ejército sureño, al notar que aparentemente estaba indefensa la capital, cruzó con sus fuerzas a través del Potomac para verificar un asalto que se hizo famoso. Es probable que este plan, como sucedió con respecto a otros movimientos militares emprendidos por los jefes sureños, tenía un fin más bien político que militar. La fuerza de Early que consistía de unos quince mil a unos diez y seis mil hombres no era suficiente numerosa por supuesto para considerarse como ejército invasor. Lo más que podia esperar era que al lograr entrar por entre las defensas de Wáshington, tendría en su poder a la capital por un dia o cuando más por unas pocas horas, La toma de Wáshington en 1864, como en 1863, como en 1862, hubiese probablemente dado por resultado la intervención de Francia e Inglaterra, que por tanto tiempo se había esperado. El General Lew Wallace, cuyo nombre se hizo notable algunos años después de la guerra por sus interesantes novelas *Ben Hur* y *The Fair God,* y que tenía a su mando una divi-

sión que estaba acantonada al oeste de Wáshington, y que comprendía parte de soldados leales de Maryland y parte de soldados convalecientes que iban a ser enviados nuevamente al frente, se retiró al notar el avance de Early hasta el arroyo Monocacy. Colocó su línea de batalla, bien débil por cierto, con suma habilidad entre los arbustos del lado oriental del arroyo, de modo que causara la impresión a los exploradores del enemigo de que era una fuerza de bastante consideración. Así se impidió el avance de Early por algunas horas, hasta que él comprendió que no tenía una fuerza crecida ante él, y entonces la división de Wallace fué desde luego derrotada y dispersada. Sin embargo las pocas horas que así se habían ahorrado fueron de suma importancia para la seguridad de Wáshington. Early llegó a las líneas exteriores de las fortificaciones de la capital un poco antes de las caída del sol. Debía resolver el problema inmediato de descubrir si las tropas que como él bien sabía habían sido enviadas precipitadamente del ejército del James, habían llegado a Wáshington, o si la capital todavía estaba sólo bajo la protección de la llamada guardia nacional o reserva de veteranos. Esta reserva consistía de hombres que estaban más o menos heridos, que no podían combatir en los campos de batalla, pero que toda-

vía podian servir de algo en las fortificaciones. Ascendían a unos seis mil hombres y estaban bajo las órdenes del Coronel Wisewell. A esta fuerza se incorporaron durante la noche todos los enfermeros de los hospitales (que también eran convalecientes) que podían portar armas. Esa noche las enfermeras que habían tenido que prestar sus servicios durante todo el día, tuvieron que seguir prestándolos por la noche. Lincoln durante esa misma tarde había estado en las fortificaciones vislumbrando el polvo que arrojaban las fuerzas de los Confederados. Nuevamente sobrevino al Presidente que tenía en sus manos la responsabilidad de la dirección de la guerra, la tristeza y la ansiedad, si no de un probable descalabro, al menos de un fuerte desagrado inmediato. Él bien sabía que dentro de unas veinte y cuatro o treinta y seis horas a lo sumo, Wáshington contaría con las tropas del ejército de Grant que se habían mandado con precipitación, pero también comprendía el gran mal que causaría la ocupación aun momentánea de la capital nacional por las tropas de los Confederados. Yo tuve un interés personal en esta faz de la campaña. El cuerpo de ejército, el 19, a que pertenecía mi regimiento, había sido llevado desde Luisiana a Virginia y había sido desembarcado en el rio James para

fortalecer las líneas del General Buckner. No se había tenido la oportunidad de fijar nuestros puestos en las trincheras, y en realidad todavía no se nos había asignado ninguna posición estratégica. Así es que estabamos más bien listos para marchar que cualquiera otra fuerza de que se podía disponer, y por lo tanto fueron las divisiones del cuerpo 19 del ejército que se escogieron para ser enviadas con toda precipitación hacia Wáshington. A ellas se les agregaron dos divisiones del 6° cuerpo.

El Coronel Wisewell, que estaba al mando defendiendo a la ciudad, comprendió cual era el problema que tenía que resolver. Tenía que defender la ciudad de Wáshington, costara lo que costara, hasta que llegaran las tropas enviadas por Grant. Tomó la resolución decidida de colocar en su línea de exploradores de esa noche a todos los hombres que pudo reunir, o al menos a todos los hombres fieles al gobierno (pues había bastantes hombres en Wáshington que estaban esperando y deseando que truinfaran los del Sur). Las instrucciones que generalmente se dan a los exploradores, fueron enteramente distintas en este caso. Se ordenó a los soldados que en lugar de ocultar sus posiciones y de mantenerse en perfecta quietud, se movieran de un punto a otro a lo largo de la

línea y también que no trataran de economizar las municiones, y más bien tiraran con sus carabinas bajo cualquier pretexto, y aun sin tal pretexto. Las fábricas de armas estaban principiando a enviar al frente carabinas de repetición de Sharp. La invención de los rifles de retocarga se llevó a efecto demasiado tarde para que pudiera servir a la infantería de ambos lados. Pero durante el último año de la guerra hubo algunas brigadas de caballería que estaban armadas con carabinas de retocarga de Sharp. El arma de la infantería que emplearon durante la guerra, tanto los ejércitos del Norte como los del Sur, era el rifle que se cargaba por el cañón, y que llevaba el nombre en nuestras fuerzas de Springfield y en las de los Confederados de Enfield. La mayor parte de los rifles del Norte eran fabricados en Springfield, Massachusetts, mientras que los rifles del Sur, que como regla general eran importados de Inglaterra, llevaban el nombre de la fábrica inglesa. Era muy conveniente para ambos ejércitos el que los dos rifles fueran casi idénticos, porque así las armas y las municiones que se capturaban podían cambiarse sin la menor dificultad. Las avanzadas de Early recibieron muy temprano instrucciones de "tantear" las avanzadas de los Federales, lo que dió por resultado que hubíera repetidas des-

11

cargas por parte de los soldados de Wisewell. Entonces Early recibió la noticia de que esta vanguardia debía consistir de unos seis mil hombres, y eso hizo creer al viejo jefe Confederado que las tropas del ejército del Potomac ya habían llegado a la ciudad. Si esto era cierto, por supuesto ya no podía tener la oportunidad al dia siguiente de penetrar por la línea de fortificaciones y al mismo tiempo corría grandísimo riesgo de que le cortaran su retirada hacia el valle de Shenandoah. Así es que al amanecer Early, muy contrariado, se replegó con sus soldados hasta Falling Waters.

Durante el siguiente invierno yo tuve la oportunidad, mientras que estaba preso en Danville, de hablar con un teniente confederado que había formado parte del Estado Mayor de Early, y que había perdido un brazo en esta pequeña campaña. Me dijo que cuando Early, al retirarse y cruzar el Potomac, supo que había tenido casi en sus manos a la ciudad de Wáshington, y que las divisiones que iban a socorrerla no habían podido llegar sino unas veinte y cuatro horas después, se enfureció Early más que nunca. "Y cuando Early se enojaba," agregó el teniente, "era como si cayeran rayos y truenos."

## VIII

### LA ÚLTIMA CAMPAÑA

DESPUÉS de haberse salvado la situación tan milagrosamente, bien comprendió Grant, y así también lo comprendió Lincoln, que aunque se concentraran fuerzas ante Petersburg, debía impedirse de todos modos que se verificara la entrada de los invasores Confederados por el valle del Shenandoah. Se dió el mando del ejército del Shenandoah al General Sheridan, y el cuerpo 19°, en lugar de regresar de las trincheras del río James, salió de Wáshington hacia Martinsburg y Winchester.

Durante el mes de septiembre el jefe que mandaba las fuerzas en Wáshington tuvo la satisfacción de saber que su antiguo antagonista Early había sido "arrojado con rapidez por Winchester," debido al tremendo ataque de Sheridan.

Lincoln comprendió que era posible que Early no se contentara con su derrota, y que pudiera emplear, como lo habían hecho ya antes con fre-

cuencia los jefes Confederados en el valle, de la línea corta para conseguir refuerzos y atacar nuevamente a los Federales. Por eso el 29 de septiembre, veinte días antes de que el ataque se verificara, Lincoln escribió a Grant. "Puede ser que Lee esté tratando de mandar refuerzos a Early, por lo tanto se debe tener sumo cuidado y vigilar el movimiento de las tropas hacia el Oeste." Por fin el 19 de octubre el antiguo batallador Early, que no queria confesar que había sido derrotado, creyendo que iba a enfrentarse en esos momentos con un ejército que no tenía la ventaja de estar bajo el mando de un jefe como era Sheridan, verificó su asalto en Cedar Creek con sumo valor y al principio con buen éxito. La llegada de Sheridan en el momento crítico de la tarde del 19 de octubre no fué lo que impidió, como a veces se ha dicho, la retirada de un ejército desmoralizado. Es verdad que Sheridan encontró que su ejército se había replegado un poco, siempre retirándose algo de sus antiguas posiciones, pero seguía dominando una línea bien defendida que cruzaba el camino por donde se había contrarrestado el último ataque verificado por Early. Fué Sheridan en verdad quien resolvió que la batalla que se había perdido no solamente podía ganarse nuevamente, sino que eso se podía verifi-

car inmediatamente ese mismo dia, y fué Sheridan quien a la cabeza de sus tropas en las cortas horas de esa tarde de octubre avanzó con ellas hacia su posición original, de donde pudieron arrojar antes de que anochecera los soldados ya fatigados de Early a través y hacia el sur del Cedar Creek. Lincoln había descubierto otro hombre que sabía combatir; y ya había principiado a encomendar el mando a jefes, que en lugar de tener que ser reemplazados, iban obteniendo en cada campaña mayor experiencia y demostrando mayor capacidad.

Hacia el otoño de 1864 también se recibieron noticias de un general que estaba combatiendo en el Oeste. Sherman había llevado a su ejército después de su victoria en Chattanooga, avanzando por una larga extensión de territorio hasta llegar a Atlanta, y por medio de sus movimientos había logrado envolver a Joe Johnston, el Fabio de la Confederación, y cuando Johnston fué reemplazado por el temerario Hood, había logrado impedir que se organizara el ejército de Georgia debido a la precipitación con que obró Hood. La toma de Atlanta en septiembre de 1864 hizo concebir a Lincoln en Wáshington y a todos los patriotas del Norte la certidumbre de que pronto terminaría el poderío de la Confederación.

La segunda invasión de Tennessee verificada por el ejército de Hood, que dió lugar a que Sherman pudiera efectuar su marcha hacia el mar, pareció que por entonces iba a dar al traste con el dominio que se había adquirido de la región tan importante, cuyo centro era Nashville, pero la marcha de Hood no puede considerarse más que atrevida y en realidad fué fútil, pues él no tenía ninguna base de apoyo. Al avanzar combatió con gran entusiasmo en la batalla de Franklin y logró rechazar la retaguardia del ejército de Thomas, que iba bajo el hábil mando del General Schofield, pero quedaron tan desechas las tropas de los Confederados, que cuando se situaron en frente de Nashville ya no tenían la fuerza suficiente para que el sitio de Nashville, fuese de temerse aunque él amenzara verificarlo. Thomas sólo tuvo que esperar hasta que terminara todos sus preparativos, y entonces en el mismo dia en que Sherman entraba en Savannah, Thomas, digamoslo así, "acorraló" al ejército de Hood. Después del combate en Nashville, ya no quedaron de las tropas Confederadas, más que unas cuantas divisiones diseminadas.

Fué poco antes de que se recibiera la noticia del triunfo en Nashville que Lincoln encontró el tiempo necesario para escribir una carta a Mrs.

Bixby, cuyo nombre figura en la historia para demostrar la cortés simpatía del gran patricio:

"He visto en los archivos del Departamento de la Guerra un informe del Ayudante General de Massachusetts, por el cual noto que es usted la madre de cinco hijos que han muerto cubiertos de gloria en el campo de batalla. Comprendo cuan fútiles y débiles serán las frases que le dedique a usted, para tratar de aminorar el sentimiento de una pérdida tan tremenda, pero no puedo menos de demostrar a usted, si eso puede consolarla en algo, el agradecimiento de la República por los que sacrificaron sus vidas. Elevo mis preces al Ser Supremo para que consuele a usted de la pérdida que ha sufrido, y espero que sólo conserve usted la querida memoria de los que tanto amó y ha perdido, y el orgullo que debe usted tener por el grandísimo sacrificio que ha colocado como ofrenda ante el altar de la libertad."

Durante el mes de marzo de 1864 Lincoln escribió a Grant: "Nueva York ha votado que se conceda el derecho del sufragio a los soldados, Dígaselo a los soldados." La determinación de Nueva York con respecto a los votos de los soldados que debían darse en los campamentos para la próxima elección presidencial, fué la misma que fué adoptada por todos los Estados. El plan propuesto ofrecía algunas dificultades, y con

motivo de la necesidad de emplear comisionados especiales, ocasionó también fuertes gastos, pero de todos modos era de desearse bajo todos conceptos, que los hombres que estaban arriesgando su vida en defensa de la nación tuvieran la oportunidad de tomar parte y de contribuir a escoger el jefe de esa nación, el que el virtud de la Constitución era el General en Jefe de todos los ejércitos que combatían. Los votos de unos cuatrocientos mil hombres constituyeron también un factor importante en esa elección. No estoy seguro si alguna vez se trató de separar y clasificar los votos de los soldados, pero es probable que, aunque el candidato Democrático era McClellan, militar que se había granjeado el cariño de los soldados que tuvo a sus órdenes, y que su opositor fué un hombre civil, la mayoría de los votos de los soldados fué dada a favor de Lincoln.

El Secretario Chase había tenido la mala costumbre de decir con mucho énfasis que era indispensable en el Gabinete y que tenía la intencion de renunciar su cargo, y aun insistía en presentar su renuncia, siempre que sus indicaciones o argumentos encontraban fuerte oposición. Estas amenazas habían sido recibidas con suma paciencia, hasta que pareció que ya no era posible obrar con esa paciencia; y al fin cuando, en mayo de 1864

él presentó nuevamente su renuncia, debido a alguna crítica u oposición a sus ideas, bien se sorprendió Chase al ver que se le aceptaba la renuncia.

El Secretario había estado preparando durante varios meses con suma actividad distintos planes con el objeto de que lo postularan como candidato del partido Republicano para la campaña presidencial de 1864. Se le habían presentado pruebas a Lincoln de tiempo en tiempo durante el año anterior acerca del antagonismo de Chase, y de sus esperanzas de obtener la jefatura de su partido. Indudablemente la oposición de Chase a algunas de las medidas propuestas por Lincoln tenía cierta razón de ser. Él parecía convencido de que Lincoln no poseía la entereza y las cualidades que eran indispensables para poder terminar la guerra. También se convenció de que él, Chase, era el que debía ser el hombre de la situación, y probablemente el único hombre que pudiera llevar a efecto la difícil tarea. El señor Chase poseía la confianza de los grupos extremistas del partido opuesto a la esclavitud por todo el país. Había dirijido el Departamento del Tesoro con habilidad y acierto, pero las crecientes dificultades que habían surgido para que fueran cordiales las relaciones del Tesoro con los demás miembros de la

administración, dió lugar a que se aceptara su renuncia con beneplácito. Lincoln comprendió al fin que podía conseguirse otro hombre que prestara mejores servicios, aunque no poseyera sus cualidades, y cuyo temperamento fuera tal que permitiera su cooperación cordial con los demás. La aceptación inesperada de la renuncia motivó el desagrado, no solamente de Chase, sino de los amigos de Chase, quienes se vengaron criticando acerbamente al Presidente. A pesar de esas críticas y esas acusaciones, no dejó Lincoln de seguir apreciando las cualidades y el patriotismo de ese ciudadano, a quien hacia fines del año Lincoln nombró como Presidente de la Suprema Corte. Chase que no podía apreciar la falta de encono por parte de Lincoln y su carácter justiciero, probablemente se sorprendió más de su nombramiento como Presidente de la Suprema Corte que de la aceptación de su renuncia como Secretario del Tesoro.

En julio de 1864 se suscitó una nueva amenza de complicaciones internacionales, debido a la invasion de México, por un ejército francés a las órdenes de Bazaine, quien siete años después iba a ser conocido como el héroe (más o menos) de Metz. Luís Napoleón no había querido desechar su sueño de un imperio francés, o de un imperio

establecido bajo la influencia fancesa, en el hemisferio occidental. Abrigaba las esperanzas, si es que no tenía la convicción, de que los Estados Unidos no podrían mantener su existencia; y estaba seguro de que si la Confederación sureña se llegara a consolidar con la cooperación amistosa de Francia, no se le molestaría para impedirle llevar a efecto sus propios planes en México. Había inducido a un Príncipe, Maximiliano, hermano del Emperador de Austria, que tenía miras elevadas pero no gran capacidad, a que aceptara un trono en México que sería establecido por medio de las bayonetas francesas, y el cual, como el resultado lo demostró, sólo podría sostenerse con la ayuda de tales bayonetas. La presencia de tropas francesas en suelo americano provocó nueva ansiedad a la administración, pero se comprendió que nada podía hacerse por el momento, y Lincoln y sus consejeros abrigaron la esperanza de que los mexicanos pudieran mantener algún gobierno nacional antes de que los invasores tomaran posesión de su capital, hasta que cuando se verificara el triunfo en nuestra propia guerra, los Estados Unidos pudieran ayudar a defenderse a la República hermana.

El grupo extremista del partido Republicano que se oponía a la esclavitud no había quedado

enteramente satisfecho, como ya digimos, de la falta de energía de la política adversa a la esclavitud por parte de la administración. El señor Chase siempre tuvo la esperanza, antes de que fuera adoptada la resolución respectiva por la Convención en julio, de que por medio de su influencia conseguiría que lo posturaran como presidente: Lincoln dijo al tratarse de esta candidatura: "Si Chase llega a ser Presidente está muy bien, y espero que nunca tendremos un hombre peor." Por parte de los más conservadores del partido Republicano se sugería la postulación del General Grant, y ese plan dió lugar a que Lincoln dijera: "Si Grant toma a Richmond, por supuesto que debe ser el agraciado." Sin embargo, cuando los delegados se reunieron en Baltimore, se notó palpablemente que como representaban las conviccióness hondas y muy fundadas del pueblo, el único candidato que podía ser postulado era Lincoln, y su postulación fué, digamoslo así, por unanimidad de votos.

La elección verificada en noviembre comprobó el hecho que aun en medio de la guerra civil, un gobierno popular puede soportar la responsabilidad de una elección nacional. Las grandes mayorías populares que en casi todos los Estados que votaron obtuvo Lincoln, demostraron no solamente

que reconocían los servicios que habían prestado, tanto él personalmente como su gobierno sino también que se sostendría la causa nacional con empeño y que se mantendría con todos los recursos del país. La elección presidencial de ese año dió el golpe de gracia a las esperanzas de la Confederación.

Yo tuve también una parte insignificante en esa elección, aunque no tuvo ningún efecto sobre la votación definitiva y el cómputo de los votos, pero que demostró de una manera típica el espiritu del ejército. Estaba yo en la prisión Libby el 6 de noviembre de 1864, pues había caido prisionero en la batalla de Cedar Creek en octubre. Quedó resuelto que se verificase una elección presidencial en la cárcel, aunque algunos de nosotros estabamos algo dudosos acerca de si esa determinación era prudente y adecuada, y muy ansiosos de saber cual sería el resultado. El canje de prisioneros se había retardado durante cerca de un año, debido a la negativa por parte del Sur de canjear los soldados negros, o los oficiales blancos que mandaban en los regimientos negros. Lincoln tenía la opinión, y muy bien fundada por cierto, de que todos los soldados de la nación debían ser tratados de la misma manera y protegidos bajo el mismo sistema. A menos que se incluyeran las

tropas negras en el canje, "no podrá verificarse," decía Lincoln, "ningún canje de prisioneros." Esta resolución, aunque era justa, equitativa y necesaria, por supuesto dió lugar a que muchos de los que estaban presos y sus amigos en sus respectivos Estados se mostraran disatisfechos. Cuando llegué a Libby en octubre, me encontré con que había soldados que habían estado presos durante cinco o siete meses y los cuales (si llegasen a vivir hasta que se les diera la libertad) tendrían que permanecer allí unos cinco meses más. Las enfermedades y la mortalidad en las prisiones de Libby y Danville en Virginia fueron muy fuertes durante el invierno de 1864 a 1865. Fué en realidad un acto de barbarie y brutalidad por parte de las autoridades Confederadas de tener encarcelados a los presos en Richmond durante el último invierno de la guerra. No era fácil conseguir que se enviaran víveres para el ejército de Lee por las dos vías de comunicación que existían, pues una de ellas con mucha frecuencia era cortada por nuestras tropas. Era difícil traer de los almacenes que estaban más al sur, además de los víveres que se necesitaban para el ejército, los alimentos indispensables para los habitantes de la ciudad. Era inevitable que, bajo esas circunstancias, se descuidaran de los prisioneros y que además de los

fallecimientos debido al frio (pues también las frazadas, los abrigos y los zapatos de los prisioneros se habían utilizado para las tropas rebeldes, a quienes les hacían falta tales artículos) también hubo muchos fallecimientos debidos al hambre.

Era pues natural que bajo tales circunstancias los prisioneros, no solamente tuvieran fundadas quejas contra las autoridades de la prisión, sino que también estuvieran descontentos con su propio gobierno. En realidad debe sorprenderle a uno que hombres hambrientos y que están muriéndose pudieran todavía abrigar sentimientos de lealtad hacia el gobierno. Cuando se hizo el cómputo de la elección para presidente, notamos que habíamos elegido a Lincoln por un número de votos que era tres contra uno. Los soldados consideraban que era Lincoln el hombre que estaba detrás de los cañones. Por supuesto que esos votos dados en las prisiones no llegaron a las ánforas electorales, y mi voto particular de todos modos no hubiera sido considerado legal, puesto que entonces yo contaba sólo veinte años de edad. Puedo decir, sin embargo, que este voto de los prisioneros fué típico e importante, y no dudo que se tomó en consideración cuando el informe de la votación fué después recibido en Wáshington.

Durante el mes de diciembre de 1864 hubo una de las crisis demasiado frecuentes, motivada por alguno de los miembros del gabinete. Se ejerció presión sobre Lincoln, a fin de que eliminara a Seward, pero Lincoln demostró con su contestación que él era el que dirigía y manejaba la administración pública, y así es que al miembro del gabinete que en su propio nombre y en el de sus compañeros le elevó la protesta contra Seward, él le dijo: "Tengo la intención de ser el único que pueda resolver acerca de la renuncia o nombramiento de los miembros del Gabinete." Lincoln hubiese conseguido más de una vez que existiera la armonía en el Gabinete, y que obraran más de acuerdo entre sí para dirigir los asuntos administrativos, si él hubiese querido reemplazar a los hombres típicos e idiosincráticos que trabajaban con él al frente de la administración pública, por hombres de menor talla, que hubiesen sido competentes para llevar a cabo sólo las responsabilidades rutinarias de sus cargos. La dificultad de conseguir que hubiera armonía de opiniones o que trabajaran de común acuerdo, hombres que tenían temperamentos tan distintos como Chase, Stanton, Blair y Seward, y que también diferian grandemente en sus ideas y sus convicciones honradas acerca de la política que debía seguirse en los

asuntos nacionales, fué cosa que diariamente aumentaba el peso de su responsabilidad y le causaba suma ansiedad. Pero a pesar de eso, Lincoln insistió en que era de suma importancia para llevar a efecto la contienda nacional, que hubiera en el Gabinete diversos representantes de las distintas secciones leales del país y de diversas opiniones políticas. Tenían derecho de expresar su opinión los extremistas que se oponían a la esclavitud, aunque Chase, que era el que hablaba en favor de ellos era falto de moderación, enconado, injusto y mordaz. Los Estados fronterizos también tenían el derecho de estar representados, y era muy indispensable que ellos comprendieran que tenían parte en el gobierno guerrero, aunque su portavoz Blair a veces fuera, como sucedía con frecuencia, poco capaz para comprender y menos simpatizar con el verdadero espíritu nacional del Norte. Podía ser Stanton rudo y aún brutal, pero era muy dedicado al trabajo, sabía como debía organizarse el servicio público y era leal a toda prueba. Seward, que era estadista y hombre culto, había demostrado a veces deseos de provocar innecesariamente a Europa, y también con frecuencia resolvía con poco acierto las medidas referentes a los Estados conservadores de la frontera por una parte, y de

los abolicionistas de la Nueva Inglaterra por otra parte; pero Seward era patriota, y también era el hombre culto que no solamente representaba a Nueva York, sino también a los más elevados sentimientos de los Republicanos del partido Whig de todo el Norte, y por lo tanto no podía desecharse a Seward. Difícil sería encontrar un caso en la historia de un gobierno que se hubiese compuesto de elementos tan disímbolos, que debido a la paciencia, al tacto y al genio de un sólo hombre hubieran trabajado con tantísimo acierto.

Durante el mes de febrero de 1865 Lincoln, obsequiando las indicaciones que le hicieron por parte del Sur para que se tratara de arreglar la paz, convino en tener una entrevista con Alexander H. Stephens y dos comisionados más, para tratar de ver si se podía arreglar y poner fin a la guerra. Se verificó esa reunión en un buque de guerra en el río James.

Es probable, según se desprende de los acontecimientos que ocurrieron después, que Stephens se convenció de que la Confederación no podría conseguir su independencia, y que lo único que se debía hacer era obtener las condiciones más favorables para la rendición. Pero por otra parte, Jefferson Davis todavía no estaba de acuerdo en que se hiciera ningún arreglo, a menos que se

reconociera la independencia de la Confederación, y Stephens solamente podía obrar de acuerdo con las instrucciones que recibía de Richmond. Opinaba Lincoln que el gobierno de los Estados Unidos no podía entrar en negociaciones con los rebeldes (o, si se desecha la palabra "rebeldes," digamos con sus propios ciudadanos) que estuvieran con armas en la mano. "El primer paso que se debe dar para entrar en negociaciones debe ser," decía Lincoln, "el que depongan las armas. No hay ningún antecedente en la historia de un gobierno que haya entrado en negociaciones con sus propios ciudadanos que estén con las armas en la mano."

"Pero existe un antecedente, señor Lincoln," dijo Stephens. "El Rey Carlos de Inglaterra entró en tratos con los partidarios de Cromwell."

"Si," dijo Lincoln, "creo que así fué. Dejo que discuta los detalles históricos el señor Seward que es muy erúdito. Pero lo que si recuerdo, es que eso le costó la cabeza al Rey Carlos."

Muy pronto se comprendió que no existía ninguna base para las negociaciones, y Stephens y sus compañeros tuvieron que regresar a Richmond muy contrariados. Durante ese mismo mes ambas Cámaras del Congreso aprobaron la Emmienda Décima Tercera, que prohibe la esclavitud por todo el dominio de los Estados Unidos. Hacia

fines de 1865 esta enmienda quedó aprobada por treinta y tres Estados. Es probable que entre esos treinta y tres hubo varios Estados, cuyos nombres apenas eran conocidos por los más viejos ciudadanos del Sur, por los hombres que habían aceptado la responsabilidad de haberse rebelado. El modo de pensar de esos antiguos sureños sobre todo con respecto a los recursos de la parte noroeste del país, me la hizo recordar algunos años después de la guerra un incidente referido por el General Sherman en un banquete dado por la Sociedad de Nueva Inglaterra. Sherman, durante su marcha que verificó por Georgia, estaba una vez a medio día a la cabeza de la columna de sus tropas, pasando debajo de los balcones de una casa de buena apariencia perteneciente a un hacendado. Se quedó descansando en uno de los corredores altos, con uno o dos de su estado mayor, y fué recibido por el viejo dueño con la cortesía que acostumbra un caballero sureño, al hacer los honores de su casa, aun con respecto a un invasor. El general y el dueño de la casa estaban sentados en el corredor, y veían pasar las tropas debajo de ellos y discutían como era inevitable, debido a las circunstancias existentes, las causas de la guerra.

"General," dijo el hacendado, "¿qué tropas son las que están pasando por debajo de nosotros?"

El general se acercó a los balcones, y dijo a los porta estandartes: "Muchachos muestren su pabellón," y luego que principió a ondear el pabellón, le dijo al dueño, "El 30 de Wisconsin."

"¿Wisconsin?" dijo el hacendado, "¿Wisconsin? en donde está Wisconsin?" "Es uno de los Estados del noroeste," dijo Sherman.

"Cuando yo estudiaba geografía," dijo el hacendado, "yo solamente sabía que Wisconsin era el nombre de una tribu de indios. ¿Cuantos soldados hay en un regimiento?"

"Había como mil cuando salieron del Estado," dijo Sherman.

"Quiere usted decirme," dijo el hacendado, "que hay un Estado llamado Wisconsin, que ha enviado treinta mil hombres al ejército?"

"Oh! probablemente cuarenta mil," contestó Sherman.

Cuando pasaba el siguiente batallón, se repetían las preguntas y las respuestas. El pabellón era el de un regimiento de Minnesota, digamos el 32. El viejo hacendado jamás había oido hablar de ese Estado.

"Dios mío," dijo él cuando hubo hecho cálculos sobre los miles de hombres que habían ingresado al ejército, de esos territorios llamados indios, para sostener la existencia de la nación. "Si

nosotros los del Sur hubieramos sabido que ustedes habían convertido esos territorios indios en grandes Estados, no hubieramos declarado la guerra.'' Este incidente da a conocer lo que pensaban los hombres del Sur, aun los más cultos, cuando se inició la guerra. Por supuesto que habrían podido saber con datos estadísticos a la mano, que se habían establecido algunos grandes Estados en el Oeste que representaban una población de millones, los que podian enviar al campo de batalla millares de soldados. Podían haber comprendido que esos grandes Estados del Oeste estaban sumamente interesados en que fuera el tráfico libre por todo Mississippi desde sus manantiales hasta el Golfo de México. Podrían haber sabido que esos Estados, que fueron colonizados en gran parte por gente procedente de la Nueva Inglaterra, tenían ideas enteramente opuestas a la esclavitud. Estos datos los tenían a su alcance, pero no se habían cerciorado bien de ellos. Creían que en la contienda que surgía, no tendrían que haberselas más que con los Estados de Nueva Inglaterra y con los del Centro, y consideraron que ellos tenían fuerzas suficiente para defenderse bien contra este grupo de contrincantes. Y esa opinión estaba bien fundada, pues nunca pudo haber sido vencido el Sur, ni se pudo haber mantenido la

existencia de la nación, si no hubiese sido contando con la cooperación de los abundantisimos recursos de hombres y de riqueza nacional, con que los Estados del Noroeste contribuyeron en favor de la causa nacional. En 1880 al dirigir la palabra a unos dos mil alumnos de la Universidad de Minnesota, les referí lo que había dicho el viejo hacendado que mencioné. Los alumnos de esta magnífica universidad, que está establecida en una bella ciudad de doscientos cincuenta mil habitantes, apenas podían comprender, y aun prorrumpian en carcajadas, al recordar la ignorancia del viejo hacendado acerca de las relaciones que el Sur pudo haber tenido antes de la guerra con los nuevos distritos libres del Noroeste.

Con la toma del Fuerte Fisher y la captura de Wilmington, que acaecieron en febrero de 1865, se completó la destrucción del poderío de la Confederación en las costas. Los sureños y sus amigos en la Gran Bretaña y las Bahamas (partidarios cuyas simpatías por la causa aumentaba mucho, debido a la oportunidad que tenían de sacar pingües ganancias por medio de sus relaciones amistosas) habían demostrado durante los años de la guerra mucha destreza, valor y persistencia en su sistema de tratar de evitar el bloqueo de sus puertos. Los puertos de las Indias Occidenta-

les Británicas, estaban muy cercanos, y sobre todo durante los meses tempestuosos del invierno, casi era imposible establecer una barrera para mantener el bloqueo a lo largo de una línea de la costa que se extendía por más de dos mil millas.

Las ganancias que se obtenían en un solo viaje con el algodón que se sacaba y las mercancías que se traían eran suficiente para compensar por la pérdida del buque y de su cargamento en tres viajes desastrosos. Los buques que evitaban el bloqueo, tanto sureños como ingleses, corrían el peligro de perder las vidas de sus tripulantes, y en realidad verdaderamente ganaban bien lo que sacaban de sus expediciones. Yo tuve la oportunidad de comprender muy pronto el resultado de la caída del Fuerte Fisher y de la clausura final de la última entrada marítima para las mercancias inglesas. Me encontraba yo entonces en la cárcel de Danville, Virginia; y era uno de los pocos hombres que estaban en la cárcel (seriamos como una docena), que habían tenido la fortuna de guardar su cepillo de dientes. Llevabamos nuestro cepillo de dientes atado de los ojales de nuestros sacos, probablemente tanto para enseñarlo, como para impedir que nos lo robasen. Mucho me asombró oir a un teniente de la guerdia de la prisión hacerme la oferta de la suma de

trescientos pesos por mi cepillo de dientes. Los pesos o dólares a que se referia eran por supuesto pesos confederados, y sin duda yo apenas podía saber por los datos que llegaban a nuestros oidos cuanto había bajado el valor de la moneda confederada. De todos modos la oferta implicaba un precio bastante subido por un cepillo de dientes, que había sido usado durante algunos meses. Entonces se supo, debido a una indicación que hizo el teniente, que ya no pòdían llegar al territorio confederado ningunos cepillos ingleses de dientes, y aquellos de nosotros que habiamos estado calculando lo que podia suceder, a lo largo de la costa, consideramos que el Fuerte Fisher ya debía haber sido tomado.

Durante ese mismo mes de febrero, en que acaecieron tantos acontecimientos notables de los últimos dias de la guerra, Charleston fué evacuado, cuando el ejército de Sherman al verificar su marcha hacia el Norte se aproximó por atrás de la ciudad. No sé si los habitantes antiguos de Charleston no se apenaron más al notar que Sherman no parecía hacer mucho caso de esta ciudad belicosa, de donde se había tirado el primer cañonazo que inició la guerra, que si la hubiera ocupado primeramente con energía. Sherman tenía otros asuntos más importantes que resolver,

que los que se relacionaban con estos hombres belicosos que habían tomado parte en los albores de la guerra; él se dirigia hacia el norte, persiguiendo tenazmente a Johnston, para impedir que por acaso se reunieran las tropas de Johnston con el ejército de Lee, que se suponía estaba retirándose de Virginia.

Llegó el 4 de marzo en que se verificó la segunda inauguración presidencial, cuando Lincoln pronunció una alocución con frases que parecian las de un profeta hebreo. Parecia presentir que las nubes tempestuosas de la guerra iban a desaparecer, pero parece siempre como medio agobiado por el peso de las responsabilidades que surgían debido a la contienda civil. Habla enfáticamente de la tarea tan importancia de poner término a las enemistades cuando se concluyan las operaciones militares. Indica que esas responsabilidades las debe soportar el Norte lo mismo que el Sur, y aconseja a los que bajo su jefatura van a poner término y conseguir el triunfo definitivo, que demuestren cariño y presten ayuda a sus hermanos que ellos habrán vencido. La alocución es probablemente una de las que más han impresionado a los que oyeron al jefe de la nación, y tiene los rasgos característicos de la amplitud de miras y de la bondad del orador. Solo citaré el último parrafo de ella:

"Si supusieramos que la esclavitud es uno de los delitos que Dios en su infinita bondad ha decretado que exista y que ha continuado durante el tiempo que él lo permitió, ahora ha llegado el momento en que ha decretado que desaparezca, y ya que él ha permitido que se verifique esta terrible guerra entre el Norte y el Sur, causando males a los que cometieron el delito, no por eso debemos considerar que eso es ageno a esos atributos divinos que siempre le atribuyen los que creen en la existencia del Ser Supremo. Esperamos con todos nuestros mayores deseos, elevemos nuestras oraciones más fervientes, para que este terrible mal de la guerra desaparezca cuanto antes. Pero si Dios decreta que deba continuar hasta que toda la riqueza que han acumulado los esclavos durante doscientos cincuenta años de trabajos sin retribución hayan desaparecido, y hasta que cada gota de sangre que haya sido causada por el látigo sea pagada por otra gota de sangre ocasionada por la guerra, tendremos que decir siempre, como se dijo hace dos mil años, que los fallos del Señor son justicieros siempre, son equitativos y rectos. . . . Sin desearle mal a nadie, abrigando sentimientos caritativos hacía todos y teniendo firme creencia en el derecho, según Dios nos hace comprender ese derecho, vamos a tratar de terminar la tarea que hemos emprendido, y curar las heridas de la nación, cuidar aquellos que han afrontado el peligro de la batalla y a sus viudas y hacer todo lo posible que debe hacerse para conseguir

y mantener una paz justiciera y permanente entre nosotros y con todas las naciones."

Después de la elección de 1864 Lincoln había aconsejado que hubiese "una causa común, un interés común y un país común." La peroración de su último discurso inaugural está basado en la idea de que debe haber un país común para todos, y que al cuidar a los que han combatido y al curar sus heridas, no debe hacerse ninguna distinción entre los soldados de uniforme gris y los del uniforme azul.

Hacia fines de febrero Lee, que comprendió que ya no podía mantener su resistencia con las debilitadas líneas de sus fuerzas, propuso a Grant que hicieran algún arreglo. Grant contestó que él sólo ejercía un mando militar, y que no tenía facultades para discutir ningunos asuntos políticos. Hacia el primero de abril fué derrotada en Five Forks el ala derecha del ejército de Lee por Sheridan, quien lo obligó a retirarse, y al día siguiente Richmond quedó evacuada por las últimas fuerzas del ejército de Lee. La defensa de Richmond durante los largos años de la guerra (defensa que se verificó principalmente desde las trincheras de Petersburg) por medio de la habilidad de los ingenieros y del constante valor de las tropas, había sido maravillosa, y debe ocupar un

alto lugar en los anales de las operaciones guerreras. Se demostró gran habilidad en alistar posiciones que tenían resistencia natural, y mayor habilidad se demostró en la construcción de obras de defensa para vencer distintas dificultades una tras otra, para la distribución económica de los recursos que constantemente disminuían y para la hábil colocación de las fuerzas (las cuales durante el último año habían ido disminuyendo de tal modo que, cuando llegaba el momento de ponerse en contacto con las fuerzas del enemigo, siempre había soldados suficientes para defenderse. Todas estas cosas eran pruebas de la habilidad militar, de la pericia, de la previsión y del valor a toda prueba de los jefes. Por supuesto que la habilidad y los rasgos característicos de Lee y sus compañeros no hubieran dado ningún resultado, y las líneas de defensa hubieran sido cortadas hasta en 1865, pero en 1863 o aun en 1862, si no hubiere sido debido a la paciencia maravillosa y al gran heroismo de los soldados rasos que pelearon portando el uniforme gris, bajo el pabellón confederado, los cuales combatieron durante el último de esos meses con uniformes rotos y con alimentos que eran sólo la mitad o una cuarta parte de los que se hubieran considerado como adecuados en tiempos normales.

El 2 de abril el pabellón de las Barras y Estrellas

fué llevado en Richmond por la brigada delantera del ala derecha del ejército de Grant, bajo el mando del General Weitzel. Parecía como reciprocidad poética el que se hubiera resuelto que las tropas que debieran ocupar la ciudad primeramente, fueran batallones de soldados negros. El cuerpo de soldados confederados que había sido el último en salir de la ciudad, la había dejado en una situación angustiosa y difícil. El general confederado que quedó al mando (pues Lee se había adelantado, tratando de abrirse paso hacia la Carolina del Norte) se consideró justificado, con el objeto de destruir el acopio de existencias del ejército (que consistía en su mayor parte de municiones), de incendiar los almacenes, y al hacer eso había dejado expuestos a las llamas muchos de los barrios de la ciudad. Muchos desertores blancos y negros que habían sido esclavos, como sucede en todo caso en que la autoridad desaparece, guiados por el espíritu de rapiña, se dedicaron a verificarla, y la ciudad se llenó de hombres borrachos y que cometían tropelías. Las tropas negras restablecieron el orden público, y parece que se condujeron como soldados bien disciplinados y amaestrados. Fueron arrestados y metidos a la cárcel los forajidos y a veces cuando fué necesario fueron fusilados, y lo más pronto que

se pudo se sofocó el incendio, aunque ésto no llegó a verificarse antes de que hubieran acaecido fuertes pérdidas y perjuicios a la desgraciada ciudad. Las mujeres que se habían encerrado en sus casas, temiendo más a los invasores yankees que a los forajidos que iban por las calles, mucho se sorprendieron al notar que su seguridad personal y la de la ciudad dependia de los invasores, y que los primeros batallones de estos eran compuestos de negros tan odiados y despreciados.

Lincoln resolvió el 4 de abril bajar el río e ir a visitar la capital rebelde, y ésto lo hizo contrariando los consejos y a pesar de los temores que abrigaban casi todos sus consejeros. Su móvil no era el de la vanagloria, ni el de demostrar que él había triunfado. Consideró que habrían quedado algunas autoridades civiles en Richmond, y que se debían concertar medidas inmediatas para impedir que se prolongara la contienda, y para que se lograra establecer en la ciudad y en el Estado, una administración y gobierno pacíficos. Thomas Nast que no era verdaderamente un gran artista, sí tuvo inspiración suficiente para consignar por medio de su lapiz algunos de los acontecimientos más gráficos y emocionantes de la guerra. El hizo un dibujo, que después fué comprado por el Club de la Liga Unión de Nueva York

en que se ve a Lincoln pasando por la calle Maine circundado por la población negra de la ciudad y de los puntos circunvecinos, que se agolpaba alrededor del hombre, que estimaban era el que los había salvado, y con gran entusiasmo hasta parecían deseosos de tocar, aunque fuera el borde de su traje. Ese cuadro en realidad demuestra lo que realmente aconteció, y da a conocer históricamente las esperanzas que abrigó la raza de color al ver el éxito de la causa del Norte y comprender que ya había terminado la esclavitud. Lástima es recordar cuan defraudadas han sido esas esperanzas durante los cuarenta años después de la ocupación de Richmond para realizar el que se elevara aquella raza a su debida altura. La esperanza que Lincoln abrigaba de que alguna autoridad que representaba la Confederaciòn hubiese permanecido en Richmond, aunque fuera sólo con el objeto de poner fin cuanto antes a las pérdidas y a las dificultades creadas por la continuación de la contienda, no se realizaron. Los que formaban la administración confederada, solamente demostraron gran empeño en irse fuera de Richmond, y no pensaron ni por un momento en su deber con respecto a su propio pueblo, de cooperar con los que triunfaban para restablecer prontamente el orden y la seguridad.

Hacia el 9 de abril se efectuó la entrega de Lee en Appomattox, a los cuatro años, menos tres dias, después de la fecha en que se tiró el primer cañonazo de la guerra en Charleston. Los fusiles que fueron entregados por los soldados andrajosos y hambrientos que quedaban del ejército de Lee, sólo representaban una pequeña parte de los que habían estado defendiendo las trincheras en Petersburg. Luego que se comprobó que el ejército no iba a poder cortar las lineas federales e iniciar una campaña en la Carolina del Norte, se diseminaron en distintas direcciones los soldados que iban en las columnas en retirada, y muchos de ellos llevaban sus fusiles para guardarlos en sus propias casas, como recuerdo que bien merecían por sus valerosos e insistentes servicios. Jamás ha habido un ejército que peleó con más denuedo o que debía merecer las alabanzas de los Estados a favor de los cuales había combatido por lo que se llamaba "su independencia," como también de sus opositores que habían podido comprender bien con cuanta valentía y denuedo ellos habian combatido.

Bajo muchos conceptos puede considerarse como sumamente dramática la escena que se representó en la pequeña casa de la hacienda, en que los dos jefes se reunieron para concertar el pacto de la entrega de las fuerzas sureñas. El

General Lee desde luego había cedido el carro de su equipaje para que llevaran víveres a la brigada que iba a la vanguardia, y como no había podido guardar más que un traje completo, había escogido el mejor, como debe de suponerse. Por lo tanto a pesar de la fatiga y de las privaciones que había sufrido durante la semana anterior, llevaba un completo uniforme militar. Era uno de los hombres más bien parecidos de su época y la bella expresión de su carácter se revelaba aun en su rostro. Grant, que nunca se había fijado mucho en su apariencia personal, había permanecido durante muchos dias a gran distancia del tren que llevaba su equipaje, y debido a la urgencia que tenía de estar lo más cerca que fuera posible de la linea del frente, para el caso de que tuviera que arreglar con prontitud las condiciones de la rendición, no habia tenido la oportunidad de conseguir una levita adecuada para reemplazar su saco de servicio. Creo que aun se había extraviado, pero logró conseguir una prestada para esa ocasión de uno de los miembros de su Estado Mayor. Cuando se hubieron discutido los principales detalles de la rendición, Grant dirigió la mirada hacia el grupo de personas que estaban en el cuarto, entre los cuales además de los dos oficiales del Estado Mayor, que habian

venido con Lee, había unos cinco o seis de sus ayudantes que habian logrado quedarse con él, a fin de escoger la persona que debía escribir el documento. Dirigió su mirada hacia el coronel Ely Parker, jefe de brigada que durante los últimos pocos meses había sido miembro del Estado Mayor del General Grant. "Coronel Parker le pediré a usted," dijo Grant, "ya que es usted el único americano que se encuentra en este cuarto, que se sirva preparar el borrador de este documento." Parker era indio de raza pura y pertenecía a una de las tribus Iroquois de Nueva York.

La indicacción que hizo Grant de que los Estados Unidos no necesitaban los caballos del ejército de Lee, y que sus soldados pudieran utilizarlos para "arar durante la primavera" fué aceptada por Lee con el debido aprecio. El primer asunto de que se trató, después de haber terminado la entrega, fué el de dar víveres a las tropas sureñas que estaban muertas de hambre. "General Grant," dijo Lee, "se dieron órdenes para que fuera enviado un tren por el camino de Danville para traer víveres a mi ejército, y creo que ya debe estar en este lugar," dijo él al mencionar el nombre de un pueblo que estaba a unas ocho o nueve millas hacia el suroeste. El General Sheri-

dan guiñando el ojo, tomó parte en la conversación, y dijo: "Ya llegó allí el tren procedente del Sur, General Lee, o al menos ya estaba allí ayer, pues mis soldados lo capturaron, y por lo tanto se pueden utilizar esos víveres." El General Lee después montó su viejo caballo "Traveller," que le había acompañado en todas las campañas, y paso a paso fué cruzando a caballo por entre las filas de los soldados de uniforme azul y gris. Todos los soldados de uniforme azul se quitaron los sombreros, como saludo respetuoso al gran jefe y al verdadero caballero, mientras que entre los que estaban en las filas de uniformes grises se oían sollozos y corrían las lágrimas, y finalmente casi por la primera vez en la historia del ejército de Lee, se faltó a la disciplina, pues todos los soldados se agruparon cerca de él para poder ver bien, y si era posible para estrechar la mano del gran jefe que tan bien había combatido y que al fin habia sido derrotado, pero que habia combatido y sido derrotado tan heróicamente.

## IX

### LINCOLN TERMINA SU TAREA

Lincoln pronunció su última alocución el dia 11 de abril, en una reunión que se verificó en Wáshington. En ese discurso que fué bien breve, dijo: "Próximamente se anunciará una nueva política del gobierno." Casi no queda duda de que lo que pensaba anunciar era algo que se relacionara con el problema de reconstrucción. Ya había bosquejeado en su mente los principios indispensables que debían servir de base para tal arreglo. En ese mismo discurso, él indica que "ya sea que los Estados que se separaron estén o no fuera de la Unión, es evidente que no están en relaciones adecuadas con la Unión." Estamos seguros de que no hubiera permitido que se demoraran los puntos indispensables para el arreglo, mientras que los abogados políticos estaban discutiendo sobre las fases constitucionales del asunto. Había algunos que formaban un grupo que alegaban que al iniciarse la rebelión, se había tratado de todas

maneras de destruir la existencia nacional y el pueblo de los Estados que se separaron había perdido todos los derechos a la libertad política de esas entidades. Según sus argumentos debían tratarse a los Estados esclavos como si fueran territorios conquistados, y sólo le quedaba al gobierno de los Estados Unidos la tarea de reformar ese territorio de la manera más conveniente y adecuada. Según lo que opinaban otros, como la separación de los Estados era cosa que no se debía permitir, pues bajo el prisma de la Constitución eso era imposible, en realidad según la ley no podía haber habido ninguna separación o secesión de los Estados. Luego que se había terminado la rebelión armada, debían considerarse a los Estados rebeldes como si hubieran asumido sus antiguas relaciones con los Estados del Norte. Estaban sujetos a las mismas obligaciones que anteriormente con respecto a las contribuciones, a su subordinación en las relaciones exteriores y a la aceptación del manejo del gobierno federal en todo aquello que estaba clasificado con carácter federal. Por otra parte tenían derecho de gozar de los privilegios que desde el principio habían sido ejercidos por los Estados independientes; esto es decir, al manejo de sus asuntos locales en todo lo que se refería a aquello que no era clasificado

como federal, y tenían el derecho a su representación equitativa en el Congreso y a su proporción en el voto electoral para Presidente. En lo general se considera, tanto en el Sur como en el Norte, que si Lincoln hubiese vivido, algunas de las más serias dificultades que surgieron durante el periodo de reconstrucción debido a la fricción existente entre estas teorías opuestas, se hubieran podido evitar. Los sureños se hubieran convencido de que el jefe de la administración tenía intenciones cordiales y grandes deseos de hacer lo que fuera posible, no sólo para que se restablecieran sus relaciones como ciudadanos de los Estados Unidos, sino para conseguir que volvieran a gozar sus Estados de la prosperidad, aunque esta prosperidad después de la pérdida de la propiedad de sus esclavos y de la enorme destrucción de sus recursos naturales, sólo se divisaba muy en lontananza.

Llegó el 14 de abril acompañado de la tragedia dramática que terminó en ese dia con la muerte de Lincoln. Muy adecuada es la palabra dramática, para designar lo que ocurrió en aquella fecha. Mientras que la nación lloraba la pérdida de su jefe, mientras que los soldados demostraban su profundo sentimiento por haber sido asesinado su gran capitán, mientras el Sur pudiera haber estado ansioso por que la dirección y arreglo de

los grandes problemas que surgian entre los Estados no quedaran en manos del jefe sabio, cariñoso y paciente, para ese hombre que tanto había trabajado durante cuatro años de una tarea continua y de un peso tremendo que sobrellevar, debe haber sido grato el que al fin encontrara el debido reposo y descanso. Había llevado a efecto su tarea, y había cumplido las responsabilidades que asumió al ser inaugurado por la vez primera.

En marzo de 1861 Lincoln aceptó la tarea de dirigir la nave de la nación, por entre la tempestad de la rebelión, teniendo que dirigirla mientras que escuchaba las opiniones y consejos diversos de los amigos y los terribles embates de los enemigos en su propia patria y en el extranjero. En abril de 1865 ya había quedado asegurada la existencia nacional, se había establecido el crédito del país, y las tropas ya estaban listas para regresar a sus hogares y volver nuevamente a sus tareas de simples ciudadanos. No existe un periodo en la historia mundial en que otro pueblo haya podido mantener su existencia nacional contra peligros y dificultades que parecian eran insuperables. Por lo tanto, aunque fué una gran desgracia para el pueblo del Sur como para el del Norte que perdiera la vida el sabio jefe en los momentos

en que todavía se tenían que arreglar tantísimas dificultades, resulta ser escena dramática de su historia la que surgió cuando ese jefe terminó su carrera en los mismos momentos en que el último ejército de sus enemigos estaba deponiendo las armas. El primer problema de la guerra con que tuvo que enfrentarse la administración en 1861 fué el de reponer la bandera sobre el Fuerte Sumter. El 14 de abril, día en que la pistola de Booth puso fin a la existencia del Presidente, el General Anderson, quien cuatro años antes había defendido ese fuerte con tanta tenacidad, se hallaba cumpliendo el deber de colocar nuevamente allí el pabellón de las Barras y las Estrellas.

Se recibió la noticia de la muerte de Lincoln en el ejército de Sherman el 17 de abril, cuando mi propio regimiento formaba parte de tal ejército. Al salir de Savannah, Sherman había enviado ordenes al Norte para que todas las tropas que estaban de guarnición en las costas de la Carolina del Norte, se concentrasen en una línea al norte de Goldsborough. Temía que el General Johnston pudiera reunirse con las tropas de Lee que iban en retirada, y era de importancia hacer todo lo posible, ya sea con las fuerzas existentes o con la apariencia de tales fuerzas, que se demorase Johnston y que no pudiera llevar a efecto la combina-

ción que ideaba. Situóse una línea poco numerosa de tropas federales en posiciones que estaban al norte del camino por donde iría Johnston. Pero Sherman se mantuvo tan cerca en persecusión de su insistente y valeroso enemigo, que sin tomar en cuenta la línea del enemigo que estaba hacia el norte, Johnston no pudo continuar su avance hacia Virginia. Puesto en jaque en Goldsborough, después de la batalla de Bentonville, fué en ese mismo Goldsborough en que la última fuerza importante de la Confederación verificó su rendición.

Nosotros los soldados supimos después algunas de las complicaciones anteriores a esa rendición. El Presidente Davis y sus compañeros de la administración de los Confederados, se habían ido todos juntos hacia el Sur, con excepción de uno de ellos, y habían pasado al oeste de la línea de las avanzadas de Sherman. La excepción a que me refiero fué la de Reagen, Administrador General de Correos, quien resolvió permanecer con el General Johnston. Parece que logró convencer a Johnston de que él, Reagen, representaba todo lo que quedaba de la administración de los Confederados, y le persuadió que le permitiera iniciar negociaciones con Sherman, pues parece que tenía el vivísimo deseo de terminar, en virtud

de su propia autoridad, los arreglos necesarios para poner fin a la guerra. Sherman que era hombre de buen corazon, se quedó perplejo por algún tiempo, debido a que él suponía que Reagan tenia la autorización adecuada al caso. Firmó con Reagan una convención que no solamente se refería a la entrega del ejército de Johnston, sino a los preliminares de una paz final. Por supuesto que se firmó esta convención, quedando sujeta a que fuera aprobada por las autoridades en Wáshington. Cuando llegó a manos del Presidente Johnson fué desechada desde luego por consejo de Seward y Stanton. Johnston dió instrucciones a Grant, que había venido de Appomattox a Wáshington a presentar su informe, para que se fuera desde luego a Goldsborough y relevara a Sherman y además arreglara la entrega del ejército de Johnston, de acuerdo con lo estipulado en Appomattox. La contestación de Grant fué característica del hombre, pues dijo algo como lo siguiente: "Me encuentro aqui señor Presidente para obedecer las órdenes y bajo las instrucciones del General en Jefe, iré a Goldsborough, y cumpliré con tales instrucciones, aunque prefiero obrar como simple mensajero. No deseo quitar de las manos del General Sherman el mando de un ejército, que es en realidad su

ejército propio, y el cual ha dirigido con tantísimo éxito. El General Sherman ha prestado demasiados grandes servicios a su país para que se le deba humillar ahora, debido a un error político, y yo por mi parte no deseo de ninguna manera figurar como uno de los que lleven a efecto esa humillación."

Stanton parecía dispuesto a aprobar las primeras instrucciones de Johnson y relevar a Sherman desde luego, pero el jefe que acababa de llegar a Appomattox era demasiado popular, y no era fácil desechar su opinión en un asunto que en parte era del ramo de la guerra. El Presidente, que hacía poco había tomado posesión de su cargo, todavía parecía inclinado a escuchar los consejos que se le daban; así es que se arregló el asunto como Grant había deseado, y él se llevó las instrucciones y tuvo una entrevista personal con Sherman, pero esa entrevista se verificó tan sigilosamente que ninguno de los soldados del ejército de Sherman y probablemente sólo el mismo Sherman supo que Grant lo había visitado. Este arregló todo lo relativo al último día de su viaje, de modo que llegó al campamento en Goldsborough ya después de haber obscurecido, y después de celebrar su entrevista con Sherman, que duró una hora, se fué hacia el norte, fuera de nuestras líneas y sin que supieramos lo que había hecho.

Cuando Grant llegó, Sherman desde luego supuso que él lo había relevar del mando "No, no," dijo Grant, "que no ve usted, que aun vine sin mi espada. No se trata de relevar al jefe del ejército de su mando, sino únicamente de rectificar un error y de poner las cosas en su lugar. Esta convención debe cancelarse, y ya no debe usted llevar a efecto ninguna negociación con el señor Reagen, o con ningún otro funcionario del orden civil que diga que él representa a la Confederación. Debe usted tratar con el jefe del ejército Confederado, y debe usted aceptar la rendición de ese ejército bajo las mismas condiciones que las que se formularon en Appomattox." Sherman era bastante perpicaz para comprender lo que había ocurrido en Wáshington, y pudo apreciar la leal conducta del General Grant y el éxito que tuvieron sus esfuerzos para salvar la honra y el prestigio de su antiguo compañero. La rendición se verificó el 26 de abril, once días después de la muerte de Lincoln. Las tropas de Johnston, como las de Lee, fueron enviadas a sus respectivos hogares, los oficiales guardaron sus armas blancas y los soldados, aunque dejaron sus rifles, se llevaron no sólo los caballos y mulas que todavía estaban usando en la caballería o artillería, sino también un número de mulas y caballos

que habían sido capturadas por el ejército de Sherman, que todavía no se habían consignado oficialmente como si fueran propiedad del ejército de los Estados Unidos. Sherman comprendió, como lo había comprendido Grant que era muy importante facilitar a esos pobres labradores los medios, para que ellos volvieran a dedicarse a sus tareas en sus hogares. Desde luego se envió una notificación al General Johnston, después de la partida de Grant, de que las únicas condiciones que podían aceptarse eran la rendición del ejército, y que los detalles de tal rendición Sherman los arreglaría él mismo personalmente con Johnston. Reagen se fué después de eso hacía el sur, y ya su nombre no vuelve a aparecer en la historia.

No puede dejar de hacerse referencia a la captura de Jefferson Davis para completar el relato de los acontecimientos en que Lincoln figuró durante la guerra. A su regreso a Wáshington, después de su visita a Richmond, alguien preguntó a Lincoln que era lo que debía hacerse con Davis, si fuera hecho prisionero. La contestación es del todo característica del hombre: "Yo no creo," dijo Lincoln, "que nos será muy útil tener ese elefante blanco." La clara inteligencia de Lincoln desde luego había comprendido las dificultades que podían sobrevenir cuando cayera Davis

prisionero. La resolución que debía tomarse acerca de la manera como se trataría al jefe de la finada Confederación era muy distinta, y mucho más complicada, que el de ajustar las condiciones para la entrega de los ejércitos Confederados. Si Davis se hubiera escapado, y se hubiera ido fuera del país, es probable que el Sur o al menos una gran parte del Sur, lo hubiera considerado como una víctima expiatoria. Muchos de los soldados Confederados estaban muy enojados con Davis por el mal trato que había dado a algunos de sus mejores jefes. Davis era hombre capaz y poseía algunos elementos de estadista, pero era vanidoso, y como muchos hombres vanidosos, creía que era muy capaz de desempeñar algunas labores que no eran de su resorte. Había tenido una corta y valiosa experiencia militar, por haber prestado sus servicios como teniente en el ejército de Scott en México, y se imaginó que era un gran general. En parte por esta razón, y en parte, según parece, como el resultado de una "incompatibilidad de caracteres," Davis riñó en distintas épocas durante la guerra con varios de los generales que habían demostrado ser más eficaces y activos en el servicio. Probablemente se habría peleado con Lee, si hubiese sido posible que alguno pudiera entrar en una disputa con

persona tan caballerosa y bondadosa, y si Lee no hubiese sido tan querido y estimado por sus compatriotas, lo que habría impedido que el Presidente lo molestara. Davis, sin embargo, había suscitado graves dificultades con respecto a las operaciones militares de hombres como Beauregard, Sidney Johnson, Joseph Johnston y otros jefes, cuyos servicios constantes al frente de las tropas eran tan importantes para la Confederación. Fué debido a la obstinación de Davis que se prolongó la guerra durante el invierno y la primavera de 1865, y ya mucho después de que los informes de Lee y de otros jefes demostraban claramente que se habían agotado los recursos de la Confederación, y de que el continuar la contienda simplemente implicaba una pérdida inexcusable de vidas por ambas partes. Como fuí soldado que peleó a favor del Norte, y que supe las penalidades que se sufrían en las prisiones del Sur, se me excusará si recuerdo la terrible responsabilidad que recae sobre Davis por la mala administración de esas prisiones, que causaron la muerte de miles de hombres valientes en las colinas heladas de Belle Isle, en los pisos inmundos de Libby y Danville, y en los terrenos llenos de podredumbre que durante tres años fueron el lugar en que vivieron y murieron los que estaban detenidos en Anderson-

ville. Davis recibía mensualmente los informes referentes al estado de estas y otras prisiones de la Confederación, y él no podía ignorar que era verdaderamente estúpido y brutal el mantener los prisioneros en Richmond, durante el último invierno de la guerra, cuando los caminos por donde se podía transitar no eran suficientes para que por ellos llegaran los víveres indispensables para las tropas en las trincheras o para la gente que vivía en la ciudad. Davis recibió más de una vez aviso de Andersonville, en que se demostraba que gran parte de los fallecimientos que allí ocurrían eran debidos a las malísimas condiciones sanitarias y a la podredumbre que existía en la hondonada, en que por años estuvieron hacinados los prisioneros; pero la petición que se dirigió a Richmond para que se permitiera el traslado de esa prisión a una colina más limpia y seca, fué desechada, por considerarse como asunto de ninguna importancia. Davis tenía la plena facultad para arreglar esto, y con sólo haber dictado una orden se hubiera remediado algo del pésimo estado de aquellas cárceles, y él debe compartir con el General Winder, que era el jefe nato de las prisiones, la responsabilidad de esa administración tan brutal y tan descuidada, que dió por resultado la muerte de miles, y que también fué la causa de

que otros miles quedaran baldados por toda su vida.

En vista de la indicación que en lo particular dió Lincoln, se consideraba en lo general por todos los oficiales, al menos por los que tenían a su cargo distintos puntos y guarniciones a lo largo de la costa oriental, que no se debía coger prisionero a Davis. Desgraciadamente no había sido posible que esta indicación informal llegara a conocimiento de las líneas más al occidente, para que la consideraran como determinación administrativa. Así es que un capitán de caballería emprendedor y muy celoso en el cumplimiento de su deber, al cruzar del Mississippi hacia la costa, supo que Davis y sus acompañantes estaban en Florida, y "entrometiéndose" capturó el 10 de mayo "al elefante blanco."

Se rindieron las últimas divisiones del ejército Confederado bajo el mando del General Taylor en Luisiana el 4 de mayo, y las que estaban bajo el mando de Kirby Smith en Tejas el 26 de ese mismo mes. Como Lincoln ya lo había previsto, sobrevinieron algunas complicaciones con motivo de la desgraciada captura de Davis, y esas complicaciones se aumentaron innecesariamente debido a la falta de una política bien clara y definida por parte de un Presidente que vacilaba y se

confundía al dictar sus medidas administrativas. Durante los meses en que Davis estuvo preso en el fuerte Monroe, y mientras que se estaba discutiendo violentamente en Wáshington el punto de si debería de juzgarsele por el delito de traición, el sentimiento de la Confederación se concentró naturalmente en su ex-Presidente. Como único prisionero, él representaba el emblema vivo de la contienda. Se olvidaron de su vanidad, de su iracundia y de los errores que había cometido, y como era natural bajo las circunstancias de entonces, su pueblo, el pueblo del Sur, solamente se acordó del hecho de que él había sido el jefe de ellos, y que durante esos cuatro terrible años, había soportado el peso de esa jefatura con celo inquebrantable, con tenaz valor y con esperanzas que casi parecían desfallidas. Había dedicado a la Confederación la mejor parte de su vida, y tenía derecho a recibir el cariño que le tributaban los sobrevivientes de la Confederación, pues en él estaba encarnado el ideal de la causa perdida.

El sentimiento que hacia Lincoln abrigaban los soldados que combatían en el frente por haber sido durante los primeros años de su campaña no solamente su jefe, sino el que inspiraban sus ideales, quedó patentizado con la manera en que se recibió la noticia de su muerte. Yo recuerdo que me

encontraba el día que se recibió tan triste nueva, junto con mi división en un pequeño pueblo a poca distancia de Goldsborough, Carolina del Norte. No teniamos ninguna comunicación telegráfica con el Norte, pero existía la costumbre de que se recibieran despachos oficiales al medio día diariamente, que eran traidos a través de los pantanos de una estación que se comunicaba con Wilmington y el Norte. Durante esa mañana había ido a una choza de un viejo negro, con quien había trabado amistad, durante los dias de nuestra permanencia, a fin de que me afeitara. El viejo tomó la navaja, después la dejó tirada y volvió a levantarla, pero su brazo parecía estar temblando, y noté que estaba tan agitado que no podría hacerme el servicio que deseaba. "Señor," me dijo, "yo no puedo afeitarlo esta mañana." "?Pues que ha pasado?" le pregunté, "Yo creo," replico él, "que algo ha sucedido al señor Lincoln." "No es cierto," dije yo, "nada ha sucedido a Lincoln. Yo estoy al tanto de las noticias que se reciben. ¿Qué quieres decir tu?" "Quiero decir," dijo el viejo medio llorozo, "que nosotros los negros recibimos noticias o algo como noticias, mucho antes que ustedes. Yo no sé exactamente lo que ha sucedido, pero si sé que algo malo le ha sucedido al señor Lincoln." No

pude conseguir que el viejo me dijera más que eso, pero me puso algo ansioso, y me dirigí hacia el cuartel general de la división para ver si se habían recibido algunas noticias, antes de que llegara el correo ordinario. Los negros estaban formando pequeños grupos a lo largo de la calle del pueblo, cuchicheaban entre sí y esperaban con caras ansiosas la llegada de las malas noticias que ellos estaban seguros que se recibirían. Vi al ayudante de la brigada, y los que estaban con él también se sorprendieron como yo mismo de la ansiedad que demostraban los negros, pero por supuesto no podiamos creer que ellos hubieran recibido ningunas noticias antes de que llegaran por el conducto acostumbrado.

A medio día apareció el mensajero con la correspondencia. Venía a caballo por entre los campos, y luego que lo vimos todos comprendimos que traía malas noticias. Aunque ese mensajero estaba espoleando su caballo, parecía como si no estuviera muy deseoso de llegar pronto al lugar donde debía de rendir su informe. Esta vez, "cosa que no sucedía con frecuencia," el mesajero sabía lo que contenía el despacho. El ayudante de la división salió del corredor del Cuartel General con un papel en la mano, cuya lectura no pudo terminar debido a su emoción. El jefe de la divi-

sion entonces se levantó, y solamente pudo anunciar: "Lincoln ha muerto." La palabra "Presidente" no era necesaria, y en realidad él había buscado la palabra más corta. Jamás he visto a un grupo de hombres que demostrara tal emoción, pues se veían como diez mil soldados todos sollozando. Ninguno de los que todavía estamos en vida de ese grupo podemos pensar en esa triste mañana, sin que nos cause emoción el recuerdo de la tristeza que llenó los corazones de aquellos veteranos que habían combatido tanto, al recibir la noticia de la muerte de su gran capitán.

Todo el pueblo había llegado a considerar al Presidente casi de la misma manera que los soldados consideraban a su general en jefe. Gozando de la simpatía y cariño del pueblo, Lincoln había ejercido sobre él una influencia casi ilimitada. Su gran aptitud para el trabajo, su sublime paciencia, su tesón sorprendente, la elevación de su mente y corazón, la simpatía que él engendraba, su perspicacia para dar cumplimiento a sus necesidades y exigencias, todo en fin lo habían ligado fuertemente a sus compatriotas con lazos indisolubles. El apodo que por todo el país se le había dado durante el último año de la guerra, era el de "Padre Abraham." Eso nos hace recordar, lo que le

sucedió a Wáshington con respecto a las relaciones cariñosas que tuvo con su pueblo. El primer Presidente ha sido designado en la historia con el nombre de "Padre de su patria," pero esa designación de Wáshington de padre, fué desarrollándose poco a poco por la historia. Durante su vida, e indudablemente al menos durante los años de sus responsabilidades como General y Presidente, no se conocía a ese jefe bajo el nombre de padre de su patria. Era querido por un pequeño círculo de sus amigos íntimos, era respetado por un gran número de aquellos con quien él había compartido las responsabilidades en las campañas, y después en la administración pública. A pesar de eso para muchos americanos Wáshington representó un principio antagónico de gobierno. Era considerado como aristócrata, y existían algunos pocos jefes de los partidos políticos, como también algunos de los grupos de electores que temían, y probablemente conciensudamente creían, que pudiera servir la influencia de Wáshington, para erigir en este país otra clase de monarquía, en lugar de la que se había derrocado. Debían terminar los años de su presidencia y las controversias agrias de la contienda en armas de siete años, y de los debates para el establecimiento de la Constitución, antes de que el pueblo llegara

a reconocer por completo la suma elevación de los propósitos y la norma inquebrantable de los actos de su gran jefe y primer Presidente. Y aun después que cesaron las animosidades y sospechas, aunque ya el pueblo estaba dispuesto a honrar el elevado carácter y las dotes de Wáshington, el sentimiento que abrigaban hacia él, era más de veneración y no el de cariño. Este sentimiento dió lugar a que después surgiera el título de "Padre de su patria," pero no existió ese sentimiento personal hacia Wáshington que implicara al menos durante su vida, el que se le diera el nombre de "Padre del Pueblo." Treinta años después fué Andrew Jackson el jefe de esta nación. Fué hombre como Lincoln, que eminentemente representaba la masa popular, y sus compatriotas sabían bien que él comprendía sus sentimientos e ideales, y por eso ese pueblo tenía confianza ilimitada en el valor y los honrados propósitos de Jackson. Faltaba a su carácter, sin embargo, esas simpáticas cualidades que Lincoln tenía, y aunque una gran parte de sus compatriotas lo admiraban por su virilidad, valor y dedicación a los intereses nacionales, jamás él logró desechar la idea de que el hombre que no estaba de acuerdo con los planes de Jackson tenía que ser un malvado o un tonto. Nunca pudo colocarse en el mismo

plano, ni pensar de la misma manera que los demás hombres, y él llegó a creer que era su deber el mantenimiento de lo que consideraba la causa popular contra los "planes de los aristócratas," que eran el coco de aquellos días. Desde muy joven fué tenaz en sus contiendas, y su teoria de gobierno era la de obtener por la fuerza la dirección gubernativa en favor del partido en que militaba. Por supuesto un hombre de esa especie, no podía ser considerado como padre de su pueblo.

Lincoln surgió de la masa popular, digamoslo así, compartía sus sentimientos, simpatizaba con sus necesidades e ideales, y podía al desarrollar sus facultades hacerlas aceptables a las inteligencias más grandes y notables del país. Al mismo tiempo que sabía lo que necesitaban los pobres blancos de Kentucky, también comprendía el modo de ver las cosas por parte de Boston, Nueva York y Filadelfia. En lugar de acrecentar al antagonismo, él sabiamente comprendía que los más altos intereses de una parte del país, debían de ser los intereses de todo el pueblo, y que sobre el jefe de la nación recaía la responsabilidad de dirigir la administración pública de tal manera que todo el pueblo considerara al gobierno como su propio gobierno. Fué ese modo de ver las

cosas, y ese sentimiento cariñoso, lo que dió lugar a que se le aplicara a Lincoln la designación que no se ha dado a ninguno otro jefe de estado en este país, de Presidente del pueblo, y no ha habido ninguno otro jefe de estado en el mundo que se haya ligado tan íntimamente con todos sus compatriotas, de cuyo bienestar él era responsable. El escritor latino Aulo Gellio aplica a uno de su héroes el término "Un carácter clásico"; y estas palabras me parece que podían aplicarse acertadamente a Abraham Lincoln.

Un escritor inglés que sabe apreciar los acontecimientos, escribió en *The Nation* de Londres cuando se verificó la commemoración del centenario, estas palabras sobre Lincoln:

La grandeza de Lincoln es la de un hombre vulgar que ha sabido elevarse a gran altura. La posibilidad que existe, aun con más razón ahora de que haya un hombre de esa clase, sirve para justificar la democracia. No queremos decir que un hombre tan independiente, tan natural y tan completo no pudiera llegar en sociedades más antiguas a ejercer tanto poder con referencia a los asuntos y las mentes de los hombres; lo que podemos decir es que entre las grandes tendencias del siglo XIX no ha surgido un hombre de esa especie. La existencia de lo que podemos llamar un patrón ordinario universal explica porqué rara vez

se ven eminencias personales en América. Ha habido y todavía existe un nivel más alto de personalidad en lo general que en ningún país europeo, y por esa razón ha disiminuido el grado de eminencia a ese respecto. Es en verdad por que América ha ofrecido mayores oportunidades, que los hombres prominentes han sido comparativamente raros. Hay fuertes carácteres y esos no han sido raros; han existido muchas personalidades que han ido sigilosamente erigiendo el gran edificio de la República americana, han sido exploradores, traficantes, abogados, soldados, profesores, que han trabajado con grandísimo empeño para cimentar las bases materiales y morales del país, pero pocos de sos nombres han surgido o han subrevivido. Lincoln era de esa raza, se educó entre gente enérgica y ruda y pasó su existencia de la misma manera que ellos. No era persona que se dedicaba a lo futíl, y su carrera fué una refutación victoriosa de las ideas tradicionales de genio. No tenía ningún don ni calidad especiales que lo distinguiera; fué simplemente el mejor tipo de americanismo en el momento histórico en que la seguridad nacional exigía que existiera un hombre de esa clase. La confianza que todos los americanos abrigan de que su país saldrá airoso de toda emergencia que pudiera amenazarlo; no es idea superticiosa como uno creyera a primera vista, puesto que la vida de Lincoln demuestra como se verificó eso en un país en donde el "hombre necesario," se pudo entresacar, no de entre

las familias principales o de una clase educada, sino de entre los millones de sus habitantes.

El rabino Schechter, en un discurso elocuente que pronunció en la celebración del centenario, hablando de la personalidad de Lincoln, dice lo siguiente:

El medio siglo que ha transcurrido después de la muerte de Lincoln, ha disipado las nubes que lo encubrían en este mundo. Los hombres ya no solamente reconocen el derecho que él sostuvo, pero lo consideran el porta-estandarte de ese derecho, de la libertad, de la conciliación, y de la verdad. Queda en él personificada la Unión, todo lo que es lo más alto y noble e imperecedero de sus principios que él creía con toda devoción y que él logró salvar con grandísimo empeño. Al celebrar hoy el centenario de su existencia, se ha convertido en el ideal de todo el país, tanto del Norte como del Sur, de toda una nación que la componen no sólo los partidos que se enfrentaron y llevaron a cabo cruenta guerra, sino de los millares y millares que han encontrado en la nación americana la esperanza del porvenir y un refugio del absolitismo y de la tiranía de siglos pasados. Para ellos Lincoln, su vida, su historia, su carácter y toda su personalidad con su sorpendente simpatía y bondad su sobriedad, paciencia, desinterés y dulzura,

lo han convertido en el verdadero prototipo de una naciente humanidad.

Carl Schurz, que era también un hombre de amplia comprensión y de bondadosa altevez de miras, dijo al hablar de Lincoln:

Por estar en la posición más prominente de su época Lincoln se echó encima las críticas de la sociedad culta; pero aun así pudo transmitir a las mentes humanas frases llenas de grandísima belleza y exquisita bondad. En él se encontraban cualidades tan distintas y fuerzas tan diversas a tal grado que su carácter comprendía lo más elevado y al mismo tiempo lo común y corriente. Poseía altos ideales y aunque al mismo tiempo parecía tosco, y lo que él llego a ser y lo que él había dicho, constituyeron en él una personalidad entre sus compatriotas, que le dió una facultad especial de dominar sus mentes y corazones, y que lo conviertieron en el jefe más prominente de la crisis más grande de nuestra vida nacional.

Tuvo el valor de combatir por sí sólo, ese valor que es el requisito primordial que debe existir en el jefe de una gran causa. El encanto de la oratoria de Lincoln comprendía tanto los profundos sentimientos y la sinceridad de sus convicciones, y sus sentimientos de simpatía eran los elementos más sólidos de su carácter. Fué uno de los americanos más grandes y uno de los mejores hombres."

El poeta Whittier escribió:

Esa mente inmortal que soñando cayó
  En la tumba del mártir amado,
Y ese rostro de Diós que jamás olvidó
  El esclavo que fué libertado.

Descansamos en paz do su vista palpó
  Tanta escena tan ruin, dolorosa;
Suyo fué el sacrificio que el mundo lloró,
  Nuestra fué la ganancia gloriosa.

Dijo Bryant:

A la tumba de honor nos llevamos a aquél
  Que ha concluido sus gratas faenas,
Cuyo gran monumento será para él
  Del esclavo las rotas cadenas.

Ejemplar fué su vida, sangriento fué el fin
  Por la luz del amor alumbrado,
Y murió como mueren los héroes hoy, sin
  Miedo, en pro del derecho sagrado.

Y Lowell dijo:

Lo admiran nuestros hijos;
  Quisieran besar la mano
Del hombre tan previsor,
  Valiente, sagaz y sano,

Nacido en nuestra patria;
El primer americano.[1]

Los hombres vulgares mueren cuando cesa su vida física, o al menos si no inmediatamente si en breve espacio de tiempo, cuando desaparece el pequeño círculo de aquellos que le tenían cariño. El hombre distinguido vive por largo espacio de tiempo o después de su muerte sus compatriotas recuerdan con aprecio sus hechos y su personalidad y así también lo hace la generación a que ha prestado sus servicios. Las olas de su influencia se extienden en anchos círculos hasta perderse en la lontananza del océano. Llamamos grande al hombre que causa honda impresión en sus semejantes, ya sea por sus hechos, por su inventiva, por los servicios que haya prestado a su país, por su elevado carácter, por la inspiración que el cielo ha trasmitido a su mente, y esos son los hombres que nunca mueren; esos son los hombres que logran la inmortalidad en este mundo. La influencia y los hechos de su vida tienen el debido peso y la humanidad recuerda su memoria y ésta va aumentado su fama de generación en generación.

[1] Nota.—Esta versión castellana de los versos de los poetas americanos arriba mencionados, se ha tomado de la colección de algunas de sus obras poéticas traducidas al español por Jorge Godoy, hijo del traductor de este libro.

Es por eso que hoy en día todos están honrando la memoria de Abraham Lincoln, hoy cien años después de su nacimiento y casi medio siglo después de que terminó su tarea mundial de manera tan trágica, Lincoln encuentra un altar en las mentes y en los corazones de sus compatriotas. Él es nuestro "Padre Abraham," él nos pertenece, pertenece a sus compatriotas, para inspirarse en sus ideas, en sus recuerdos y en su cariñoso afecto, pero también de ahora en adelante pertenece a toda la humanidad, porque lo ha consagrado y colocado entre los hombres más nobles y los héroes de esta tierra.

# APÉNDICE

## DISCURSO DE ABRAHAM LINCOLN

Pronunciado en Cooper Institute, Nueva York, el febrero 27 de 1860.

Con introducción por Charles C. Nott; notas analíticas e históricas por Charles C. Nott y Cephas Brainerd y con la correspondencia entre el señor Lincoln y el señor Nott, como representante de la Comisión de la Unión de los Jóvenes Republicanos.

## NOTA DE INTRODUCCIÓN

El discurso que Lincoln pronunció en el Instituto Cooper en febrero de 1860, al obsequiar la invitación que le hicieron ciertas personas de representación en Nueva York, fué el más importante de todos sus discursos, ya sea por su estilo como por los resultados que produjo.

El estudio concienzudo de todos los hechos históricos y datos constitucionales, y los argumentos y conclusiones que él adujo en vista de tales hechos y datos, fué aceptado por los jefes del partido Republicano como constituyendo los principios y la política que debían seguirse durante la campaña presidencial de 1860, campaña que no solamente se refería a la elección de un Presidente, pero que versaba sobre la existencia permanente de la República.

De conformidad con los sabios consejos que implican las frases de Lincoln, el partido disputó las elecciones bajo dos bases que pueden compendiarse así:

Primero, que el pacto hecho por los Padres

de la patria y sus sucesores inmediatos debe llevarse a cabo con toda lealtad, y que no se perjudicará a la esclavitud en los Estados esclavos primordiales o en territorio adicional que ha quedado sujeto a este sistema bajo el Convenio de Missouri; y segundo, que no se debe dejar que ninguna milla cuadrada de territorio que sea libre pueda quedar sujeto a ese sistema de la esclavitud.

Lincoln y sus compañeros tenían el convencimiento, y así habían estado convencidos de los Padres de la patria, que obrando de conformidad con esa prescripción la esclavitud al fin tendría que desaparecer. Es en virtud de esa creencia que se desprende de los debates con Douglas y del discurso en el Instituto de Cooper, cuando fueron presentados por Lincoln con más vigor y argumentos más contundentes que los que había aducido cualquier otro jefe de partido político, que Lincoln obtuvo la postulación y el cargo presidencial. El discurso de feberero indudablemente fué un factor decisivo en los grandes acontencimientos de la época, y por lo tanto constituye parte integrante de los documentos históricos de la República.

G. H. P.

Nueva York, Septiembre 1, de 1909.

## CORRESPONDENCIA ENTRE LINCOLN, NOTT Y BRAINERD

(*De Robert Lincoln*)

MANCHESTER, VERMONT,
Julio 27, 1909.

ESTIMADO COMANDANTE PUTNAM:

Me llegó en este lugar la carta de usted de julio 23, y me tomo la libertad de expresarle mi agradecimiento por los bondadosos recuerdos que hizo usted de mí en Londres. . . . Mucho me ha interesado saber que estuvo usted presente cuando mi padre pronunció su discurso en el Instituto Cooper. Por supuesto que yo recuerdo aquel acontecimiento, aunque no lo presencié. Entonces estaba a mediados de mi año escolar en la Academia Phillips Exeter, preparándome para mis exámenes de entrada en Harvard, en el verano de 1860. . . . Después del discurso en el Instituto de Cooper, mi padre vino a Exeter para ver como estaba yo, y esa visita dió por resultado que pronunciara varios discursos en Nueva Inglaterra a su ida y a su regreso, y en Exeter escribió a mi

madre una carta que principalmente se refería a mi, pero que también aludía a aquellos discursos. . . . Dijo que esos discursos en Nueva Inglaterra le habían costado alguna molestia, porque al venir al Este no había tenido la intención de pronunciar más que el discurso del Instituto Cooper y que no había hecho sus preparativos para ningunos otros. . . . Tuvó que pronunciar estos últimos discursos a públicos que como él probablemente creyó ya habrían leído algunos informes sobre su discurso en el Instituto Cooper, y por lo tanto tuvo que tomar esto diariamente en consideración (pues pronunció como una docena de discursos por todo en Nueva Inglaterra).

De usted sincero amigo,

ROBERT LINCOLN.

(*Del Juez Nott*)

WILLIAMSTOWN, MASS.,
Julio 26 de 1909.

ESTIMADO PUTNAM:

Creo que es muy de desearse que se conserve en forma de libro el texto del discurso del señor Lincoln, después de la última revisión. . . . El texto del folleto que usted tiene en su poder es auténtico y genuino, pues el señor Lincoln leyó las pruebas del discurso y de las notas. Mucho

me alegro saber que incluirá usted en su libro las cartas del señor Lincoln, pues estas cartas comprueban que esa copia del discurso es auténtica, por ser copia que él mismo corrigió con su propia mano. . . .

El prefacio del discurso, que se escribió en septiembre de 1860 es interesante, porque demuestra lo que pensamos sobre ese discurso en aquella época. . . Sí bien recuerdo el estimado padre de usted fué uno de los vicepresidentes de la reunión. . . .

Su atento servidor,

CHARLES C. NOTT.

(*De Cephas Brainerd*)

NUEVA YORK, Agosto 18 de 1909.

ESTIMADO COMANDANTE PUTNAM:

Mucho me complace saber que es muy probable ya se ponga en conocimiento del público el verdadero discurso que pronunció Lincoln en el Instituto Cooper, junto con las pruebas que demuestran su autenticidad. . . . También me alegro de que usted trate de publicar junto con el discurso las cartas recibidas por el Juez Nott del señor Lincoln. Desgraciadamente no se han conservado una o dos de esas cartas. Ahora

recuerdo una observación que me hizo Lincoln de que "él no era un gran literato."

Yo no tuve la oportunidad de ver mucho al señor Lincoln, cuando él estuvo en Nueva York, pues mi responsabilidad se contraía más especialmente en conseguir que hubiera público en la reunión. . . . Recuerdo que al entregar unas semanas antes a John Sherman que como Lincoln nunca había hablado en Nueva York, cinco monedas de oro de a diez pesos cada una, él me dijo que "no había creido que le iban a pagar sus gastos." En un lunch que mucho tiempo después se le dió a Sherman, hice referencia a ese incidente, y Sherman giñandome el ojo me dijo "si lo recuerdo muy bien, jamás he tenido tanto miedo en mi vida."

Las indicaciones que hace el Juez Nott con respecto a aquella reunión son enteramente exactas, y como yo estoy enteramente conforme con lo que él se acuerda de aquellos incidentes, no daré detalladamente mis impresiones sobre ella. Yo creí que iba a oir alguna clase de discurso, como los que se acostumbran en el Oeste, pero usted notará que ese discurso no tiene nada de esa clase de oratoria, aunque si recuerdo que Lincoln habló sobre el estado de los sentimientos que existían entre el Norte y el Sur. . . . Hizo referencia a

la manera como eran tratados los hombres del Norte en el Sur, y él observó en un parentesis, que él nunca había conocido a ningún hombre que hubiera podido "pegar a su propia mujer para que lo amara," frase que causó hilaridad.

Al preparar las notas hemos hecho pesquisas, como usted supondrá, de todo lo que existe en las bibliotecas de Nueva York, y con respecto a un punto especial he tenido entrevistas con el señor Bancroft, con el señor Hildreth y con el doctor William Goodell, que en aquella época era conocido político del partido adverso a la esclavitud.

El padre de usted y William Curtis Noyes eran los dos hombres en Nueva York que más simpatizaban con los esfuerzos de aquellos jóvenes, y a mi me parecieron que estaban al mismo nivel a ese respecto. El que les seguía era Charles Wyles Elliott, autor de una *Historia de Nueva Inglaterra*. Jamás pedimos consejo o ayuda al padre de usted, sin que obsequiara nuestros deseos, y siempre era tan bondadoso y atento con referencia a todo lo que hacía y decía, que cada uno de nosotros los jóvenes llegamos a tenerle un verdadero cariño. Siempre encontraba tiempo para vernos, y siempre estaba listo para concedernos lo que deseabamos, y siempre lo conseguiamos si él lo tenía a su alcance. Ni el padre de usted ni el señor Noyes ni tampoco

el señor Elliott jamás sugirieron que éramos demasiado "jóvenes" o "impetuosos" o algo parecido. El entusiamo que notamos nosotros los jóvenes en esas personas fué de mucha ayuda para favorecer la causa. . . . Le suplico perdone que lo moleste este "veterano," y considereme su sincero amigo,

CEPHAS BRAINERD.

# INTRODUCCIÓN

POR CHARLES C. NOTT

EL discurso del Instituto Cooper es uno de los más importantes que jamás se hayan pronunciado durante la existencia de esta nación, puesto que indica un acontecimiento notable que cambió el curso de su historia. Cuando el señor Lincoln dirigió la palabra en la noche del 27 de febrero de 1860, él no ocupaba ningún cargo administrativo; había tratado de obtener el nombramiento de Comisionado de Patentes y no lo había conseguido; había tratado de ser elegido Senador de los Estados Unidos, y había sido derrotado. Había sido miembro del Congreso, y sin embargo ni siquiera se acordaba el pueblo de esa circunstancia; era abogado de humilde posición, que sabía persuadir a los jurados, pero que no se había colocado en el primer rango del foro de Illinois. Los datos que el mismo señor Lincoln dió para el Directorio del Congreso de 1847 pueden todavía considerarse como los datos exactos de su vida

pública y oficial: "Nació el 12 de febrero de 1809 en el Condado Hardin, Kentucky. Su educación fué deficiente y su profesión la de abogado. Fué capitán de voluntarios en la guerra de *Black Hawk*. Fué administrador de correos de una oficina muy pequeña; fué cuatro veces miembro de la legislatura de Illinois y miembro de la Cámara baja del Congreso." ¿Puede considerarse que esos datos lo harían merecedor a ser jefe de la nación en época tempestuosa? Según la opinión de los americanos pensadores que vivían al este de los Alleghanies, todo lo que sabían del señor Lincoln era suficiente para que lo consideraran solamente como "un orador político del Oeste," que había tenido éxito, que se había distinguido y que no había hecho más que eso, es decir que era un orador político del Oeste que se había atrevido a discutir con uno de los hombres de más importancia en los Estados orientales y que lo había hecho con sorprendente tino y éxito moral. Cuando el señor Lincoln terminó su discurso se había elevado al rango de los estadistas, y había demostrado que era un estadista muy adecuado para arrostrar la difícil situación que se presentaba.

El señor William Cullen Bryant presidió en la reunión y cierto número de los mejores y más distinguidos ciudadanos de Nueva York concu-

rrieron, Horace Greeley, entre ellos. El señor Greeley alabó mucho el discurso, y consideró que era el mejor, el más hábil y más adecuado que jamás se hubiere pronunciado; dijo que contentaría a los conservadores del Norte y que serviría muy especilmente para conciliar a los sureños; que sus argumentos eran contundentes y que daría el golpe de gracia al partido de Douglas. El señor Horace White escribió recientemente: "El otro día leí por casualidad su discurso pronunciado en el Instituto Cooper. Este es uno de los pocos discursos impresos que yo no le oí pronunciar personalmente. Al leer las últimas páginas de ese discurso, el conflicto de opiniones que precedió el conflicto de las armas y que entonces estaba causando tanta preocupación en el país como si fuera un próximo eclipse de sol, parecia descrito como si fuera un capítulo del Libro del Destino. Nuevamente apareció como si fuera profeta del Antiguo Testamento, ante quien Horace Greeley inclinó la cabeza, diciendo que jamás había oido un discurso más elocuente, aunque él había oído varios de los mejores de Webster." Después el señor Greeley fué el jefe de las fuerzas republicanas que se opinían a la postulación del señor Seward, y tomó parte en la concentración de esas fuerzas en favor del señor

Lincoln. Además los grandes periódicos de Nueva York al día siguiente dieron a conocer el discurso al país, y antes de que el señor Lincoln saliera de Nueva York recibió telegramas de Connecticut en que le pedían que fuera a tomar parte en la próxima campaña de la primavera. Fué, y cuando llegó el momento fatídico de la Convención, Connecticut fué uno de los Estados del Este que se separaron del partido de Seward y se pasaron al del señor Lincoln, y al hacer esto Connecticut, decidió la suerte en favor de ésta estadista. Es muy difícil para las jovenes generaciones de americanos creer que tres meses antes de que el señor Lincoln fuese postulado para la presidencia, no era ni apreciado ni conocido en Nueva York. Ese hecho puede comprobarse fácilmente por un sólo incidente, mejor que por lo que pudieran decir o afirmar una docena de individuos.

Después de que hubo pronunciado su discurso, el señor Lincoln fué llevado al Club de la Unión Central de Jóvenes Republicanos por dos de sus miembros, el señor Hiram Barney que fué después administrador de la aduana de Nueva York, y el señor Nott que fué después uno de los editores del discurso. En el Ateneo asistió a una cena sencilla, a la que fueron invitados cinco o seis miembros republicanos del club, que por casualidad

estaban en el edificio. La cena fué informal, tan informal como cualquiera otra cena ordinaria, y se conversó con familiaridad e íntimamente, se discutieron las probabilidades favorables del partido republicano en la próxima elección, y tan difícil era que esos caballeros que no habían oido el discurso del señor Lincoln creyeran que él podría llegar a ser candidato, que uno de ellos, el señor Charles W. Elliott, ingénuamente dijo: "¿Puede usted decirnos, señor Lincoln, cual es el candidato que probablemente ganaría las elecciones en Illinois?" El señor Lincoln contestó haciendo una comparación: "Illinois es un Estado de carácter especial en tres de sus partes. En el Illinois del norte el señor Seward conseguiría una mayoría más grande que la que yo podría conseguir. En el centro de Illinois creo que yo conseguiría más votos que el señor Seward, en el sur de Illinois no haria ninguna diferencia quién fuera el candidato." Esta contestación se consideró como simplemente una comparición o suposición, y ninguno excepto puede ser el señor Barney y el señor Nott, le dieron la importancia que ellos, pues habían tomado buena nota de lo que el señor Lincoln había dicho.

El pequeño grupo de invitados se despidió, y el señor Lincoln, aunque había sido recibido muy

cordialmente, no había sido agasajado con mucho entusiasmo. Los demás le dieron un apretón de manos, y al ponerse los abrigos dijeron: "El señor Nott va hacia la parte baja de la ciudad y él indicára a usted como puede llegar al Astor House." El señor Lincoln y el señor Nott se fueron a pié, pero éste que observó que el señor Lincoln caminaba con alguna dificultad, le dijo: "¿Le duele la pierna, señor Lincoln?" Contestó él que tenía botas nuevas y que le dolían. Los dos caballeros entonces tomaron un tranvía, y cuando llegaron al lugar en donde el señor Nott tenía que dejar el tranvía para ir a su casa, le dió un apretón de manos al señor Lincoln, se despidió de él y le indicó que su tranvía lo llevaría a la puerta lateral del Astor House. El señor Lincoln se fué sólo en el tranvía. La siguiente vez que vino a Nueva York fué llevado en un coche abierto, tirado por cuatro caballos, y así recorrió Broadway hasta el Astor House, saludando a los miles de patriotas que estaban en las calles, en las aceras, en las ventanas, en los techos de las casas y que lo vitoreaban como Presidente de los Estados Unidos recientemente electo, y le deseaban el mejor éxito y la ayuda de Dios para salvar la Unión.

El que lo acompañó en el tranvía ha reflexionado

y ha pensado, qué seria lo que Lincoln tendría en su mente durante su viaje esa noche al Astor House. Debido a una nevada el Instituto Cooper no se había llenado, y los que fueron a la reunión, personas inteligentes, respetuosas y neutrales no habían aplaudido con entusiasmo como un público del Oeste cuando lo magnetiza el orador con sus palabras. ¿ Habría fracasado ese discurso, que él había preparado con más cuidado y en que había apoyado sus argumentos con citas que había buscado con sumo ahinco? En verdad él jamás había dirigido la palabra a un público tan culto y educado, aunque si más numeroso y entusiasta, y además algunos de los hombres mas hábiles en los Estados del Norte habían expresado su opinión respecto del discurso, en términos que no dejaban en duda cuanto apreciaban su mérito; ¿Podía el señor Lincoln considerar que había tenido éxito el discurso que acababa de pronunciar ante un público reducido y culto? ¿Pudo él tener la menor idea del magnífico resultado que había dado? ¿Comprendió él cuan difícil era su situación estando lejos de sus leales partidarios de Illinois? ¿Pudo su corazón temeroso creer que esa gran ciudad podría volverse a acordar de su personalidad tan poco conocida? Era él un hombre sencillo, desgarbado, en apariencia poco culto y que demostraba

que él mismo comprendía su falta de trato social. El traje con que se presentó esa noche ante el público de Nueva York era el más inadecuado que jamás pudo confeccionar un espiritu malévolo para un hombre alto y delgado; consistía de una levita negra con faldones que le venía mal y que parecía demasiado corta para su cuerpo y brazos, con cuello doblado y bajo que dejaba ver su garganta larga, delgada y arrugada. Ninguna persona en todo Nueva York se veía vestida de manera tan sencilla, tan modesta y tan sin pretensiones, y que pareciera comprender sus propios defectos como le aconteció a Abraham Lincoln, y sin embargo sabemos que en su mente ardía el fuego de una gran ambición que estaba sostenida por su propia dignidad y estimación, y que le impulsaba a contemplar la cúspide elevada de la fama americana y abrigar la esperanza de llegar a ella en una época tan tempestuosa, y en que el peligro que se presentia tenía que llenar de congoja a la mente de todo americano. ¿En qué pensaba este hombre cuando quedó sólo? ¿Pudo él preveer en su mente lo que iba a sobrevenir? ¿Pudo él comprender de alguna manera misteriosa que en esa noche él había cruzado el Rubicón, que los cuidados, la discordia y los conflictos políticos, las calumnas, el ridículo, las malas interpretaciones

y las responsabilidades públicas, tales como jamás habian pesado sobre una personalidad conciente, además de la guerra, la derrota y los desastres, iban a constituir parte de su vida, casi hasta el fin de su existencia, y que ese fin iba a ser un acontecimiento sangriento que sorprendería al mundo, y causaría espanto en los corazones de sus amigos y de sus enemigos, de modo que cuando la noticia terrible llegó a conocimiento del más valiente de los valientes del Sur, derramara lágrimas y exclamara: "¡O Sur desgraciado! ¡O Sur desgraciado!"

Lo que creyó su compañero cuando lo vió por la última vez al dejar el tranvía era que parecía triste y abandonado, y cuando ya era demasiado tarde y el tranvía ya se había alejado, se echaba él en cara no haber acompañado al señor Lincoln al Astor House, no porque era un forastero distinguido sino por que parecía ser un hombre triste y abandonado.

*Febrero 12 de 1908.*

## CORRESPONDENCIA CON EL SEÑOR LINCOLN

69 Wall St., Nueva York,
Febrero 9 de 1860.

*Estimado señor:*

La Unión Central de Jóvenes Republicanos de esta ciudad desea cordialmente que usted pronuncie durante el mes entrante, lo que pued llamar una *conferencia política.* Este es un caso especial, y proviene de lo siguiente. Se ha resuelto que se dé una serie de conferencias. La primera fué pronunciada por el señor Blair de St. Louis hace poco, la segunda se dará dentro de unos pocos días por el señor C. M. Clay, y la tercera prefeririamos que fuera pronunciada por usted y no por otra persona. Respecto al público que concurra diré que no será de la clase que se acostumbra en reuniones políticas. Se ha *ideado* que estas conferencias sean oídas por nuestros mejores ciudadanos, que por estar muy atareados jamás concurren a reuniones políticas. También habrá señoras que formaran parte del público. En cuanto a la época de la conferencia prefeririamos

que fuera hacia mediados de marzo, pero si un dia anterior o posterior fuera más conveniente para usted lo arreglariamos de la manera que fuera de su agrado.

Esperamos pues tener el gusto de recibir a usted en Nueva York. Creo que usted es enteramente desconocido de nuestros hermanos republicanos de esta ciudad, pero estiman a usted mucho, y su reciente célebre debate con el juez Douglas ha provocado su calurosa simpatía y admiración. Los que estamos "en las filas" considerariamos que la presencia de usted sería una ayuda eficaz, así como una honra y gusto, como no puedo expresar de manera adecuada.

Respetuosamente,
CHARLES C. NOTT.

Al Honorable Abraham Lincoln.

69 WALL ST., NUEVA YORK,
Mayo 23 de 1860.

*Estimado señor:*

Incluyo a usted un ejemplar de su discurso en Nueva York.

Nosotros (La Unión de Jóvenes Republicanos) deseamos publicar una nueva edición con tipo mas gránde y en mejor forma, y con las notas y citas que pudieran llamar la atención de los lectores

que desearan tener datos exactos. ¿Tendría usted algún memorandum del estudio que hizo de antemano, y que cree usted debiera insertarse?

Creo que usted y sus amigos del Oeste no le dan suficiente importancia a este discurso. Ha producido mayor efecto aquí que cualquier otro discurso, es considerado como la verdadera plataforma política en los Estados del Este y va a ejercer gran influencia favorable entre el elemento conservador de Nueva York, Nueva Jersey y Pennsylvania. Por lo tanto deseo que salga tan perfecto como fuera posible. La mayor parte de las correcciones son de carácter trivial y no sustanciales, todas se sugieren para que usted dé su opinión respecto de ellas.

No puedo menos que agregar que su discurso es una muestra extraordinaria de dicción inglesa condensada. Después de haber adquirido alguna experiencia en el ramo de crítica para revistas, apenas he encontrado algo que pudiera retocar y nada que pudiera omitir. Es el único discurso que conozco que no pudiera yo *acortar* y—como un buen arco—si se quita una sola palabra toda la frase cae por si sola. Y finalmente como es un mal sistema para un candidato el escribir cartas, y como indudablemente tendrá usted demasiado que hacer y más de lo que le agrada o sea útil,

no queremos darle trabajo de esa clase, pero si pudiera usted indicar a algún amigo que no tiene nada que hacer que nos diga lo que usted desea, se haga con respecto a esto a cualquier otro asunto, trataremos de dar cumplimiento a sus deseos.

Respetuosamente,

CHARLES C. NOTT.

Al Honorable Abraham Lincoln.

SPRINGFIELD, ILL., Mayo 31 de 1860.

SEÑOR CHARLES C. NOTT.

*Mi estimado señor:*

Hace algunos dias que recibí la carta de usted del 23, junto con un ejemplar del discurso que pronuncié en el Instituto Cooper, y en el cual ha hecho usted algunas notas como enmiendas. Por supuesto que no me opongo, y al contrario mucho me complacerá, que se haga una edición más perfecta de ese discurso.

No guardé ningún memorándum de las citas que encontré, y ahora no podría hacer un nuevo exámen y preparar notas sobre el particular, sin que tuviera que gastar más tiempo del que tengo de que disponer. No entiendo algunas de las notas de usted.

En cuanto a lo que se refiera a mejorar el giro gramatical o el estilo literario, estoy de acuerdo en que se hagan los cambios respectivos, pero no

quiero que se altere el sentido o se modifique en lo más mínimo. Y usted que no ha hecho el estudio concienzudo de cada tema especial con tanto empeño como yo lo he hecho, no puede estar seguro de que cambiaría usted el sentido de la frase, aunque usted no deseara hacerlo. Por ejemplo en una nota al fin de la primera página, usted propone que se sustituya la palabra "Demócratas" por "Douglas," pero lo que yo digo en ese lugar *es la verdad* respecto de Douglas, pero no respecto de los "Demócratas" en general; asi es que el cambio propuesto sería un error bajo todo punto de vista. Usted propone que se inserte la palabra "residencias" y aunque eso no haria ningún daño, de ninguna manera es indispensable para lo que yo quiero expresar. En la página cinco el cambio gramatical que usted propone indudablemente no perjudicaría. Lo de "absurdo e impertinente" lo retengo. El quitar la palabra "él" e insertar "nosotros" cambiaria todo el sentido de la frase. El quitar "*sobre eso*," dejaria el sentido de la frase muy general e incompleta. Lo que quise decir es "obrar como ellos obraron respecto de ese punto," y no como ellos obraron generalmente.

Después de tomar en consideracion los cambios propuestos en la página 7, no los considero de

importancia, pero accedo a las indicaciones que usted hace con respecto a ellos.

El quitar "a nosotros" me parece bien, pero yo quiero que se retengan las palabras "del abogado." La palabra "tribunales," que se ha quitado dos veces quiero que se deje como "tribunal," pues esa palabra colectiva puede usarse con el plural según yo entiendo, y también debe retenerse la palabra "el" antes de "tribunal." También quiero retener las palabras "casi," "como" y "o" en la misma página. No me opongo a que se pongan las frases en bastardilla e indicadas entre comillas.

No me parece que debe insertarse la nota al fin de la página, pero lo que propone usted en la página 11 está muy bien.

Devuelvo a usted le ejemplar del discurso, junto con uno que se imprimió aqui, después de que yo lo examiné muy a la ligera. El que se hizo en Nueva York se imprimió sin que yo lo examinara. Si usted tiene la intención de publicar una nueva edición, me permitirá ver las pruebas. Y ahora después de dar a usted las gracias por su atenta carta y por el interés que en lo general me demuestra, quedo de usted atento y seguro servidor,

A. Lincoln.

69 Wall St., Nueva York,
Agosto 28 de 1860.

*Estimado señor:*

El señor Judd insiste en que imprimamos la edición revisada del discurso de usted en el Instituto Cooper, *sin esperar que le mandemos las pruebas.*

Si eso se resuelve asi, quiero que usted sepa que yo no he hecho ningunos cambios mas que los usted aprobó, excepto—

1. No me parece que Abraham Baldwin votó a favor de la Ordenanza de '87. Al contrario parece que *no* tomó parte en el Congreso durante la reunión de la Convención. W. M. Pierce parece que entonces tomó su lugar, y su nombre aparece como votando en favor de la Ordenanza. Esto no implica ninguna diferencia en el resultado, pero presumo que usted no quiere que se retenga ese error histórico (si es que lo hubo). Por lo tanto (a menos que usted me escriba oponiéndose a ello) quitaré su nombre en ese lugar, y reduciré el número de "cuatro" a "tres," cuando se suma el número de las veces que votó.

2. En las citas de la Constitución he dado la fraseología exacta, y asi he puesto "delegado," en lugar de "concedido," etc. Como todo eso se cita entre comillas, supongo que debía darse el texto con toda exactitud.

*Si todo lo anterior no está bien, sírvase escribirme inmediatamente.*

Reciba *nuestras* excusas por la demora, debido a que hemos tenido que ocuparnos de otros asuntos, y la *mía* porque hoy sólo regresé a la ciudad.

Respetuosamente,

CHARLES C. NOTT.

Al Honorable Abraham Lincoln.

69 WALL ST., NUEVA YORK,
Septiembre 17 de 1860.

*Estimado señor:*

Hoy enviamos a usted por express 250 ejemplares con las últimas correcciones. Demoré el envío, creyendo que usted preferiría recibir estas en lugar de las que fueron impresas primeramente.

La "carta de Abraham Baldwin," a que se refirió usted en su última carta, siento decirle que no llegó. Al notar que usted no había cambiado las pruebas en ese particular, supuse "y espero" que la coreccíón no fué erronea.

Si usted desea un número mayor de ejemplares no titubee en pedirnoslos, pues mucho gusto y ninguna molestia nos causara el enviarlos.

Respetuosamente, etc.,

CHARLES C. NOTT.

Al Hon. A. Lincoln.

SPRINGFIELD, ILL., Septiembre 22 de 1860.

SEÑOR CHARLES C. NOTT.

*Mi estimado señor:*

He recibido la carta de usted del 17, pero todavía no me han llegado los 250 ejemplares. Mucho agradezco lo que ha hecho y lo que tiene la intención de hacer.

La "carta de Abraham Baldwin" decía en sustancia que no se podía encontrar el Diario del Congreso de la Federación para la sesión en que la Ordenanza de 1857 se aprobó, y que dije que el señor Baldwin había votado en favor de ella, porque tomé ese dato de una carta del señor Greeley, quien bajo su firma la publicó en el Tribune semanal de Nueva York el 15 de octubre de 1869. Si usted examina ese periódico, notará que el señor Greeley parece como que copia del Diario, y anota el nombre del señor Baldwin entre que los que votaron en favor de ese medida.

Por supuesto si el Diario dice otra cosa está bien.

De usted atento servidor,

A. LINCOLN.

Discurso del

HONORABLE ABRAHAM LINCOLN.

Como vindicación de la política de los que prepararon la Constitución y de los Principios del Partido Republicano,

Pronunciado en el Instituto Cooper el 27 de febrero de 1860.

Publicado por la Unión de Jóvenes Republicanos.

Con notas por

CHARLES C. NOTT Y CEPHAS BRAINERD,

Miembros de la Junta Directiva.

## FUNCIONARIOS DE LA UNIÓN

CHARLES T. RODGERS, *Presidente.*
DEXTER A. HAWKINS, *Vice-presidente.*
ERASMUS STERLING, *Secretario.*
WILLIAM M. FRANKLIN, *Tesorero.*

## COMISIÓN EJECUTIVA

CEPHAS BRAINERD, *Presidente.*

BENJAMIN F. MANIERRE,
RICHARD C. McCORMICK,
CHARLES C. NOTT,
CHARLES H. COOPER,
P. G. DEGRAW,
JAMES H. WELSH,
E. C. JOHNSON,
LEWIS M. PECK.

## CONSEJO ADMINISTRATIVO

WM. CULLEN BRYANT,
DANIEL DREW,
HIRAM BARNEY,
WILLIAM V. BRADY,
JOHN JAY,
GEORGE W. BLUNT,
HENRY A. HURLBUT,
ABIGAH MANN, JR.,
HAMILTON FISH,
FRANCIS HALL,
HORACE GREELEY,
CHARLES A. PEABODY,
EDGAR KETCHUM,
JAMES KELLY,
GEORGE FOLSON,
WILLIAM CURTIS NOYES,
BENJAMIN F. MANIERRE.

## PREFACIO

Esta edición del discurso del señor Lincoln ha sido publicada por la Unión de los Jovenes Republicanos de Nueva York, para demostrar su sabio criterio, veracidad y erudición. Ninguno que no haya tratado de rectificar sus detalles puede comprender la paciente investigación y la labor histórica que se desprenden de ese documento. Existe la historia de la política en nuestros primeros años diseminada en varios periódicos, leyes, folletos y cartas; pero existen muchos vacíos y sus datos son tan deficientes a veces, pues no tienen ni índices ni contenido de las materias. Tampoco puede uno, que no ha recorrido el mismo camino, apreciar la exactitud de cada detalle trivial, o la imparcialidad manifiesta con que el señor Lincoln después de comprobar lo que dijeron los Padres de la Patria, acerca de la esclavitud, presenta la única cuestión que él discute. Desde la primera línea hasta la última,—desde su introducción hasta su peroración,—recorre el camino por la vía más directa y segura, a tal grado que

ninguno bien versado en la lógica podría superarlo, y sus argumentos son completos y amplios, sin que se haga alarde de erudición y sin que exista en su discurso lo monótono que en lo general resulta al citar datos y detalles. Una sola frase, sencilla en su forma y de fácil comprensión, con palabras claras anglo-sajonas, comprende un capítulo de la historia, que en muchos casos ha implicado el trabajo de dias de investigaciones y que debe haber costado al autor, meses de estudio para poderlos presentar. Y aunque el público puede estimar debidamente el trabajo que ha ocasionado el examen de los datos que él presenta, no puede estimar el trabajo más grande aun que implican los que se han omitido. ¡Cuantas páginas tuvo que leer, cuantas obras que examinar; qué infinidad de leyes, resoluciones, cartas y biografías, tuvo que examinar! Al principiar la lectura de este discurso, considerándolo como folleto político, el lector al terminarlo lo estimará como obra histórica—corta, completa, profunda, imparcial, verídica,—que perdurará después de la época y las circunstancias que dieron lugar a ella y que de aquí en adelante será estimada, no solamente por su valor intrínseco sino también por su ingenua sencillez.

NUEVA YORK, *Septiembre* de 1860.

## DISCURSO

Señor Presidente y Conciudadanos de Nueva York:—Los datos a que me he de referir esta noche son en lo general antiguos y bien conocidos; y tampoco habrá nada de nuevo en el método general que adoptaré al discutirlos. Si mi discurso ofreciera alguna novedad, será en la manera de presentar los datos y las deducciones y observaciones que se desprendan de tal manera de presentarlos.

En su discurso que pronunció el otoño pasado en Columbus, Ohio, el senador Douglas, según el informe publicado por el *Times* de Nueva York, dijo:

"*Nuestros padres, al establecer el gobierno bajo el cual vivimos, comprendieron esta cuestión tan bien y aún mejor que lo que la comprendemos en la actualidad.*"

Estoy enteramente de acuerdo con esa aseveración, y la adopto como mi texto para este discurso. La adopto igualmente, porque nos presenta un punto de partida preciso y convenido para la discusión entre los republicanos y esa fracción de

la Democracia, que está encabezada por el señor Douglas. Solamenth nos queda el contestar la pregunta: "*¿Cómo comprendieron nuestros padres la cuestión ya mencionada?*"

¿Cuál es la forma de gobrieno bajo el cual vivimos?

La contestación tiene que ser: "La Constitución de los Estados Unidos." Esa Constitución consiste del texto original preparado en 1787 (y bajo la cual este gobierno primeramente funcionó) y doce enmiendas que después fueron preparadas, diez de las cuales se redactaron en 1789. (1)

¿Quienes fueron nuestros padres que redactaron la Constitución? Yo supongo que los "treinta y nueve," que firmaron el documento original, pueden con toda verdad ser llamados nuestros padres que establecieron esa parte del actual gobierno. Casi también es exacto decir que lo establecieron, y también es exacto decir que ellos representaban de manera adecuada la opinión y los sentimientos de toda la nación en aquella época. Como sus nombres son conocidos de casi todos ustedes, y además casi todos pueden averiguarlos, no es necesario repetirlos ahora. (2)

Considero pues a esos "treinta y nueve" por ahora, como "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual ahora vivimos."

¿Cuál es la cuestión que según el texto ya citado, estos padres comprendieron "tan bien y aun mejor, que lo que nosotros la comprendemos?"

Es esta: ¿Puede decirse que la división adecuada entre la autoridad local y la federal, o algo existente en la Constitución, impide *que nuestro Gobierno Federal pueda restringir la esclavitud en nuestros territorios federales?*

Con respecto a ésto el senador Douglas sostiene la afirmativa y los republicanos la negativa. Esta afirmación y esta negativa constituyen el punto de disputa; y este punto—esta cuestión—es exactamente lo que el texto declara nuestros padres comprendían "mejor que nosotros lo comprendemos."

Vamos a averiguar si los "treinta y nueve" o algunos de ellos, alguna vez resolvieron algo con respecto a este punto, y si así obraron, que es lo que hicieron, y como expresaron su manera de comprenderlo mejor.

En 1784, tres años antes de la Constitución, los Estados Unidos eran dueños del territorio del Noroeste y de ningún otro (3); y el Congreso de la Confederación tuvo que resolver la cuestión de si se prohibiría la esclavitud en ese territorio, y cuatro de los "treinta y nueve," que después redactaron la Constitución, estaban en ese Con-

greso y votaron sobre esa cuestión. De estos Roger Sherman, Thomas Mifflin, y Hugh Williamson votaron por la prohibición (4); y de esa manera demostraron que, según su entender no había ninguna línea divisoria, entre la autoridad local y la federal y ningún otro obstáculo que de manera adecuada impidiera al Gobierno Federal que pudiera restringir la esclavitud en el territorio federal. El otro de los cuatro—James McKenna—votó contra la prohibición, demostrando que por alguna razón él consideraba que no era adecuado dar su voto en favor de esa medida. (5)

En 1786, fecha todavía antes de la Constitución, pero mientras que la Convención se hallaba reunida para establecerla, y mientras que el Territorio del Noroeste todavía era el único territorio que pertenecía a los Estados Unidos, la misma cuestión de prohibir la esclavitud en los territorios se puso nuevamente a discusión ante el Congreso de la Confederación; y dos más de los "treinta y nueve," que después firmaron la Constitución estuvieron en ese Congreso y votaron respecto de esa cuestión. Eran William Blunt y William Few (6); y ambos votaron en favor de la prohibición, demostrando que, según su buen entender, no existía línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ninguna otra cosa que se manera

adecuada impidiera que el Gobierno Federal restringiera la esclavitud en el territorio federal. Esta vez la prohibición quedó sancionada como ley, formando parte de lo que ahora es bien conocido bajo el nombre de la Ordenanza de '87. (7)

La cuestión referente a la restricción de la esclavitud por la Federación en los territorios, parece que no se presentó directamente ante la Convención que redactó la Constitución original, y por lo tanto no han quedado pruebas fehacientes de que los "treinta y nueve" o alguno de ellos, mientras que estaban dedicados a esas labores, hubiesen expresado su opinión sobre esa cuestión especial. (8)

El primer Congreso que se reunió de conformidad con la Constitución aprobó en 1789 una ley para poner en vigor la Ordenanza de '87, en que se incluía la prohibición de la esclavitud en el Territorio del Noroeste. El dictamen sobre el proyecto de esa ley fué presentado por uno de los "treinta y nueve," Thomas Fitzsimmons, que era entonces miembro de la Cámara de Representantes por Pennsylvania. Se siguieron todos los trámites sin que se formulara una sola frase de oposición, y al fin fué aprobado por ambas cámaras, sin que se pidieran los votos afirmativos y negativos, lo cual equivale a la aprobación del

proyecto por unanimidad de votos. (9) A este Congreso concurrieron diez y seis de los treinta y nueve padres de la patria, que redactaron la Constitución original. Estos fueron John Langdon, Nicholas Gilman, Wm. S. Johnson, Roger Sherman, Robert Morris, Thos. Fitzsimmons, William Few, Abraham Baldwin, Rufus King, William Paterson, George Clymer, Richard Bassett, George Read, Pierce Butler, Daniel Carroll, y James Madison. (10)

Esto demuestra que, según ellos opinaban, no existía ninguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ninguna prescripción en la Constitución que de manera adecuada impidiera al Congreso que prohibiese la esclavitud en el territorio federal; pues debido tanto al acatamiento de los principios bien establecidos y a su juramento de mantener la Constitución, se hubieran visto obligados a oponerse a la prohibición.

Además George Wáshington, otro de los "treinta y nueve," era entonces Presidente de los Estados Unidos, y con tal carácter aprobó y firmó el proyecto, y de esa manera completó su validez como ley, y así también él demostró que, según su opinión, no existía ninguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ninguna prescripción en la Constitución, que impiera al Gobierno

Federal el restringir la esclavitud en el territorio federal.

No mucho después de que fué aprobada la Constitución original, la Carolina del Norte cedió al Gobierno Federal el territorio que ahora constituye el Estado de Tennessee, y pocos años después Georgia cedió lo que ahora constituye los Estados de Mississippi y Alabama. En ambas escrituras de cesión se expresaba como condición impuesta por los Estados que cedían, que el Gobierno Federal no debería prohibir la esclavitud en el territorio cedido. (11) Además de eso la esclavitud existía en esa época en el territorio cedido. Así es que bajo tales circunstancias, el Congreso al tomar a su cargo esos territorios no prohibió absolutamente la esclavitud dentro de ellos. Pero sí la modificaron, la restringieron de cierta manera y en cierto grado. En 1798 el Congreso organizó el territorio de Mississippi. En la ley de organización se prohibió que se trajeran a los esclavos a ese territorio de otro lugar fuera de los Estados Unidos, castigándose la infracción respectiva con multa y con la libertad dada a los esclavos, que así se hubiesen traido. (12) Esta ley fué aprobada por ambas Cámaras del Congreso, sin que se pidieran los votos afirmativos y negativos. En ese Congreso estaban tres de los

"treinta y nueve," que redactaron la Constitución original. Eran John Langdon, George Read y Abraham Baldwin. (13) Todos ellos probablemente votaron en favor de esa medida, pues indudablemente hubieran pedido que se anotara su oposición a ella, si hubiesen considerado que existía alguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal o, alguna prescripción en la Constitución que de manera adecuada impidiera al Gobierno Federal que restringiera la esclavitud en el territorio federal.

En 1803, el Gobierno Federal compró el territorio de la Luisiana. El territorio que habíamos adquirido anteriormente había sido obtenido de algunos de nuestros propios Estados, pero este territorio de la Luisiana fué adquirido de una nación extranjera. En 1804 el Congreso formuló una organización territorial para aquella parte que ahora forma el Estado de Luisiana. Nueva Orleans que se encuentra en esa parte era una antigua ciudad bastante grande en realidad, y existían otras poblaciones y pueblos de importancia e imperaba con auge la esclavitud y estaba infiltrada entre las costumbres del pueblo. El Congreso no prohibió la esclavitud en la ley para la organización del territorio, pero la restringió y la reglamentó de manera más notable y amplia

que lo que hicieron en el caso de Mississippi. Concretamente puede decirse que la prescripción en esa ley con respecto a los esclavos era:

*Primero.* Que no se podía importar ningún esclavo al territorio de país extranjero.

*Segundo.* Que no se podía llevar ningún esclavo a él que hubiese sido importado a los Estados Unidos después del primer día de mayo de 1798.

*Tercero.* Que no se podía llevar al territorio ningún esclavo, a menos que su dueño lo llevara para su propio uso como poblador, siendo la infracción de la ley en todos los casos castigada por una multa y la libertad del esclavo. (14)

Esta ley también se aprobó, sin que se exigieran los votos afirmativos y negativos. En el Congreso que lo aprobó estaban dos de los "treinta y nueve." Estos eran Abraham Baldwin y Jonathan Dayton (15); y como se dijo con respecto al caso de Mississippi, es probable que ellos votaron en favor de esa ley, pues no hubieran permitido que se aprobara, sin que pidieran se consignara su oposición a ella, si según su opinión quebrantaba ya sea la línea divisoria entre la autoridad local y la federal, o alguna prescripción de la Constitución.

En 1819–20, se discutió y aprobó el Convenio de Missouri. Se anotaron varias votaciones, por medio de votos afirmativos y negativos, en ambas

Cámaras del Congreso, y con referencia a distintas fases de la cuestión en lo general. Dos de los "treinta y nueve"—Rufus King y Charles Pinckney—eran miembros del Congreso. (16) El señor King votó constantemente en favor de la prohibición de la esclavitud y en contra de todo convenio, mientras que el señor Pinckney votó con la misma constancia en contra de la prohibición de la esclavitud y en contra de todo convenio. De esta manera el señor King demostró que según su opinión no existía ninguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal, ni ninguna prescripción en la Constitución que fuera violada por el Congreso al prohibir la esclavitud en el territorio federal; mientras que el señor Pinckney, por medio de sus votos, demostró que según él lo comprendía existían razones suficientes para oponerse a tal prohibición en ese caso. (17)

Los casos que he mencionado son los únicos actos de los "treinta y nueve," o de algunos de ellos, sobre esa cuestión especial, que yo he podido encontrar.

Si enumeramos las personas que han obrado de esa manera, podemos decir que fueron cuatro en 1784, dos en 1787, diez y siete en 1789, tres en 1798, dos en 1804 y dos en 1819-20, y así se formaría un total de treinta de ellos. Pero eso sería

contando a John Langdon, Roger Sherman, William Few, Rufus King, y George Read dos veces cada uno, y Abraham Baldwin tres veces. El verdadero número de aquellos de los "treinta y nueve" que he demostrado obraron con respecto a esa cuestión, los que según el texto la comprendieron mejor que nosotros la comprendemos, fué veinte y tres, quedando diez y seis que no se puede decir que hayan obrado de alguna manera a ese respecto. (18)

Por lo tanto encontramos a veinte y tres de los treinta y nueve padres de la patria "que establecieron en el gobierno bajo el cual vivimos," que bajo su resposabilidad oficial y en cumplimiento del juramento dado por ellos, obraron con respecto a esta cuestión especial, que según dice el texto ellos "comprendieron tan bien y aun mejor que lo que nosotros la comprendemos;" y veinte y uno de ellos, que es una buena mayoria de los "treinta y nueve"—obraron con respecto a ella, de modo que hubiesen sido culpables de un notable mal proceder político y de haber quebrantado su juramento, si según su opinión existiese alguna división adecuada entre la autoridad local y la federal, o alguna prescripción en la Constitución que ellos mismos habían redactado y habían jurado mantendrían, que impidiera al Gobierno Federal,

restringir la esclavitud en los territorios federales. Así obraron los veinte y uno, y como el modo de obrar tiene más peso que las palabras, así también la determinación que tomaron bajo su responsabilidad es aun de mucho más peso y más convincente.

Dos de los veinte y tres votaron contra la prohibición de la esclavitud en los territorios federales decretada por el Congreso, en los casos en que tomaron una determinación con respecto a este punto, pero no se sabe cuales eran las razones que les impulsaron a votar de esa manera. Puede ser que lo hicieron porque consideraban que existía una división adecuada entre la autoridad local y la federal o alguna prescripción o principio de la Constitución que se oponía a ello; o puede ser que sin tomar esto en consideración, ellos hayan votado contra la prohibición, en virtud de lo que a ellos les parecía era cosa que debía resolverse en esa oportunidad. Ninguno que ha jurado mantener la Constitución puede en conciencia votar en favor de una medida que él considera es inconstitucional, aunque la considere de mucha utilidad; pero uno puede y debe votar contra una medida que considere constitucional, si al mismo tiempo considera que no es adecuada a las circunstancias del caso. Por lo tanto no se

tendría derecho de aun anotar a los dos que votaron en contra de la prohibición como habiéndolo hecho, porque según su opinión alguna línea divisoria entre la autoridad local y la federal, o alguna prescripción de la Constitución, impidiera al Gobierno Federal que restringiera la esclavitud en el territorio federal. (19)

Los diez y seis restantes de los "treinta y nueve," según lo que he podido descubrir, no dejaron ninguna constancia de lo que ellos comprendían con respecto a la cuestión directa de la restricción de la esclavitud por la federación en los territorios federales. Pero hay muchos datos que nos hacen creer que su modo de ver esa cuestión no era distinta de la que dieron a conocer sus veinte y tres compañeros, si es que hubiesen tenido que manifestar tal opinión. (20)

Con el objeto de atenernos estrictamente al texto, me he abstenido intencionalmente de hablar de la manera de pensar sobre esta cuestión por parte de otras personas, por más distinguidas que fueran, si no formaban parte de los treinta y nueve padres de la patria que redactaron la Constitución original; y por la misma razón he omitido cualquier opinión que hubieran manifestado alguno de los "treinta y nueve," aun respecto de otra faz de la cuestión general referente

a la esclavitud. Si examinaramos su modo de obrar y las declaraciones que hicieron con respecto a esos otros puntos de vista, como con respecto al tráfico de esclavos en el extranjero y a la moralidad y medidas políticas respecto de la esclavitud en lo general, parece que con respecto a esa cuestión directa de la restricción por la Federación de la esclavitud en territorios federales, los diez y seis si hubiesen obrado de alguna manera, lo habrían hecho probablemente como lo hicieron los veinte y tres. Entre esos diez y seis se contaban varios hombres muy notables de aquellos tiempos que se oponían a la esclavitud, tales como el doctor Franklin, Alexander Hamilton y Gouverneur Morris—mientras que no había ninguno que se pudiera considerar que habría obrado de otra manera, a menos que fuera John Rutledge de la Carolina del Sur. (21)

Reasumiendo diremos que de los treinta y nueve padres de la patria que redactaron la Constitución original, veinte y uno de ellos, que constituyen una buena mayoría del número total, seguramente opinaban que no existía una división adecuada entre la autoridad local y la federal, y ninguna parte de la Constitución que impidieran al Gobierno Federal restringir la esclavitud en los territorios federales; mientras que todos los demás

probablemente eran de la misma opinión. Así es que sin duda alguna tal fué la opinión de nuestros padres que redactaron la Constitución original; y el texto que discutimos afirma que ellos comprendieron la cuestión "mejor que lo que nosotros la comprendemos."

Pero hasta ahora yo solamente he tomado en consideración la opinión que respecto a este punto tuvieron los que redactaron la Constitución original. En tal documento, y en virtud de él, se prescribe un método para enmendarlo; y como ya he dicho anteriormente el sistema actual de "gobierno bajo el cual vivimos," consiste de ese documento y de doce artículos enmendatorios que fueron redactados y adoptados después. Los que ahora insisten en que la restricción federal de la esclavitud en los territorios federales quebranta la Constitución, nos hacen referencia a las disposiciones que ellos suponen se quebrantan de esa manera; y como yo entiendo ellos se fijan en disposiciones que están comprendidas en estos artículos de enmienda y no en el documento original. La Suprema Corte en el caso de Dred Scott se refiere especialmente a la quinta enmienda, que prescribe que a ninguna persona se le puede privar "de la vida, la libertad o la propiedad sin el debido procedimiento de ley"; mientras que el

Senador Douglas y sus compañeros especiales se refieren exclusivamente a la décima enmienda, que prescribe que "las facultades que no están delegadas a los Estados Unidos por la Constitución" "quedan reservadas a los Estados respectivamente o al pruebo." (22)

Pues bien, sucede que esas enmiendas fueron redactadas por el primer Congreso que celebró sus sesiones bajo la Constitución—el Congreso idéntico que aprobó la ley ya mencionada para poner en vigencia la prohibición de la esclavitud en el territorio del Noroeste. No solamente fué el mismo Congreso, pero los mismos e idénticos individuos los que, en la misma sesión y al mismo tiempo dentro de la sesión estaban tomando en consideración y progresaban en sus discusiones para aprobar esas enmiendas constitucionales y esa ley que prohibe la esclavitud en todo el territorio que pertenecía a la nación. Fueron presentadas primero las enmiendas constitucionales, y fué aprobada después la ley que ponía en vigor la Ordenanza de '87; así es que durante todo el tiempo que estuvo pendiente el proyecto de ley para poner en vigor la Ordenanza, también estaban pendientes las enmiendas constitucionales. (23)

Los setenta y seis miembros de ese Congreso, en que se incluyen seis de los que redactaron la

Constitución original, como ya queda dicho, eran indiscutiblemente nuestros padres que habían establecido esa parte "del gobierno bajo el cual vivimos," que ahora se dice impide al Gobierno Federal que restrinja la esclavitud en los territorios federales.

¿No parece algo fatuo por parte de alguien que ahora en esta época asegure que dos cosas que ese Congreso redactó con toda deliberación y que aprobó al fin y al mismo tiempo, están enteramente en pugna una con otra? ¿Y no parece que ese aserto es enteramente absurdo, si se equipara con esa otra afirmación hecha por el mismo individuo, de que los que hicieron estas dos cosas que se suponen estaban en pugna entre sí, comprendieron que en realidad estaban en pugna mejor que nosotros—mejor que aquel que asegura que así están en pugna?

Se puede asegurar firmemente que los treinta y nueve que redactaron la Constitución original, y los setenta y seis miembros del Congreso que redactaron las enmiendas a ese documento si se toman en conjunto, indudablemente incluyen los que pueden llamarse de manera adecuada "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual vivimos." (24) Y si así lo suponemos, desafío a cualquiera que me demuestre que uno

sólo de ellos, en toda su vida, declaró que, según su opinión, existiera una división adecuada entre la autoridad local y la federal, o en cualquier parte de la Constitución, que impidiera al Gobierno Federal de restringir la esclavitud en los territorios federales. Y aun voy más lejos, pues desafiò a cualquiera que me demuestre algún hombre que se encuentra en cualquier parte del mundo que antes del siglo actual (y aun pudiera decir antes del principio de la última mitad del siglo actual), declarase, que según su opinión existía alguna división adecuada entre la autoridad local y la federal, o alguna parte de la Constitución, que impidiera al Gobierno Federal restringir la esclavitud en los territorios federales. A todos los que declaren eso, los refiero no solamente a "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual vivimos," sino además de ellos a todos los hombres que vivieron durante el siglo en que se estableció, y ellos pueden buscar pero no podrán encontrar las pruebas de ningún sólo hombre que esté de acuerdo con ellos.

Ahora bien quiero que no se me juzgue mal e interprete erròneamente lo que digo. Yo no quiero decir que debemos seguir implicitamente todo lo que nuestros padres hicieron. Si así se hiciera, tendriamos que desechar todos los ade-

lantos de la experiencia moderna—rechazar toda clase de progreso—toda clase de mejora. Lo que si quiero decir es que si nosotros queremos verificar un cambio con referencia a lo que opinaban y consideraban adecuado nuestros padres en cualquier caso, lo debiamos hacer con pruebas tan concluyentes, y argumentos tan claros, que aun el peso de su gran autoridad bien tomada en consideración podría ser desechada; y más aun sobre todo en un caso en que nosotros declaramos que ellos comprendían la cuestión mejor que nosotros mismos.

Si en la actualidad existiera algún individuo que con toda sinceridad creyera que una división adecuada de la autoridad local de la federal, o de cualquier parte de la Constitución, impedían al Gobierno Federal que restringiera la esclavitud en los territorios federales, él tiene pleno derecho de decirlo y de fortalecer su opinión por medio de todas las pruebas verídicas y argumentos adecuados que pueda aducir, pero no tiene el derecho de torcer la opinión de los demás, que tienen menos oportunidad de examinar la historia y menos momentos de ocio para estudiarla, y hacerles creer que "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el que vivimos," tenían la misma opinión—pues así sustituyen la mentira y el

engaño por pruebas fehacientes y buenos argumentos. Si existiera alguna persona en esta época que sinceramente creyese, que "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual vivimos," hicieron uso y aplicaron principios, en otros casos, que debieron hacerles comprender que existía una división adecuada entre la autoridad local y la federal o alguna parte de la Constitución, que impedía al Gobierno Federal restringir la esclavitud en los territorios generales, tiene el derecho de decirlo. Pero al mismo tiempo debería asumir la responsabilidad de declarar que, según su opinión, él comprende sus principios mejor que lo que ellos los comprendieron, y sobretodo no debe eludir tal responsabildad asegurando que ellos "comprendieron la cuestión tan bien y aun mejor que lo que nosotros la comprendemos actualmente."

Pero ya basta de esta discusión, *Dejemos que los que creen que nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual vivimos comprendieron esta cuestión tan bien y mejor que nosotros la comprendemos actualmente," deben hablar como ellos hablaron, y deben obrar como ellos obraron. Esto es lo que todos los republicanos, lo que todos los republicanos desean, con referencia a la esclavitud Que quede designado nuevamente, como lo designaron nuestros padres que es un mal que no debe extenderse, pero que*

*debe tolerarse y protegerse, solamente porqué y hasta donde su presencia actual entre nosotros requiere que sea necesaria tal tolerancia y protección. Que todas las garantías que nuestros padres le dieron, se mantegan sin demostrar resentimiento, por ello sino amplia y equitativamente.* Esto es lo que abogan los Republicanos y ésto es en lo que están de acuerdo, y con lo que quedarán satisfechos. Y ahora si es que quisieran oirme—aunque supongo que no lo desearan—dirigiré algunas cuantas frases al pueblo del Sur.

Yo les diría: "Ustedes consideran que son un pueblo razonable y justo, y yo considero que, con respecto a las dotes de razón y justicia ustedes no son inferiores a ningún otro pueblo. Y sin embargo cuando ustedes hablan de nosotros los Republicanos, solamente lo hacen para llamarnos reptiles, o cuando menos nos dicen que somos casi malhechores. Y sin embargo ustedes permiten que presenten sus argumentos los piratas o los asesinos, pero no conceden ese derecho a los "Negros Republicanos." En todas las discusiones que ustedes tienen entre si consideran como primer principio que debe afirmarse es incondicionalmente el condenar al "Republicanismo Negro." En realidad parece que esa condenación es un requisito indispensable, o digamos más

bien la licencia que tiene uno que obtener para que se le deje o permita que hable. Ahora bien ¿que no pudieran ustedes pensar por un momento y decidir, si ésto es justo, no solamente con respecto a nosotros, sino con respecto a ustedes mismos? Presenten ustedes sus acusaciones y cargos, y después tengan la suficiente paciencia para oirnos negarlos o justificarlos.

Ustedes dicen que nosotros somos localistas; ésto nosotros lo negamos, y así establecemos un punto de discusión y el peso de las pruebas está a cargo de ustedes. Presentan ustedes esas pruebas, ¿y cuáles son? Pues que nuestro partido no existe en la localidad de ustedes, y que no recibe ningunos votos en su favor en tal localidad. El hecho es sustancialmente real y verdadero, ¿pero qué eso prueba el punto en disputa? Si fuera así entonces en caso de que, sin cambiar de principios, nosotros comenzaramos a obtener votos en la localidad de ustedes, cesariamos de ser localistas. No pueden ustedes evadir tal conclusión, y les pregunto si estarían de acuerdo en que eso fuera así. Si están ustedes de acuerdo, probablemente ustedes llegarán a notar que nosotros cesaremos de ser localistas, porque obtendremos votos en la localidad de ustedes este mismo año. Principiarán ustedes entonces a descubrir como es la

realidad del hecho, que la prueba aducida no pone punto final a esta disputa. La circunstancia de que no conseguimos votos en la localidad de ustedes es cosa que depende de ustedes y no de nosotros. Y si hay algún mal en ese hecho, ese mal es desde luego un mal cometido por ustedes, y así quedará hasta que demuestren que nosotros nos oponemos a ustedes en virtud de algún principio o práctica errónea. Si nos oponemos a ustedes por algún principio o práctica errónea, es debido a nuestra propia falta; pero eso trae la discusión al punto en que debió haberse iniciado, a una discusión de lo bueno o malo que es nuestro principio. Si nuestro principio, al ponerse en práctica, causara algún mal a la localidad de ustedes para beneficiar a la nuestra, o para cualquier otro objeto, entonces nuestro principio y nosotros mismos seremos localistas, y debiamos ser criticados y encontrar oposición por tal razón. Asi es que deben ustedes discutir el punto primordial de que es si nuestros principios se llevan a la práctica podrían causar algún mal a las localidades de ustedes, y si asi sucediera, es muy posible que algo se pudiera aducir en favor de nuestro lado de la cuestión. ¿Aceptan ustedes esto? No; entonces ustedes creen en realidad que el principio que "nuestros padres que establecieron el gobierno

bajo el cual vivimos," lo consideraron tan justo que lo adoptaron y lo aprobaron en distintas ocasiones, bajo sus juramentos oficiales, es un hecho tan claramente malo que merece que ustedes lo condenen, sin tomarlo en consideración por un solo momento.

Ustedes siempre hacen alarde ante nosotros de la advertencia contra partidos localistas que dió Wáshington en su Discurso de Despedida. Menos de ocho años antes de que Wáshington diera este consejo, él había, en su carácter de Presidente de los Estados Unidos, aprobado y firmado una ley del Congreso, en que se ponía en vigor la prohibición de la esclavitud en el Territorio del Noroeste, ley que implicaba la política que seguía este gobierno con respecto a ese asunto, hasta el mero momento en que él redactó ese consejo; y como un año después que lo escribió, él dirigió una carta a Lafayette, en que decía que consideraba esa prohibición como medida justa, expresando al mismo tiempo su esperanza de que llegara la época en que nosotros tuvieramos una confederación de estados libres. (25)

¿Si se toma ésto en consideración, y si se nota que el localismo, se ha suscitado con respecto a este asunto después de esa advertencia de Wáshington, puede considerarse tal advertencia como

una arma en manos de ustedes contra nosotros o en nuestras manos contra ustedes? ¿Si Wáshington pudiera él mismo dirigirnos la palabra, no le echaría la culpa de ese localismo a nosotros que apoyamos su política o a ustedes que la repudían? Nosotros respetamos ese consejo de Wáshington y lo recomendamos a ustedes junto con su ejemplo dado para demostrar la manera adecuada de su aplicación.

Pero ustedes dicen que son conservadores—eminentemente conservadores—mientras que nosotros somos revolucionarios, destructores o alguna cosa parecida. ¿Cuál es el sistema conservador? ¿No es el guardar lo antiguo y probado contra lo nuevo y que no se ha probado? Nosotros apoyamos y estamos de acuerdo con la antigua é idéntica política respecto de este punto de nuestra disputa que fué adoptada por "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual vivimos"; mientras que ustedes todos están acordes en rechazar y criticar y escarnecer esa antigua política, e insistir en que se substituya algo nuevo en su lugar. Es verdad que ustedes no están de acuerdo entre ustedes mismos, sobre cual debiera ser lo que la substituya. Están ustedes divididos con respecto a nuevas proposiciones y planes, pero hay enteramente unanimidad en rechazar y criti-

car la antigua política de los padres de la patria. Algunos de ustedes están en favor de revivir el tráfico de esclavos del extranjero; otros quieren establecer un Código del Congreso sobre la esclavitud para los territorios; otros optan porque el Congreso impida que los territorios prohiban la esclavitud dentro de sus límites; otros aún quieren que se mantenga la esclavitud en los territorios por medio del poder judicial, y algunos otros están a favor del "gran principio" de que "si un hombre hace esclavo a otro, un tercero no tiene derecho de oponerse a ello," lo cual se han imaginado llamar "soberanía popular"; pero no hay ninguno de ustedes que estén a favor de la prohibición federal de la esclavitud en territorios federales, de conformidad con la práctica ejercida por "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual vivimos." Ninguno de todos los planes de ustedes tienen un antecedente o uno que abogare a su favor en el siglo en que tuvo origen nuestro gobierno. Pueden ustedes por lo tanto reflexionar y decir si su idea de que son ustedes conservadores y la acusación de que nos hacen de que nosotros somos destructores, tiene bases sólidas y duraderas.

También ustedes dicen que nosotros hemos dado a la cuestión de la esclavitud mayor prominencia que lo que antes tenía. Eso lo negamos.

Sí admitimos que es más prominente, pero negamos que sea eso culpa nuestra. No fuimos nosotros sino ustedes que desecharon la antigua política de los padres de la patria. Nosotros nos opusimos y seguimos oponiéndonos a la innovación que ustedes quieren hacer, y ésto es lo que ha dado lugar a la mayor prominencia que tiene esta cuestión. ¿Quieren ustedes que esa cuestión asuma sus anteriores proporciones? Pues deben volver a la antigua política y abogar en favor de ella. Lo que sucedió antes sucederá ahora bajo iguales circunstancias. Si quieren ustedes que impere la paz de los tiempos anteriores, adopten de nuevo los principios y la política de esos tiempos anteriores.

Ustedes nos acusan de que tratamos de iniciar insurecciones entre sus esclavos. Lo negamos; y ¿qué prueba tienen ustedes de ello? ¡Harper's Ferry! ¡John Brown! John Brown no era republicano, y ustedes no han podido lograr complicar a ningún republicano en su atentado en Harper's Ferry. Si algún miembro de nuestro partido tuvo complicidad en ese incidente, ustedes deben saberlo o no saberlo. Si ustedes lo saben, no tienen ninguna excusa de no indicar quien fué ese hombre y probar el hecho. Si ustedes no lo saben no tienen excusa de asegurarlo, y sobre todo

de insistir en su aseveración, después que han tratado ustedes de presentar las pruebas correspondientes y no han podido hacerlo. No es necesario decir a ustedes que el insistir en una acusación que uno sabe no está bien fundada, es simplemente un libelo malicioso. (26)

Algunos de ustedes confiesan que ningún republicano intencionalmente ayudó o fomentó el incidente de Harper's Ferry; pero insisten en que nuestras doctrinas y declaraciones por fuerza dieron tal resultado. Nosotros no lo creemos, pues sabemos que no abogamos en favor de ninguna doctrina y que no hacemos ninguna declaración que no fué abogada y hecha por "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual nosotros vivimos." Ustedes nunca han tratado de ese incidente con lealtad con respecto a nosotros. Cuando tuvo lugar se iban a verificar algunas elecciones importantes en varios Estados, y muy contentos estuvieron ustedes creyendo que al acusarnos de lo ocurrido, ustedes nos ganarían la delantera en esas elecciones, pero ellas se verificaron y quedaron fallidas las esperanzas de ustedes. Todo partidario republicano supo, al menos en cuanto se refería a su propia persona, que la acusación era falsa y ella no pudo inducirlo a que diera su voto a favor de ustedes. Las doctri-

nas y declaraciones republicanas siempre iban acompañadas de una protesta constante contra cualquiera intromisión con respecto a los esclavos de ustedes, o con referencia a tales esclavos. Indudablemente que esto no era para incitarlos a la rebelión. Es verdad que nosotros lo mismo que "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual vivimos," declaramos nuestra creencia de que la esclavitud es un mal; pero los esclavos ni aun nos oyen decir tal cosa. Cualquier aserto que pudieramos nosotros hacer sólo puede llegar a oídos de los esclavos que apenas saben que existe un partido republicano. Yo creo que de hecho no sabrían como cosa segura que existiera tal partido, si no fuera por las acusaciones que ustedes lanzan contra nosotros y que llegan a sus oídos. En las discusiones políticas que ustedes tienen entre si, cada fracción acusa a la otra de simpatizar con el Republicanismo Negro, y entonces para sostener esta acusación definen el Republicanismo Negro como simplemente sinónimo de la insurrección, la sangre y la tormenta entre los esclavos.

Ahora hay insurrecciones entre los esclavos, con no más frecuencia, que antes que se organizara el partido Republicano. ¿Qué es lo que produjo la insurrección de Southampton hace unos veinte

y ocho años, durante la cual hubo más de tres veces la pérdida en número de vidas mayor que las que ocurrieron en Harper's Ferry? (27) Apenas pueden ustedes tener una imaginación tal elástica que les pueda sugerir la idea de que lo de Southampton fué "preparado por el Republicanismo Negro." En las actuales circunstancias de los Estados Unidos yo no creo que sería posible una insurrección de esclavos o una de alguna extensión. El plan concertado de acción que sería indispensable para ello no puede efectuarse. Los esclavos no tienen modos rápidos de comunicación, y ningún hombre libre ya sea blanco o negro, pudiera suplir eso con sus ideas de revolución. Los materiales explosivos se ven por doquiera en pequeños montones, pero no se puede suplir ni existe la mecha que pudiera causar su explosión.

El pueblo del Sur habla mucho sobre el cariño que los esclavos tienen hacia sus dueños, y parte de esta aseveración es exacta. El complot que se formara para un levantamiento difícilmente se podría arreglar y comunicar a veinte individuos, sin que alguno de ellos lo delatara, a fin de salvar la vida de un amo o una ama favoritos de él. Esta es la regla y la revolución esclava de Haiti, no es excepción de tal regla, sino un caso que se verificó en circunstancias especiales. (28) El

complot de la pólvora que relata la historia de Inglaterra aunque no tenía ninguna conexión con los esclavos, es más adecuado al caso. Entonces hubo como veinte a quienes se les confió el secreto; y sin embargo uno de ellos muy ansioso para salvar a un amigo, descubrió el complot a ese amigo, y por lo tanto evitó la calamidad. Habrá envenenamientos de vez en cuanto en las cocinas, y asesinatos ocultos o públicos en los campos y aun motines locales que comprendan a unas veinte o más personas, y todo eso seguirá ocurriendo como resultado natural de la esclavitud. Pero no creo que pueda surgir una insurrección general de esclavos en este país, dentro de mucho tiempo. El que tenga tales temores o el que desee que suceda tal acontecimiento, verá fallidas sus esperanzas.

Citemos las frases del señor Jefferson que pronunció hace muchos años: "Todavía tenemos la facultad de reglamentar el sistema de emancipación y deportación por medios pacíficos, y así poco a poco el mal irá desapareciendo insensiblemente y lo veremos en su lugar *pari passu*, reemplazado por trabajadores libres y blancos. Si al contrario se deja ejercer sus propias fuerzas, la naturaleza humana tentrá que estremecerse al pensar en lo que pueda ocurrir." (29)

El señor Jefferson no quizo decir, ni yo lo dijo,

que la facultad de verificar la emancipación está en manos del Gobierno Federal. Él habló de Virginia; y en cuanto a la facultad de la emancipación yo hablo solamente con respecto a los estados en que existe la esclavitud. Sin embargo el Gobierno Federal, como ya insistimos, tiene la facultad de restringir la extensión del sistema—la facultad de impedir que una insurrección de esclavos pueda verificarse en la parte del territorio americano que ahora está libre de la esclavitud.

El atentado de John Brown fué algo especial y no fué una insurrección de esclavos. Fué la tentativa de hombres blancos para promover un motín entre los esclavos, en el cual los esclavos no quizieron tomar parte. En verdad era tan absurdo que los mismos esclavos aún en su propia ignorancia comprendieron desde luego que no podía tener éxito. Este incidente, si se examina filosóficamente, se parece a las muchas tentativas a que se refiere la historia sobre asesinatos de reyes y emperadores. Un hombre entusiasta piensa continuamente en la opresión de un pueblo, hasta que se imagina que el cielo lo ha indicado para darle su libertad. Hace la tentativa, y ésa generalmente tiene por resultado que él sea ejecutado. La tentativa de Orsini contra Luís Napoleón y la tentativa de John Brown en Harper's Ferry, eran

bajo el prisma filosófico de la misma clase. El vivísimo deseo que se demostró de acusar a la antigua Inglaterra en un caso, y a la Nueva Inglaterra en el otro, no militan contra la semejanza de los dos incidentes.

¿Y cómo les gustaría a ustedes, si eso fuera posible, hacer uso del incidente de John Brown, de Helper's Book, y de otros parecidos para dar el golpe de gracia al partido Republicano? Puede modificarse la manera de obrar de los seres humanos hasta cierto grado, pero la naturaleza humana nunca cambia. Existe un sentimiento y una opinión adversa a la esclavitud en esta nación, que dió por resultado cuando menos como un millón y medio de votos. Ustedes no puden eliminar por completo esa opinión y ese sentimiento al tratar de echar abajo el partido político que los sostiene. Difícilmente podrán ustedes derrotar y dispersar un ejército que se ha formado en buen orden bajo el fuego más nutrido; pero aun si ustedes pudieran hacerlo ¿cómo podrían salir victoriosos con sólo cambiar el sistema pacífico de la urna electoral por otro método distinto? ¿Cuál sería probablemente ese método o esa vía? ¿Podrian disminuirse o ampliarse el número de los John Browns por medio de tal cambio?

¿Preferirían ustedes destruir la Unión antes que

someterse a que les fueran negados sus derechos constitucionales? (30)

Todo ésto parece verdaderamente algo exagerado; pero podía disculparse aunque no pudiera justificarse, si nos propusieramos por medio de la mera fuerza de nuestro número, privar a ustedes de algún derecho que les está claramente concedido en la Constitución. Pero nosotros no tenemos la intención de hacer tal cosa.

Cuando ustedes presentan estas declaraciones, se refieren específicamente y de manera muy clara a un supuesto derecho constitucional de que gozan ustedes, de llevar a sus esclavos a los territorios federales, y de mantenerlos allí como su propiedad, pero tal derecho no está consignado de ninguna manera en la Constitución, y ese documento en realidad no se refiere en lo más mínimo a tal derecho, y nosotros por nuestra parte negamos que tal derecho exista en la Constitución, aunque sea simplemente de manera indirecta.

El objeto de ustedes, por lo tanto, si se explica con toda claridad, es que ustedes destruirán el gobierno, a menos que se les permita interpretar y hacer cumplir la Constitución según los deseos de ustedes, con respecto a todos los puntos que estén en disputa entre ustedes y nosotros. Quiere decir que ustedes o mandarán, o destruirán todo

de cualquier manera. Esto es a todas claras lo que ustedes quieren decir. Puede ser que ustedes consideren que la Suprema Corte ha resuelto la cuestión constitucional que disputamos en favor de ustedes, pero eso no es cierto Pero si hacemos a un lado la distinción que formulan los abogados entre el fallo y la opinión de un tribunal, éste ha resuelto la cuestión de cierta manera a favor de ustedes. El tribunal ha dicho en sustancia que ustedes tienen el derecho constitucional de llevar a los esclavos a los territorios federales y guardarlos allí como propiedad de ustedes. Cuando digo que el fallo era dado en cierta manera a favor de ustedes, quise decir que fué dado por un tribunal cuyos jueces no votaron unánimamente, sino por una mera mayoría de ellos, y que no estuvieron de acuerdo entre si acerca de los fundamentos de su fallo; (31) que fué dado de modo que los que lo apoyan no están de acuerdo entre sí respecto de su significado y que en gran parte le servía de base una equivocación respecto de los hechos—el que se aseguraba en el fallo que "el derecho de propiedad en un esclavo está confirmado de manera clara y expresa en la Constitución." (32)

Si se examina la Constitución, se verá que el derecho de propiedad en un esclavo, no está "confirmado de manera clara y expresa" en ese

documento. Debe tenerse en consideración que los jueces no basan su fallo judicial en que ese derecho está *indirectamente* confirmado en la Constitución; pero confirman la justicia de tal fallo bajo la suposición de que está "*confirmado de manera clara y expresa*"—"clara," ésto es, que no se ha mezclado con otra cosa—"expresa," quiere decir, que las palabras que se refieren a ese punto no puede dar lugar a ninguna otra interpretación, ni a ninguna otra inferencia.

Si ellos hubiesen basado su fallo judicial únicamente en que ese derecho está confirmado en el documento de manera indirecta, quedaría todavía el derecho de que otros pudieran demostrar que ni la palabra "esclavo," ni la palabra "esclavitud," se encuentran en la Constitución, ni aun la misma palabra "propiedad," relacionadas con frases que se refieren a las cosas esclavo o esclavitud, y que siempre que en ese documento se menciona al esclavo, se le llama "persona";—y que siempre que se hace referencia al derecho legal del amo se trata de tal derecho y se refiere a él como "servicio o trabajo que se deban,"—como una deuda que se debe pagar en servicio o trabajo. (33) También se podría desmostrar por medio de la historia contemporánea que esta manera de referirse a los esclavos y a la esclavitud, en lugar de

hablar de ellos, se empleaba con el objeto de excluir de la Constitución la idea de que pudiera existir el derecho de propiedad en un hombre.

Todo esto es muy fácil de comprobar con toda seguridad. (34)

¿Si se les demuestra a los jueces que cometieron ese error tan palpable, no debe suponerse que ellos retirarán el aserto erróneo y volverán a tomar en consideración el fallo que ellos dieron fundándose en tal error?

Y debemos también recordar que "nuestros padres que establecieron el gobierno bajo el cual vivimos"—los hombres que redactaron la Constitución—resolvieron esta cuestión constitucional en nuestro favor, hace ya muchos años—la decidieron sin que hubiera ninguna diferencia de opinión entre ellos al resolverla, sin que hubiera ninguna división entre ellos, respecto de su significado después de que redactaron la Constitución, y según todas las pruebas que tenemos a la vista, sin que tuvieran por fundamento alguna idea errónea sobre los hechos.

¿Bajo tales circunstancias se consideran ustedes justificados en destruir este gobierno, a menos que un fallo de tribunal como es el de ustedes se acatara desde luego, como la regla final y terminante para la política que debe seguir el gobierno?

¿Pero ustedes no quieren acatar el fallo de la elección si fuere en favor de un Presidente Republicano? Si tal acontecimiento se verificase, ustedes dicen que destruirán la Unión, y además agregan que el gran crimen de haberla destruido recaerá sobre nosotros. Eso parece extraño. Un ladrón coloca su pistola al oído de uno y entre dientes murmura: "Párese y entregue su dinero o yo mataré a usted, y entonces usted será considerado como un asesino."

Por supuesto que lo que el ladrón exigía de mi, mi dinero—era mi propiedad, y yo tenía pleno derecho de guardarlo, pero no era mayor ese derecho de propiedad, que el de mi propio voto y la amenaza de matarme, de robar mi dinero y la amenaza de destruir la Unión y de anular mi voto casi no se pueden distinguir en principio.

Dirigiré algunas cuantas palabras a los Republicanos. *Es muy de desearse que todas las partes de esta gran Confederación estén en paz y obren en armonía entre sí. Debemos nosotros los Republicanos hacer todo lo que nos corresponda a ese respecto; aunque mucho se nos provoque no debemos obrar nunca guiados ni por la pasión, ni por el enojo. Aunque el pueblo sureño no quiera escucharnos, debemos tomar sus indicaciones en consideración*

*y acatarlas, si según nuestro claro deber así podriamos hacerlo.* (35) Debemos ver lo que ellos dicen y hacen, y tomando en consideración su punto de vista de la controversia con nosotros, debemos resolver si es posible lo que pueda satisfacerlos.

¿Podrá satisfacerlos que se les entreguen incondicionalmente los territorios? Sabemos que nó. En todas sus actuales quejas contra nosotros apenas se hace alusión a los territorios. De lo que se habla con insistencia es invasiones e insurrecciones. ¿Quedarán ellos satisfechos si de aqui en adelante no tenemos nada que ver con las invasiones e insurrecciones? Nosotros sabemos que nó, y eso lo sabemos porque estamos seguros de que jamás nos hemos mezclado en ninguna invasión o insurección; y a pesar de que así nos hemos abstenido de tomar parte en ellas, eso no nos ha librado de sus acusaciones y quejas.

Volvemos pues a la cuestión primordial de saber como quedarán satisfechos. Solamente de esta manera. No solamente debemos dejarlos obrar a su albedrio, sino debemos convencerlos de que así los dejamos obrar. Esto según nuestra experiencia es una labor poco fácil, puesto que hemos estado tratando de convencerlos desde que iniciamos nuestra organización y no lo hemos podido lograr. En todas nuestras plataformas y discursos

siempre hemos protestado nuestros propósitos de dejarlos obrar libremente, pero ésto de ninguna manera los ha convencido. Y aún no hemos logrado convencerlos, cuando se ha comprobado el hecho de que jamás han podido demostrar que alguien ha tratado de impedirles que obraran como les conviniera.

Si estos métodos naturales, y que parecen adecuados, no han tenido resultado ¿cómo podremos lograr convencerlos? Solamente y únicamente de esta manera, dejar de considerar a la esclavitud como un *mal* y decir que es un *bien*, y ésto se debe hacer de manera convincente, por medio de hechos igualmente que con palabras. El silencio no nos será permitido, pues debemos ponernos abiertamente del lado de ellos. Se debe aprobar y poner en vigor la nueva ley de sedición del Senador Douglas, y suprimir todas las declaraciones de que la esclavitud es ilícita que hayan sido hechas en las plataformas políticas por la prensa, en el púlpito o en lo particular. Debemos arrestar y devolverles sus esclavos que se han fugado, y eso lo debemos hacer con gran júbilo. Debemos desechar nuestras constituciones de Estados libres. Débese desinfectar toda la atmósfera de cualquier germen de oposición a la esclavitud, antes de que ellos cesen de creer que todos sus males proceden de nosotros.

Estoy seguro de que ellos no expresan su modo de ver exactamente de esta manera. Los más de ellos probablemente nos dirían: "Déjennos solos, no nos hagan nada, y digan lo que quieran sobre la esclavitud." ¡Pero si nosotros los hemos dejado solos, no los hemos molestado de ninguna manera, así es que después de todo, es lo que decimos lo que no les satisface. Continuarán acusándonos de que obramos mal hasta que cesemos de hablar.

Yo sé muy bien que hasta ahora no han pedido terminantemente que se anulen nuestras Constituciones de Estados libres. (36) Y sin embargo esas Constituciones declaran que la esclavitud es ilícita, y con un énfasis aun más solemne que lo que se ha expresado en su contra en otros escritos; y cuando ya se hubiese impuesto el silencio con respecto a esas aseveraciones, se pediría la anulación de aquellas constituciones y nada podría impedir que se llevara a efecto tal demanda. Y debe considerarse que así sucederá, aunque por ahora no sean tan exigentes. Pero al exigir lo que ahora exigen y fúndandose en las razones que alegan, seguirán con sus exigencias hasta conseguir lo que hemos indicado. Como ellos consideran que la esclavitud es lícita según la moral, y que es un sistema culto, nunca cesarán de pedir que se

le reconozca en toda la nación por completo, como un derecho legal, como un bien social. (37)

Y nosotros por nuestra parte no podriamos en justicia oponernos a eso, excepto apoyándonos en nuestra convicción de que la esclavitud es ilícita. Si la esclavitud es lícita todas las frases, los hechos, las leyes y las constituciones adversas a ella, son ilícitas y debian destruirse y anularse. Si es lícita, nosotros no podriamos en derecho oponernos a que se nacionalizara y a que fuera aprobada universalmente. Si es una cosa ilícita no tienen derecho de insitir en su ampliación o en que se pueda extender. (38) Al pensar ellos que es un bien y nosotros que es un mal, surge la base de toda la controversia. Puesto que consideran que es un bien, como así lo consideran, no se les puede culpar de su deseo de que sea enteramente reconocido como cosa lícita, pero si nosotros consideramos que es un mal y es ilícito, como así lo consideramos, ¿deberemos aceptar su modo de ver? ¿Deberemos dar nuestros votos en favor de esa opinión y en contra de la nuestra propia? ¿si tomamos en consideración nuestras responsabilidades sociales y políticas, podriamos hacer eso? Aunque consideramos que la esclavitud es un mal, podemos dejarlo como está en la actualidad, porque eso es necesario en virtud de que actual-

mente existe en la nación, ¿pero cómo es que debemos permitir, si tenemos nuestros votos para impedirlo, que se extienda a los territorios nacionales y que llegue hasta cundir en estos estados libres? Si nosotros comprendemos nuestro deber y éste nos lo impide, debemos cumplir con ese deber sin temor alguno y con todo vigor. No debemos desviarnos del recto camino debido a esos sofismas que encontramos a nuestro paso y que se nos presentan en tropel—tales sofismas como el de buscar algún término medio entre el bien y el mal, lo cual sería tan difícil como el encontrar a un hombre que ni al mismo tiempo viviera ni estuviera muerto—esa política de "no me importa" con respecto a un punto de controversia que tiene que importar a todo hombre sano—esos consejos unionistas en que se les pide a los hombres leales, que apoyan la Unión, que cedan a los separatistas y de esa manera invierten la ley divina, y piden que se arrepientan no los pecadores sino los que obran bien—tales como el exhortar a Wáshington, suplicándole que niegue lo que Wáshington dijo, y que nulifique lo que Wáshington hizo.

Tampoco debemos cejar en el cumplimiento de nuestro deber, temiendo los cargos injustos que se hagan contra nosotros, y tampoco atemorizarnos por las amenazas de la destrucción de

nuestro gobierno y que se nos reducirá a prisión. DEBEMOS TENER PLENA CONFIANZA DE QUE EL DERECHO DA LA FUERZA, Y QUE CONFIANDO EN ESO TENEMOS QUE CUMPLIR SIN TEMOR Y HASTA EL FIN NUESTRO DEBER SEGUN NOSOTROS LO COMPRENDEMOS.

## NOTAS

Nota 1.—La Constitución fué legalizada el 17 de septiembre de 1787. Fué ratificada por todos los Estados, con excepción de la Carolina del Norte y de Rhode Island en 1788, y se puso en vigor el primer miércoles de enero de 1789. El Primer Congreso propuso, en 1789, diez artículos de enmienda, todos los cuales fueron ratificados. El artículo XI de las enmiendas fué preparado por el Tercer Congreso en 1794, y el artículo XII por el Octavo Congreso en 1803. Otro artículo fué propuesto por el Onceno Congreso, en que se prohibía que los *ciudadanos* recibieran títulos de nobleza, regalos o empleos de las naciones extranjeras. Aunque éste se encuentra impreso como una de las enmiendas, nunca fué ratificado, y sólo fué aprobado por doce Estados *Véase* el mensaje del President Monroe, del 4 de febrero de 1818.

Nota 2.—La Convención consistió de *sesenta y cinco* miembros diez de los cuales no asistieron a la Convención, y *diez y seis* de los cuales no firmaron la Constitución. De estos diez y seis, seis se negaron a firmar y publicaron las razones en que fundaban su negativa; éstos fueron: Robert Yates y John Lansing, de Nueva York; Edmund Randolph y George Mason de Virginia; Luther Martin, de Maryland; y Elbridge Gerry, de Massachusetts. Alexander Hamilton fué el único que firmó por Nueva York, y Rhode Island no estuvo representaba en la Convención. Los nombres de los treinta y nueve y los Estados que ellos representaron se darán después.

Nota 3.—La cesión del Territorio fué autorizada por Nueva York en febrero 19 de 1780; por Virginia en enero 2 de 1781, y por segunda vez (sin ciertas condiciones que al principio había impuesto) "en sus sesiones que principiaron el 20 de octubre de 1783;" por Massachusetts el 13 de noviembre de 1784; por Connecticut en mayo de 1786; por la Carolina del Sur el 8 de marzo de 1787; por la Carolina del Norte en diciembre de 1789; y por Georgia en una época anterior al mes de abril de 1802.

Las escrituras de cesión fueron otorgadas, por Nueva York el primero de marzo de 1781; por Virginia el 1 de marzo de 1784 por Massachusetts el 19 de abril, 1785; por Connecticut el 13 de septiembre de 1786; por la Carolina del Sur el 9 de agosto de 1787; por la Carolina del Norte el 25 de febrero de 1790; y por Georgia el 24 de abril de 1802. Cinco de estas cesiones fueron por lo tanto otorgadas antes de que se adoptara la Constitución, y una después y la sexta (de la Carolina del Norte) fué autorizada antes y consumada después. La cesión de este Estado contiene la condición expresa de "que no se hará ningún reglamento y no se hará nada por el Congreso con la intención de emancipar a los esclavos." La cesión de Georgia cede el territorio, sujetándolo a la Ordenanza de '87, con excepción de la condición que prohibe la esclavitud.

Estas fechas son también interesantes, si se toman en consideración con las frases extraordinarias del Presidente de la Suprema Corte Taney (19 How., página 434), que "el ejemplo de Virginia fué después imitado por otros Estados," y que (página 436) la facultad de la Constitución "de disponer y hacer todos los reglamentos y las reglas necesarias con respecto al territorio y otra propiedad que pertenecieran a los Estados Unidos," sólo se refería a "la translación al nuevo gobierno de la propiedad que entonces se tenía mancomunada," "y no se refiere a ningún territorio u otra propiedad que la nueva soberanía pudiese después adquirir." Con respecto a este asunto *véase El Federalista*, No. 43, sub. 4 y 5.

Nota 4.—Sherman era de Connecticut, Mifflin de Pennsylvania, Williamson de la Carolina del Norte y McHenry de Maryland.

Nota 5.—Es casi imposible saber cual fué la opinión del señor McHenry. Cuando fué aprobada la Ordenanza del '87 él era miembro de la Convención. Después fué nombrado Secretario de Guerra, y hasta ahora no se ha podido determinar cual fué su opinión. El señor McHenry también escribió una biografía de Lafayette, pero ésta no se puede encontrar en ninguna librería pública entre las que mencionaremos la Biblioteca del Estado de Albany y las Bibliotecas de Astor y de la Sociedad Histórica de Nueva York.

Hablando de él, Hamilton dice en una carta dirigida a Wáshington (*Obras*, vol. vi., página 65): "Usted conoce a McHenry.

No daría mucho peso a la administración, pero no desempeñaría mal su cargo; sus opiniones son buenas."

Nota 6.—William Blount era de la Carolina del Norte y William Few de Georgia, los dos Estados que después cedieron su territorio a los Estados Unidos. Además de esos datos la siguiente cita de un discurso de Rufus King en el Senado, con referencia al proyecto de ley sobre Missouri, demuestra la entera unanimidad con que los Estados del Sur aprobaron la prohibición:

"El Estado de Virginia, que cedió a los Estados Unidos sus derechos a este territorio, consintió, por medio de sus delegados al antiguo Congreso en que se aprobase esta Ordenanza. No sólo Virginia, sino la Carolina del Norte, la Carolina del Sur, y Georgia, por medio de los votos únanimes de sus delegados en el antiguo Congreso aprobaron la Ordenanza de '87, en virtud de la cual queda para siempre abolida la esclavitud en el Territorio del Noroeste del río Ohio. Sin los votos de estos Estados, no se hubiera podido aprobar la Ordenanza; y no se recuerda que hubiese habido oposición por parte de esos Estados a la ley de confirmación que se aprobó en virtud de la actual Constitución.

Nota 7.—"La famosa Ordenanza del Congreso de 13 de julio de 1787, que desde entonces ha constituido bajo cierto aspecto, el modelo para nuestros gobiernos territoriales, y que es igualmente notable por la sencillez y exactitud de su texto, y por su notable enumeración de los principios fundamentales de la libertad civil y religiosa."—*El Juez Story*, 1 *Comentarios*, sección 1312.

"Es bien sabido que la Ordenanza de 1787 fué redactada por el Honrable Nathan Dane de Massachusetts, y que fué aprobada con casi ninguna alteración verbal por el Congreso. Es un monumento imperecedero y notable de su fama."—*El mismo*, nota.

Un comité, del cual fueron miembros William S. Johnson y Charles Pinckney, dictaminó respecto de esa Ordenanza, diciendo que era para "ampliar los principios fundamentales de la libertad civil y religiosa que forma la base, en virtud de la cual se han establecido estas Repúblicas, sus leyes y constituciones; para determinar y establecer esos principios como base de todas las leyes, constituciones y gobiernos que de aquí en adelante se formaran en el expresado Territorio; para proveer también para el establecimiento de Estados y de una administración

permanente, y para que pudieran tomar parte en los consejos de la federación bajo pié y base iguales a las de los Estados primordiales, tan pronto como el interés general lo pueda permitir—

"Por la presente se ordena y declara, en virtud de la autorización ya mencionada, que los siguientes artículos serán considerados como artículos de un pacto entre los Estados primordiales y el pueblo y los Estados de dicho territorio y que para siempre permanecerán inalterables, salvo en virtud de mutuo consentimiento, a saber:" . . . .

"Art. 6. No existirá ni la esclavitud ni la servidumbre involuntaria en dicho Territorio, salvo como castigo por delitos por los cuales el acusado haya sido declarado culpable; quedando bien entendido siempre que ninguna persona que se evada y se refugie en el mismo, de quien se le exija trabajo o servicio lícitamente en algunos de los estados primordiales, tal individuo que se haya fugado podrá ser reclamado legalmente y ser llevado a la persona que debidamente exija su trabajo o sus servicios."

Al ser aprobada la ordenanza, el juez Yates de Nueva York pidió que se dieran los votos afirmativos y negativos, y entonces se notó *que su voto fué el únco dado en la negativa.*

La ordenanza del 23 de abril, 1784 fué un breve compendio de la del '87. Una comisión presidida por el señor Jefferson dictaminó respecto de ella, y el informe respectivo contenía una prohibición de la esclavitud, que debía ponerse en vigor en 1800. Esto fué eliminado del informe, pues seis Estados votaron en favor de que se retuviera. tres a favor de eliminarlo y uno se dividió en la votación (N. C.), y los demás no estaban representados. (El consentimiento de nueve Estados era necesario para que quedara cualquier disposición.) Y ésta es la votación a que se refiere el señor Lincoln. Pero después de eso el 16 de marzo de 1785, Rufus King presentó moción para enviar a dictamen de comisión una proposición de que "no habría ni esclavitud ni servidumbre involuntaria" en ninguno de los territorios, lo que fué aprobado por el voto de ocho Estados, incluso el de Maryland.—*Diario del Congreso Americano*, vol. 4, pp. 373, 380, 481, 752.

Así es que cuando se presentó la ordenanza de '87 ante el Congreso para ser aprobada definitivamente, ya se había estado *discutiendo* el tema de la esclavitud durante casi tres años, y la votación bien fundada y casi unánime de ese cuerpo colegiado

respecto de esa cuestión no deja ninguna duda, respecto de lo que creían los padres de la patria y como ellos obraron en virtud de tal creencia.

Nota 8.—Es extraño y al mismo tiempo afortunadamente sucedió que uno de los "treinta y nueve" "mientras que estaba discutiendo ese documento," a saber, mientras que estaba hablando en favor de su ratificación ante la Convención de Pennsylvania, expresó una opinión sobre esta "cuestión especial," y esa opinión nunca fué tema de disputa ni se puso en duda, en esa o en ninguna otra Convención, y fué aceptada por los adversarios de la Constitución como un hecho indiscutible. Este fué el célebre James Wilson de Pennsylvania. Su opinión es la siguiente:

Lunes, *Diciembre* 3 de 1787.

"Con respecto a la cláusula que impide al Congreso el prohibir la inmigración o importación de tales personas según los Estados que ahora consideraran adecuado de aceptar antes del año de 1788; ese honorable señor dice que esa cláusula no sólamente es obscura, pero aun parece conceder al Congreso durante ese tiempo la facultad de permitir la importación de los esclavos. No se tenía tal intención, pero gustoso diré lo que se hizo y todo lo que se pudo hacer. De acuerdo con la actual Confederación los Estados pueden permitir la importación de los esclavos durante todo el tiempo que lo deseen; pero en virtud de ese artículo, después del año de 1808, el Congreso tendrá la facultad de prohibir tal importación, a pesar de cualquier prescripción del Estado que esté en punga con tal facultad. Considero ésto es como formar la base para desterrar la esclavitud fuera de este país, y aunque la época está más lejana de lo que yo deseara, producirá poco a poco el mismo cambio gradual que surgió en Pennsylvania. Noto con sumo placer que se concede esta facultad al Gobierno Federal, y así se podrá poner un obstáculo a ese tráfico que debe condenarse. Pero también se consigue una ventaja inmediata, y ésto es una contribución o alcabala que puede imponerse por tal importación, que no exceda de diez pesos por cada persona; y ésto, señor, produce el efecto de una prohibición parcial, y es todo lo que se pudo conseguir. Siento mucho que no hubiese sido posible conseguir más, pero tomándolo todo en consideración creo que se debe esperar que dentro de unos pocos años se prohibirá por completo. *Y mientras tanto los nuevos*

*Estados que se formarán estarán sujetos a este respecto al Congreso, y los esclavos nunca podrán ser llevados a ellos."—2 Debates de Elliott*, 423.

Patrick Henry, discutiendo en la Convención de Virginia, dijo lo siguiente:

"¿Qué el Congreso no puede decretar que todo hombre negro debe combatir? ¿No sucedió algo parecido en la última guerra? No nos vimos tan acozados para que fuera necesario hacer la emancipación general; pero la Asamblea aprobó leyes en virtud de las cuales todo esclavo que ingresaba al ejército sería libre. Hay otra cosa que puede contribuir a dar este resultado. Se detesta la esclavitud; notamos sus efectos fatales y deploramos que exista guiados por nuestras ideas humanitarias. Todas estas consideraciones deben ejercer su influencia en la mente del Congreso. ¿Debemos permitirlo? espero que la caballerosidad que distingue a la América y la necesidad de la defensa nacional, obren en conjunto sobre sus mentes y que así puedan examinar ese documento y ver si tienen la facultad de llevar a efecto la manumisión. ¿Dícese que no tienen esas facultades? ¿Qué no tienen la facultad de proveer para el bienestar y defensa generales? ¿Y no debemos considerar que eso implica también la abolición de la esclavitud? ¿No podrian declarar que todos los esclavos eran libres y no tendrían ellos el derecho de hacerlo en virtud de tal facultad? Esto no se puede deducir indirectamente, no es simplemente una suposición lógica, pues el documento claramente define este punto; y tienen la facultad en términos seguros e inequívocos y claramente y con toda exactitud la ejercerán."—*3 Debates de Elliott*, 534.

Edmund Randolph que fué uno de los que redactaron la Constitución, contestó al señor Henry y confesó que sus argumentos eran de peso, pero alegó que en virtud de otras disposiciones no podía aplicarse a los Estados en donde en esa época existía la esclavitud, y de esa manera confesó que el Congreso tenía esa facultad con respecto al territorio que pertenecía a los Estados Unidos.

El Doctor Ramsay, miembro de la Convención por la Carolina del Sur, en su historia de los Estados Unidos, vol. 3, páginas 36, 37, dice: "En virtud de estos principios generales, el Congreso, al organizar las *colonias*, se impuso el deber de conceder a sus habitantes todos los privilegios de los demás Estados tan pronto

como estuvieran en aptitud de gozar de ellos. Durante su infancia el *gobierno sería administrado para ellos* sin gasto alguno, y luego que tuvieran sesenta mil habitantes quedarían autorizados para convocar una convención, y en virtud del consentimiento general de establecer su nueva constitución. Después de hacer eso tendrían el derecho de ser representados en el Congreso y de gozar de todos los derechos que tenían los Estados primordiales. Estos privilegios no se limitan a ningún país o *color* especiales. Se pueden conceder a los esclavos emancipados (puesto que en el nuevo Estado de Ohio, se ha prohibido por completo la esclavitud), a los de la raza cobriza y a otros seres humanos que, después de recibir por algún tiempo y tener cierto grado de civilización, pueden gozar de las ventajas de estar bajo un gobierno bien constituido."

Nota 9.—La Ley de 1789, según la comision la dictaminó, fué recibida y leida el jueves 16 de julio. Se le dió la segunda lectura el viernes 17, y entonces pasó a la Comision general de la Cámara el lunes siguiente. El lunes julio 20 fué tomada en consideración por la Comisión de toda la Cámara, y se dictó la orden de que pasara a tercera lectura al siguiente día; fué aprobada por la Cámara el 21 y entonces se envió al Senado. Se le dió lectura en el Senado por primera vez ese mismo día y se ordenó que pasara a segunda lectura el dia siguiente (julio 22) y el 4 de agosto fué adoptada y el 7 fué aprobada por el Presidente.

Nota 10.—Los "diez y seis" representaban estos Estados: Langdon y Gilman, New Hampshire; Sherman y Johnson, Connecticut; Morris, Fitzsimmons y Clymer, Pennsylvania; King, Massachusetts; Paterson, New Jersey; Few y Baldwin, Georgia; Bassett y Read, Delaware; Butler, Carolina del Sur; Carroll, Maryland; y Madison, Virginia.

Nota 11.—*Véase* la nota anterior, No. 3.

Nota 12.—Capítulo 28, sección 7, Leyes de los Estados Unidos de la Segunda Sesión del Quinto Congreso.

Nota 13.—Langdon fué de New Hampshire, Read de Delaware y Baldwin de Georgia.

Nota 14.—Capítulo 38, sección 10, Leyes de los Estados Unidos de la Primera Sesión del Octavo Congreso.

Nota 15.—Baldwin era de Georgia y Dayton de New Jersey.

Nota 16.—Rufus King, que fué miembro del antiguo Congreso y también de la Convención como representante de Massachusetts,

se trasladó a Nueva York y fué enviado por ese Estado al Senado de los Estados Unidos en su primer Congreso. Charles Pinckney estaba en la Cámara, como representante de la Carolina del Sur.

Nota 17.—Aunque el señor Pinckney se opuso a la "prohibición de la esclavitud," en 1820, sin embargo su opinión con respecto a las *facultades* del Gobierno General pueden juzgarse mejor examinando su modo de proceder en la Convención.

Viernes, *junio 8 de 1787.*—"El señor Pinckney hizo moción para que "la Legislatura Nacional tenga la facultad de oponerse a todas las leyes que adopten las legislaturas de los Estados cuando las considere inadecuadas," en lugar de la cláusula como primeramente apareció en el dictamen respectivo.

"Funda su moción en la necesidad de que exista un poder directivo y ésto considera es la *piedra angular* del actual sistema; y por lo tanto surge la necesidad de restringir las autoridades de los Estados para mantener la buena administración del consejo nacional."—T. 400, *Debates de Elliott.*

Y además el jueves 23 *de agosto de 1787*, el señor Pinckney volvió a presentar su moción con algunas modificaciones.—T. 1409, *Escritos de Madison.*

Y aunque el señor Pinckney, como lo dice con exactitud el señor Lincoln, "siempre votó contra la prohibición de la esclavitud, y contra todo convenio," de todos modos considero la aprobación del Convenio de Missouri como un gran triunfo del Sur, como lo demuestra la siguiente carta:

Salon de Sesiones del Congreso, *Marzo 2 de 1820, a las 3 de la noche.*

Estimado señor:—Me apresuro a informar a usted que en estos momentos acabamos de aprobar el proyecto de admitir a Missouri y toda la Luisiana hasta los treinta y seis grados treinta minutos al sur, libres de la restricción de la esclavitud, y eso dará al Sur en poco tiempo unos seis y puede ser ocho miembros más en el, Senado de los Estados Unidos. Los Estados en que existe la esclavitud consideran ésto como un gran triunfo.

La votación fué muy reñida—noventa contra ochenta y seis votos—y eso fué debido a que se separaron y se ausentaron algunos miembros moderados del Norte. Parece que según la ley actual habrá restricción hacia el norte por los treinta y seis grados

treinta minutos; yo voté en contra como verá usted en la votación; pero eso en la actualidad no importa mucho, pues ni un palmo del territorio que alegan los indios era su propiedad se ha desechado, y en los cuales según las ideas que prevalecen, no se podrá abrir por mucho tiempo una oficina para venta de terrenos.

Respetuosamente soy su atento servidor,

CHARLES PINCKNEY.

pero se pueden aducir pruebas concluyentas sobre las ideas de señor Pinckney, con el sólo hecho de decir que *él mismo fué miembro de la Comisión que dictaminó respecto de la Ordenanza de '87, y que cada vez que estuvo bajo discusión en el Congreso, él votó contra todas las enmiendas.—Diario del Congreso Americano, Septiembre 29, 1786.* Octubre 4. Cuando la Ordenanza se puso a votación finalmente, el señor Pinckney ocupaba su asiento en la Convención, pero no tomó parte en ninguna de las discusiones del Congreso.

NOTA 18.—Si se hace referencia a las notas 4, 6, 10, 13, 15 y 16 se verá que de los veinte y tres que votaron con respecto a la cuestión de prohibir la esclavitud, once eran procedentes de los actuales Estados en que impera la esclavitud.

NOTA 19.—*Veánse* las notas anteriores, 5 y 17.

NOTA 20.—"Los restantes diez y seis" fueron Nathaniel Gorham de Massachusetts; Alexander Hamilton de Nueva York; William Livingston y David Brearly, de New Jersey; Benjamin Franklin, Jared Ingersoll, James Wilson y Gouverneur Morris, de Pennsylvania; Gunning Bedford, John Dickinson, y Jacob Broome de Delaware; Daniel de St. Thomas, Jenifer, Maryland; John Blair de Virginia; Richard Dobbs Spaight de la Carolina del Norte y John Rutledge y Charles Cotesworth Pinckney de la Carolina del Sur.

NOTA 21.—"La única diferencia que existe entre la libertad y la esclavitud es ésta: Bajo el primer sistema un hombre es gobernado por las leyes en que él ha consentido, ya sea personalmente o por su representante; en el otro caso es gobernado por la voluntad de otra persona. En un caso su vida y propiedad son las suyas propias; en otro caso dependen de la voluntad de un hombre. Es fácil comprender cual de los dos sistemas es preferible. Ningún hombre en sus cinco sentidos puede dudar de escoger ser libre y no esclavo. . . . Si las desventajas de la

esclavitud no fuesen tan palmarias que exigieran algunos argumentos, podría yo enumerar y describir la larga lista de las calamidades que sobrevienen con ella. Podía demostrar que es contraria a la religión y a la moralidad; que tiene la tendencia de rebajar el entendimiento y que corrompe los más nobles sentimientos de un ser humano. Yo podría demostrar que enerva los brazos de la industria y corta las alas del comercio, y que trae consigo la miseria y la pobreza en todos sentidos."—HAMILTON, *Obras*, vol. 2, pp. 3, 9.

"Que ustedes tendrán el gusto de apoyar el que se les restablezea *la libertad* a esos hombres degraciados, que son los únicos que en este país de libertad están obligados a permanecer en perpetua servidumbre, y los que entre el júbilo general de los hombres libres que los rodean están sufriendo las penas de la sujeción que los oprime; que ustedes resolverán los medios necesarios para libertad al pueblo americano de ésto que está en pugna con su carácter, y promoverán ustedes la compasión y la justicia hacia esa raza desgraciada, y que ustedes irán hasta donde más pueden, haciendo uso de las facultades de que están investidos para contrarrestar cualquier especie de tráfico con respecto a las personas de nuestros semejantes."—Filadelfia, febrero 3 de 1790. *Solicitud de Franklin al Congreso en favor de la abolición de la esclavitud.*

El señor Gouverneur Morris dijo: "El nunca estaría de acuerdo en apoyar la esclavitud doméstica. Era un sistema infame. Era una maldición del Cielo que caía sobre los estados en donde existía. . . . El permitir que la esclavitud ejerciera influencia sobre la representación nacional, si se explica bien quiere decir lo siguiente—que el habitante de la Carolina del Sur o de Georgia que va a la costa de Africa, y contrariando las leyes más sagradas de la humanidad, arranca a sus compañeros de sus más íntimos parientes y para siempre los condena a una cruel servidumbres, tendrá más votos en un gobierno que se ha establecido para la protección de los derechos de la humanidad, que un ciudadano de Pennsylvania o New Jersey que contempa con horror un sistema tan nocivo. . . . El preferiría soportar el peso de una contribución que fuera necesaria para pagar el precio de todos los negros en los Estados Unidos antes de hacer que recayera tal sistema sobre la posteridad."—*Discusión sobre la representación de esclavos en la Convención. Documentos de Madison.*

Nota 22.—Un eminente jurisconsulto (el Canciller Walworth) ha dicho que: "El preámbulo que se colocó antes de las enmiendas según fué adoptado por el Congreso, es importante para, demostrar cual fué el modo de considerar las ese cuerpo colegiado." (8 *Wend.*, *R.*, página 100.) Declara que un número de las Convenciones de los Estados "que entonces cuando adoptaron la Constitución *expresaron el deseo*, para que no hubiese ninguna *mala interpretación o abuso de sus facultades*, que se agregaran nuevas clases de *declaratorias* y restrictivas," y se resolvió, etc.

Este preámbulo es sustancialmente el preámbulo que se adjuntó a las "Resoluciones Conciliatorias," de Massachusetts, que fueron redactadas por el Presidente de la Suprema Corte Parsons, y que fueron presentadas en la Convención como un convenio mutuo por John Hancock. (*Vida del Presidente de la Corte, J. Parsons*, página 67.) Después fueron copiadas y aprobadas con algunas adiciones por New Hampshire. La quinta enmienda a que se refiere la Suprema Corta está tomada casi literalmente de la declaración de derechos que fué redactada por la Convención de Nueva York, es la cáusula a que se refiere constituye el párrafo noveno, de la declaración. La enmienda décima en que se apoya al senador Douglas, fué tomada de las Resoluciones Conciliatorias y es la primera de esas resoluciones algo modificada. Así es que estas dos enmiendas que se tratan de emplear en favor de la esclavitud tuvieron su origen en los dos grandes Estados opuestos a la esclavitud, ésto es en Nueva York y Massachusetts.

Nota 23—Las enmiendas fueron propuestas por el señor Madison el 6 de junio de 1789. Fueron adoptadas por la Cámara el 24 de agosto, y después parece que el Senado las devolvió con algunas enmiendas el 9 de septiembre. Las actas impresas del Senado no demuestran cuando fueron aprobadas finalmente, y el mensaje con que fueron transmitidas a la Legislatura del Estado se refiere a ellas como si hubiesen sido aprobadas en la primera sesión que principió el día 4 de marzo de 1789. La fecha de la introducción y aprobación del proyecto de ley que puso en vigor la Ordenanza de '87, se encontrará en la nota anterior número 9.

Nota 24.—Es extraño que mientras que dos de los "treinta y seis" estuvieron en ese Congreso de 1819, sólo hubo uno (además del señor King) de los "setenta y seis." Uno de ellos fué William Smith de la Carolina del Sur, que por entonces era senador y como el señor Pinckney tenía opiniones sureñas muy extremistas.

NOTA 25.—El siguiente es un extracto de la carta a que se hace referencia:

"Estoy cordialmente de acuerdo con su opinión respecto de la esclavitud de los negros. Durante mucho tiempo he considerado que era un profundo mal social y político, y gustoso vería que se llevara a efecto cualquier medida para relevar a nuestros Estados de ese peso. El Congreso de 1787 aprobó una ordenanza que prohibe la existencia de la servidumbre involuntaria en nuestro Territorio del Noroeste. Considero que es esa una medida sabia y que merece la aprobación y asentimiento de todos los miembros de los Estados que están más directamente interesados en el trabajo de los esclavos. La opinión que se ha generalizado en Virginia es contraria a la ampliación de la esclavitud en nuestros territorios, y yo espero que llegaremos a tener una confederación de Estados libres."

La siguiente cita de una carta de Wáshington a Robert Morris fechada el 12 de abril 1786 demuestra cuan firme era su opinión, y como él consideraba que la emancipación debía estar sujeta a leyes dictadas por la legislatura: "Puedo decir que no existe ningún hombre que desea más sinceramente que yo que se pueda apoyar un plan para su abolición; pero que no hay mas que un medio adecuado y práctico en virtud del cual se puede llevar a efecto, y ésto es POR AUTORIZACION LEGISLATIVA, y eso, *nunca faltará si dependiera de mi voto.*"

NOTA 26.—El Senado de los Estados Unidos nombró una comisión de cinco miembros que consistía de los señores Mason Davis y Fitch (Demócratas), y Collamer y Doolittle (Republicanos), el 14 de diciembre de 1859, para averiguar todo lo relativo al incidente de Harper's Ferry. Se le ordenó a la comisión, entre otras cosas, que averiguara: (1) "Si se hizo tal invasión y captura bajo pretexto de ayudar a alguna organización que tratara de derribar el gobierno de alguno de los Estados de la Unión." (2) "¿Cuál fué el carácter y la importancia de tal organización?" (3) "Y si algunos ciudadanos de los Estados Unidos que no tomaron parte directa en ells se hallaban implicados como cómplices, por medio de auxilio de dinero, armas, municiones, o de otra manera."

La mayoría de la Comisión, los señores Mason, Davis, y Fitch, contestaron a esas preguntas de la siguiente manera:

1. "Se encontrará en el Apéndice una copia de las actas de

la Convención que se verificó en Chatham, Canadá, sobre la forma provisional de gobierno que se trataba de establecer, cuyo objeto era claramente el derribar al gobierno de uno o más Estados, y por supuesto en ese grado al gobierno de los Estados Unidos." Si examina uno la copia de las actas se verá que *diez y nueve* personas concurrieron a esa Convención, *ocho* de ellas fueron matadas o ejecutadas en Charlestown, y una fué examinada ante la Comisión.

2. "La clase de organización militar se comprueba por los nombramientos que fueron expedidos a algunos de la fuerza armada con el grado de capitanes, tenientes, etc. Y una muestra de ellas se encuentra en el Apéndice."

(Estos nombramientos estaban firmados por John Brown como General en Jefe bajo el gobierno provisional, y por J. H. Kagi como Secretario.)

"Parece claramente que el plan de Brown era ir acompañado de pocos individuos, pero éstos debían tener una previa instrucción militar para hacer las veces de oficiales. Se ve claramente que él contaba para obtener su fuerza militar en promover la insurección entre los exclavos."

3. "No se deduce que las contribuciones se hicieron con el conocimiento exacto de lo que Brown tenía la intención de hacer con ellas, aunque sí se sabe que algunos que se llamaban amigos de este hombre Brown y amigos también de los que se llamaban de la causa de la libertad (de la cual ellos decían que él era un apóstolo especial), habían contribuido dinero libremente, sin que se cercioraran de la manera en que él iba a emplear ese dinero para llevar avante su pretendida causa."

La mayoría de la Comisión termina el informe diciendo que la "invasión" "fué simplemente obra de unos rufianes sin temor a la ley, pero que no obraban bajo la influencia de una autoridad pública o política, y que sus actos sólo se distinguían de los crimenes ordinarios por los fines que ellos ulteriormente se proponían llevar a efecto," etc.

Nota 27—La insurección de Southampton en agosto de 1831 fué promovida por la notable habilidad de un esclavo, que llevaba el nombre de General Nat Turner. Hizo creer a sus compañeros de la esclavitud que obraba por orden del Cielo. Para probar ésto él les dijo que la apariencia extraña del sol en esa época era una señal divina para que principiara el combate

que debía dar por resultado el que recobraran su libertad. Esta insurección dió por resultado la muerte de sesenta y cuatro blancos y de más de cien esclavos. La insurección de Southampton fué la oncena gran insurección que se verificó en los Estados del Sur, además de algunas tentativas y motines parciales.

Nota 28.—En el mes de marzo de 1790 la Asamblea General de Francia, a solicitud del pueblo *libre* de color de Santo Domingo, muchos de los cuales eran gente inteligente y rica, aprobó un decreto que se trataba fuera a favor de ellos, pero que se redactó de manera tan ambigua que en realidad era favorable tanto a los blancos como a los negros. Las disputas que suscitó este decreto dieron lugar a que se establecieran dos partidos, el de los blancos y el del los negros, y hubo algún derramamiento de sangre. En 1791 los negros volvieron a hacer una solicitud y se aprobó un decreto, en que declaraba que eran ciudadanos la gente de color, que había nacido de padres libres de ambos lados. Esto produjo gran conmoción entre los blancos, y los dos partidos se pusieron en armas uno contra el otro, y se verificaron terribles asesinatos e incendios. Entonces la Asamblea anuló este último decreto, lo cual dió iguales resultados, pero entonces los negros fueron los que se enojaron y los que agredieron a los blancos. Poco después se restableció el decreto en virtud del cual se concedía la ciudadanía a los negros, y se enviaron comisionados para que se mantuviera la paz pública. Como los comisionados no pudieron sostenerse con las tropas que llevaban en contra de los dos partidos, expidieron una proclama en que manifestaban que todos los negros que quisieran militar bajo el pabellón de la República, serán libres. Como resultado de ésto, una gran parte de los negros quedaron declarados libres. En 1794 la Asamblea Convencional *abolió la esclavitud* en todas las colonias francesas, y algunos años después el gobierno francés trató con un ejército de sesenta mil hombres de restablecer la esclavitud, pero no lo logró y entonces los hacendados blancos fueron arrojados fuera de la isla.

Nota 29.—*Véase la Autobiografía de Jefferson*, que él principió el 6 de enero de 1821. *Obras de Jefferson*, vol. 1, página 49.

Nota 30.—"No me averguenzo, ni tengo de decir públicamente que la elección de William H. Seward o Salmon T. Chase o cualquier representante de esa clase del partido Republicano de conformidad con una plataforma localista, deberia ser com-

batida hasta que se rompieran todos los lazos que unen esta Confederación. (Aplauso en el lado Democrático de la Cámara.)' *El señor Curry de Alabama en la Cámara de Representantes.*

"Si el partido Republicano llegara a conseguir la elección de un hombre localista, de acuerdo con su plataforma localista, y adversa a la esclavitud, que respira la destrucción y la muerte de los derechos de mi pueblo, entonces según yo opino llegaría la época en que el Sur debiera tomar una actitud decidida y bien clara, y entonces el que titubeara sería un cobarde y el que pusiera eso en duda debería ser maldecido. Yo no necesito decirles a ustedes lo que yo como hombre sureño tendría que hacer. Yo creo que puedo hablar en nombre de las masas del pueblo de Georgia, que si ese acontecimiento acaeciera, ellos a mi juicio lo considerarían como un acto de hostilidad, como una declaración de guerra, y que inmediatamente se reunirían en convención para resolver la manera y las medidas para corregir ese mal. Esto es lo que yo opino, y si eso fuese traición al gobierno, pueden así considerarlo."—*El señor Gartell de Georgia, en la Cámara de Representantes.*

"Le dije a mis electores y al pueblo de la capital de mi Estado al pasar por aquí, si tal acontecimiento ocurriere," [ésto es la elección de un Presidente Republicano, de conformidad con una plataforma Republicana], "mientras que sería mi deber resolver las medidas que el Estado debiera adoptar, yo consideraría que les aconsejaría lo que yo creo que debían hacer, y les diría lo que ahora les digo y lo que siempre diré en caso de que llegara a verificarse tal acontecimiento, que mi consejo sería que se debían separar de la Unión, prefiriendo eso a la pérdida de sus derechos constitucionales y a la deshonra y degradación que surgirían en tal caso. Esto es mi opinión, y es la opinión que yo sé abriga el partido Democrático del Estado de Mississippi."—*El Gobernador McRae de Mississippi.*

"Es innecesario tratar de ocultar la circunstancia de que, según se nota, la actitud actual del pueblo sureño, que ésto," [es decir la elección de un Presidente Republicano] "no puede ser, y que no se podrá someter a que así sea. La doctrina del 'conflicto inevitable' que anunció y sostuvo el más hábil y más distinguido jefe del partido Republicano, es una declaración clara de guerra contra la institución de la esclavitud donde quiera que ella exista, y yo faltaría a mi lealtad hacia Virginia y

al Sur si no declarara que la elección de individuos que apoyaran tal idea y sostuvieran tales doctrinas, *debería ser resistida por los Estados en que existe la esclavitud.* La idea de permitir que un hombre de esa clase tenga el manejo y la dirección del ejército y la marina de los Estados Unidos, y el nombramiento de altos funcionarios del ramo judicial y ejecutivo, incluso el de los ADMINISTRADORES DE CORREOS, *no puede* ser tolerada por el Sur ni por un solo momento."—*El Gobernador Letcher de Virginia.*

"*Debe* mantenerse la esclavitud—en la Unión si es posible; fuera de ella si es necesario; pacíficamente si lo podemos hacer—por la fuerza, si debemos hacerlo."—*El Senador Iverson de Georgia.*

"Lincoln y Hamlin, los que son postulados por los Republicanos Negros saldrán elegidos en el entrante noviembre, y, el Sur entonces tendrá que resolver la gran cuestión, de si se sometará a ser dominado por una administración de Negros Republicanos—que tienen como principio fundamental de su organización la guerra declarada, abierta y sin embajes contra nuestras instituciones sociales. Creo que la honra y la seguridad del Sur en tal caso exigen que los Estados en que impere la esclavitud se separen desde luego, y que al no lograr de los Estados libres nuevas y más seguras garantías para la protección de sus derechos y propiedades, que los Estados que se separen deben proceder a formar un nuevo gobierno. Pero aunque creo que éste es el imprescindible deber del Sur, yo reprobaría y repudiaría enfáticamente cualquier plan cuyo objeto fuera la secesión por separado de la Carolina del Sur. Si Georgia, Alabama y Mississippi solamente—que así formarían una faja de las costas del Atlántico y del Golfo—se unieran con este Estado, para separarse en conjunto cuando fuera elegido un Republicano Negro, yo daría mi consentimiento a ese plan."—*Carta del Honorable James L. Orr de la Carolina del Sur, a John Martin, y otros, Julio* 23 *de* 1860.

NOTA 31.—El Honorable John A. Andrew del foro de Boston hizo el siguiente analisis del caso de Dred Scott en la Legislatura de Massachusetts. El Honorable Caleb Cushing, era entonces miembro de ese cuerpo pero no puso en duda su exactitud.

"Con respecto a la cuestión de la posibilidad de la ciudadanía de uno del color, raza y origen de Dred Scott, tres jueces, a saber: Taney, Wayne y Daniels resolvieron en favor de la negativa. Nelson y Campbell hicieron punto omiso del alegato en que se

suscitó este punto. Grier estuvo de acuerdo con Nelson. Catron dijo que el punto no estaba a discusión. McLean estuvo de acuerdo con Catron, pero dijo que el alegato estaba mal fundado. Curtis estuvo de acuerdo en que el punto estaba a discusión pero combatió el alegato, rebatió sus argumentos, y resolvió que una persona de color y libre por nacimiento que hubiera nacido en cualquier Estado, es ciudadano del Estado en virtud de su nacimiento, y que por lo tanto es ciudadano de la Unión y tiene derecho a entablar demanda en los Tribunales federales.

"Si una mayoría del Tribunal hubiese resuleto directamente el alegato de moratoria, y hubiera negado la jurisdicción del Tribunal del Circuito del cual se promovió la apelación, entonces todo lo que ellos dijeron y resolvieron hubiera sido dicho y resuelto en un caso en que ellos no tenían nada que resolver, ni nada que discutir. Al faltar una mayoría tenia que darse un paso mas allá. Y el siguiente paso demuestra que hubo un acuerdo de seis de los jueces sobre un punto que resolvía la causa y que ponía término a toda la jurisdicción y las facultades del Tribunal.

"Es el siguiente. A Scott lo llevaron primeramente a Rock Island, en el Estado de Illinois, en donde permaneció dos años, antes de ir con su amo al Fuerte Snelling en el territorio de Wisconsin. Reclamaba la libertad, debido al efecto que decía había producido su traslación de un Estado esclavo, y después a territorio libre. Si al trasladarse a Illinois, se había emancipado de su amo, la continuación de su viaje dentro del territorio comprado de la Luisiana no habría servido para darle mayor libertad ni alterar los hechos. Si debido a algún vacío o falta de las leyes de Illinois, o si de conformidad por su parte con sus prescripciones, Dred Scott quedó como esclavo, mientras que permanecía en ese Estado, entonces—para poder determinar el efecto que produciría en él su residencia territorial más allá del Mississippi y su casamiento y otros actos que alli se hicieron, y el efecto de la permanencia y casamiento de Harriet en el mismo territorio, respecto de ella y de sus hijos—pudiera ser necesario para adelantar un paso mas en la investigación de la ley, examinar el Convenio de Missouri en virtud del cual la esclavitud se destierra de la parte del territorio de Luisiana, que fué comprado hasta el sur de la línea de los treinta y seis grados y treinta minutos.

Pero nunca fué indispensable ni necesario que se hiciera esa averiguación, pues seis de los jueces, incluyendo el mismo Pre-

sidente del Tribunal, resolvieron que el *status* del demandante, ya sea como hombre libre o esclavo dependía, no de las leyes del Estado en donde él se hallaba, sino del Estado de Missouri en que estaba al principio de la demanda. El Presidente de la Corte aseguró que 'ya está definitivamente establecido por los fallos del tribunal más alto del Estado, que Scott y su familia al regresar no eran libres, pero eran según las leyes de Missouri la propiedad del demandado.' Esto fué el principal considerando del fallo de Nelson, quien declaró que "la cuestión es una que solamente depende de las leyes de Missouri, y que el Tribunal Federal al dictaminar en el Estado y al ver la causa ante nosotros, tenía que acatarlas. Esto recibió la aprobación enfática de Wayne, que estuvo de acuerdo en lo general con lo que dijo el Presidente del Tribunal. Grier estuvo de acuerdo en términos generales con Nelson sobre todas 'las cuestiones que él discutió.' Campbell dijo: 'El alegato del demandante en favor de su libertad depende de como se considera su ausencia de Missouri, cuando acompañó a su amo a Illinois y Minnesota, *y esto se tiene que deducir haciendo referencia a las leyes de Missouri.*' Cinco de los jueces por lo tanto (si no más de ellos) consideran que la ley de Missouri determina definitivamente los derechos del demandante."

NOTA 32.—"Ahora bien, como ya dijimos en la primera parte de esta opinión tratando de un punto distinto, el derecho de propiedad de un esclavo está confirmado clara y expresamente en la Constitución. El derecho de tráfico respecto de él, como el de un artículo común de mercancia y propiedad, fué garantizado a los ciudadanos de los Estados Unidos en cualquier Estado que lo desearan, durante veinte años."—*El Presidente de la Corte, Ch. J. Taney*, 19 *How.*, *U. S. R.*, página 451. *Véase* lo que dice el señor Madison, nota 34, respecto a lo de "*mercancia.*"

NOTA 33.—No solamente *no* se quiso decir que el derecho de propiedad "estaba confirmado clara y expresamente en la Constitución," sino la cita siguiente del señor Madison demuestra que se trató en todo lo posible de evitarlo:

"La cláusula según fué presentada al principio [con respecto a los esclavos prófugos] dice: 'Si cualquier persona que está *legalmente* contratada para servir o trabajar en cualquiera de los Estados Unidos, se evadiera a otro Estado,' etc., etc." (Vol. 3, página 1456.) Con respecto á esto el señor Madison dice:

"Se tachó la palabra '*legalmente*,' y las palabras 'bajo las leyes del mismo,' que se habían insertado después de la palabra Estado, de conformidad con el deseo expresado por algunos que consideraban que la palabra 'legalmente' era equívoca, y daba la idea de que la esclavitud era lícita bajo el punto de vista de la moral."—*El mismo volumen*, página 1589.

Nota 34.—A continuación extractamos parte de la historia a que se refiere el señor Lincoln. La siguiente cita se refiere a la disposición de la Constitución que se relaciona con el tráfico de los esclavos. (Artículo 1, Sección 9.)

*Agosto 25 de 1787*.—El informe de la Comisión de los once fué entonces discutido, y el General (Charles Cotesworth) Pinckney hizo moción para que se eliminaran las palabras "el año 1800," e insertaran las palabras "el año 1808."

El señor Gorham apoyó esa moción.

El señor Madison—Veinte años ocasionaran todo el mal que puede tenerse de permitir la importación de los esclavos. Un plazo tan largo sería mas deshonroso para el carácter americano que si no se dijese nada respecto de ello en la Constitución.

* * * * * *

El señor Gouverneur Morris deseaba que la cláusula se redactara de la manera siguiente—

"No se prohibirá la importación de esclavos a la Carolina del Norte, a la Carolina del Sur y a Georgia," etc.

Esto, él dijo, sería muy equitativo, e impediria la ambiguedad en virtud de la cual, según la facultad con respecto a la naturalización, pudiese anularse el libre albedrio que se le concedía a los Estados. Deseaba que se supiera también que esa parte de la Constitución estaba de acuerdo con los deseos de esos Estados. Sin embargo si los miembros de esos Estados presentaran alguna objecion al cambio de fraseología él no insistiría.

El Coronel Mason (de Virginia) no se opinía a que se usara la palabra "esclavos," pero si a que se nombrara a la Carolina del Norte, a la Carolina del Sur y a Georgia, pues eso podría ofender al pueblo de esos Estados.

El señor Sherman deseaba mejor una descripción que las palabras propuestas, que no había querido admitir el antiguo Congreso y que no gustaban a algunas personas.

El señor Clymer estuvo de acuerdo con el señor Sherman.

El señor Williamson de la Carolina del Norte dijo, que tanto

*según su opinión y su modo de obrar él se oponía a la esclavitud pero consideraba que era mejor para la humanidad, tomando en consideración todas las circunstancias del caso, que se permitiera eso en la Carolina del Sur y Georgia según esas estipulaciones y no desligarlas de la Unión.*

El señor Morris retiró su moción.

El señor Dickinson expresó el deseo de que la cláusula se refiriese sólo a los Estados que no habían prohibido la importación de los esclavos, y con tal objeto propuso la moción para que la cláusula se redactara de esta manera—

"No se prohibirá por la Legislatura de los Estados Unidos hasta el año 1808, la importación de los esclavos a esos Estados que la permitan." Con lo cual no estuvieron de acuerdo, *nem. con.*

La primera parte del informe entonces quedó redactado de la siguiente manera:

"La Legislatura no prohibirá antes del año 1808 la inmigración o importacion de las personas que los diferentes Estados ya ahora establecidos consideren que se deben admitir."

* * * * * *

El señor Sherman se opuso a la segunda parte ("pero podrá imponerse una contribución o derecho sobre la inmigración o importadión con una cuota que no exceda del *promedio de los derechos que se imponen a las importaciones* "], pues consideraba que era confesar que los hombres eran propiedad al imponerles una contribución bajo su *designación* de esclavos.

* * * * * *

El señor Madison consideró que *era malo introducir en la Constitución la idea de que pudiera haber el derecho de propiedad con respecto a los hombres.* No podían equipararse a los derechos, pues los esclavos *no pueden consumirse como las mercancias.*

* * * * * *

Al fin quedó convenido, *nem. con.*, que la cláusula se redactara asi:

"Pero podrá imponerse una contribución o derecho sobre tal importación con tal de que no exceda de *diez pesos por cada* PERSONA.—"*Obras de Madison, Agosto 25 de 1787.*

NOTA 35.—Compárese este noble trozo y el de la página 18 con las tonterías del señor Orr (nota 30) y las burdas frases del señor Douglas (nota 37).

Nota 36.—Esa solicitud ya se ha hecho, puesto que el señor O'Conor abogado del Estado de Virginia en el *caso Lemon* dice en la página 44: "Alegamos que en virtud de las distintas disposiciones de la Constitución Federal, un ciudadano de Virginia tiene una inmunidad de que se haga efectiva respecto de él cualquier ley que el Estado de Nueva York pueda aprobar, mientras que él sea forastero o viajero y mientras que pase por nuestro territorio; y que tiene entera protección de todos sus derechos domésticos y de todos sus derechos de propiedad, los cuales según las leyes de los Estados Unidos y las leyes de su propio Estado él tiene derecho de gozar, mientras que se halle en su propio Estado. Eso es lo que alegamos, ni mas ni menos."

Durante toda la vista de este caso en que se sostuvo el derecho de cruzar por el Estado de Nueva York con esclavos según lo quisieran los dueños de tales esclavos, jamás se alegó que la ley estuviera en pugna con la Constitución de Nueva York; pero que tanto la ley como la Constitución del Estado, estaban en pugna con la Constitución de los Estados Unidos.

El Estado de Viriginia, que no estuvo de acuerdo con el fallo de nuestros tribunales acerca del derecho que ellos alegaban, actualmente se ocupa de interponer apelacion en el caso de Lemon a la Suprema Corte de los Estados Unidos, abrigando la esperanza de que en virtud de un fallo dado por ese tribunal, de acuerdo con lo que indirectamente se decía en el caso de Dred Scott, se pudiera echar abajo a la Constitución de Nueva York.

El senador Toombs de Georgia ha alegado en el Senado que las leyes de Connecticut, Maine, Massachusetts, Michigan, New Hampshire, Ohio, Rhode Island, Vermont, y Wisconsin que excluyen la esclavitud, y que se confiesa están de acuerdo con las constituciones de esos Estados, están en pugna con la Constitución de los Estados Unidos, y ha pedido que el Gobierno General emita leyes que anulen las leyes de esos Estados y las Constituciones que las autoricen.

Nota 37.—"La política, la humanidad y el cristianismo también se oponen a que se extiendan los males de una sociedad libre a los pueblos nuevos y a las generaciones que vendrán después."—*Richmond Enquirer, Enero 22 de 1856.*

"Estoy seguro que la mente del Sur ha experimentado un cambio de tal manera, que en la actualidad *casi es la creencia universal del Sur*, no sólo de que el estado de la esclavitud africana

en nuestro medio es el mejor estado a que se ha sujetado hasta ahora a la raza africana, pero que también ha producido el efecto de ennoblecer a ambas razas, a los blancos y a los negros."—*El Senador Mason de Virginia.*

"Nuevamente declaro, como lo hice al contestar al Senador de Wisconsin (señor Doolittle), que según opino, la esclavitud es un gran bien moral, social y político—un bien para el esclavo y un bien para el amo."—*El señor Brown en el Senado, Marzo* 6 *de 1860.*

"Yo soy partidario de los derechos de los Estados del Sur; yo soy traficante en esclavos africanos. Yo soy uno de esos hombres sureños que creen que la esclavitud es un bien moral, religioso, social y político." (Aplausos.) "Yo represento a los intereses del tráfico de esclavos africanos en esa sección." (Aplausos.) "Yo me envanezco de la actitud que asumo con respecto a esa cuestión. Yo creo que el traficante de esclavos africanos es un verdadero misionero y un verdadero cristiano." (Aplausos.)—*El señor Gaulden, delegado del primer distrito congresional de Georgia en la Convención de Charleston, y que ahora es partidario del señor Douglas.*

"Señoras y señores: Yo muy bien desearía hablar nuevamente pero ustedes deben juzgar por el sonido de mi voz que yo no puedo hacerlo. Este ha sido día feliz y glorioso que nunca olvidaré. Hay cierto encanto en este día hermoso, en este aíre del océano y sobre todo en esta fiesta especial de ustedes, esta merienda de almejas. Yo creo que supero a ustedes los sureños en este punto, pues en cuanto se refiere a mi persona yo prefiero mejor las almejas de ustedes que sus negros. Pero cada individuo tiene su gusto especial."—*Discurso del Honorable Stephen A. Douglas en Rocky Point, R. I., agosto 2 de 1860.*

NOTA 38.—Es muy interesante notar como dos mentes hondamente lógicas que abogan por dos ideas enteramente opuestas han hecho esta misma deducción. El señor O'Conor eminente jefe del foro de Nueva York y abogado del Estado de Virginia en el caso Lemon, dijo lo siguiente en su discurso pronunciado en el Instituto Cooper el 19 de diciembre de 1859:

"Este es el punto sobre el cual tiene que versar este gran argumento. ¿Es injusta la esclavitud de los negros? Si es injusta, quebranta la primer regla de todo proceder humano—'Dar ac ada hombre lo que le corresponde.' Si es injusta,

quebranta la ley de Dios que dice, 'Ama a tu vecino como a ti mismo,' porque eso implica que no debemos hacer ninguna injusticia. Señores si se pudiera probar que la esclavitud de los negros era injusta, puede ser que yo estuviera listo—puede ser que todos nosotros estuvieramos listos—a ponernos de acuerdo con ese hombre distinguido a quien se ha hecho referencia con frecuencia y decir 'hay una ley más elevada que nos obliga a pisotear la Constitución establecida por nuestros padres con todos los bienes que acarrea a nuestros hijos.' Pero insisto—y eso es el argumento a que nosotros no debemos oponernos y con respecto al cual tenemos que normar nuestra conducta y nuestras resoluciones para poder escoger en lo futuro los representantes en el Congreso de los Estados Unidos—insisto en que la esclavitud de los negros no es injusta."